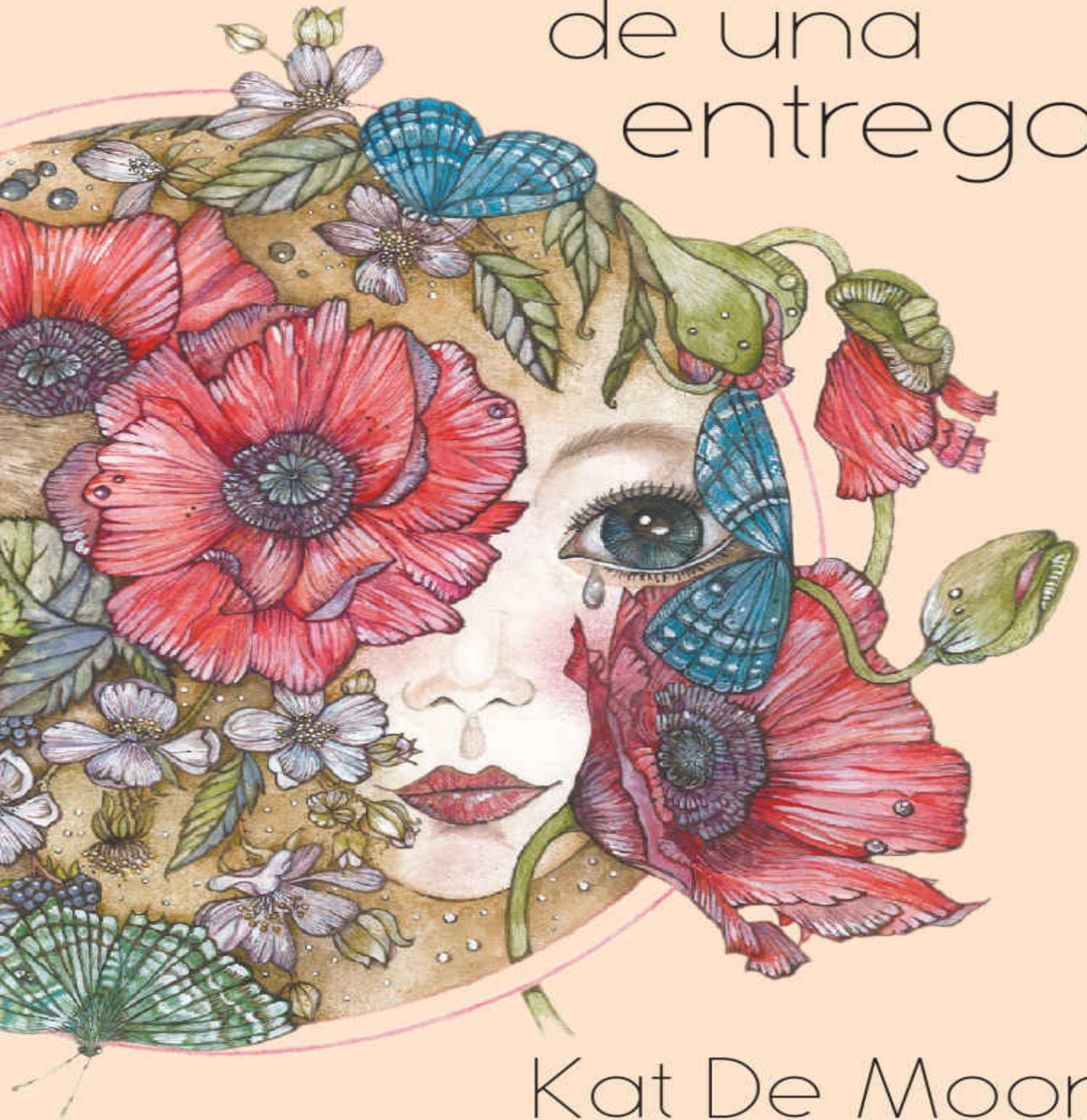


Anatomía de una entrega



Kat De Moor



MASTODONTE

Anatomía de una entrega

Kat De Moor



MASTODONTE

Anatomía de una entrega

D. R. © Kat de Moor, 2020

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

D. R. © Annemie De Moor, 2020

EDICIONES MASTODONTE

Av. 1. Núm. 65, San Pedro de los Pinos
C. P. 03800, Benito Juárez, CDMX
serviciosmastodonte@gmail.com

EDICIÓN:

Stella Cuéllar

CORRECCIÓN

Mónica Braun

LECTURA DE PRUEBAS

Arantxa Aguilar

DISEÑO

Guillermo Serrano

DESARROLLO DE *EBOOK*

Ricardo Gallardo

Los hechos y personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluida la imagen de portada, en cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento expreso y por escrito de las titulares de los derechos.

ISBN: 978-607-98519-6-5

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Ginebra, 2017

11 de mayo

Comienza a atardecer, pero el sol aún brilla pálido. Muy pronto se ocultará. Tengo una copa de Malbec en la mano. La luz se mezcla con los tonos rojizos del vino cuando miro a través del cristal hacia el horizonte. Me invade una calma que hacía mucho tiempo no sentía. Me sé querida, protegida. Estoy feliz, tranquila y segura. Pero ¿qué sucedió para que yo pueda sentirme así? Tal vez no tiene sentido explicar o intentar describir la transformación que experimenté en las últimas semanas y solo permitirme sentirla, que tome posesión de mí y que me penetre hasta abrazar mi corazón.

Hace apenas unos días regresé de México. Ahí viví dieciséis años. Ahí nacieron mis hijos. Ese país me regaló momentos plenos, en verdad felices, aunque también fue el sitio en el que experimenté épocas y sucesos muy duros. Entre toda esa vorágine de recuerdos y sentimientos destaca de modo singular el reencuentro con Vicente, tan significativo, tan fuerte, tan total.

Como el sol que sale detrás de las nubes y echa luz sobre mis pensamientos, hoy todo me parece más claro, porque algo ha cambiado y de manera inesperada. No hay duda de que los viajes y los encuentros sirven, entre otras cosas, para tomar distancia de nuestra vida cotidiana, para romper la rutina y poner en perspectiva los problemas. También nos regalan la oportunidad de observar las cosas desde otro ángulo. Entonces sucede que hasta nos atrevemos a ver cara a cara ciertas cosas que habíamos mantenido ocultas porque nos resultaban demasiado dolorosas. Ya en el trance liberador somos capaces de dejar atrás lo que ya no nos pertenece.

Apenas podía creer que habían pasado once años sin vernos. Por eso, cuando lo vi llegar, de inmediato me sentí transportada en el tiempo. Fue como si esos once años se diluyeran en una fracción de segundo, en la fracción de segundo de la primera mirada. Él no había cambiado nada, a excepción de su cabello, que ahora era plateado, detalle que le sumaba algo particular a su atractivo. Volví a sentir la antigua ligereza de nuestro trato, regresaron las risas, el coqueteo inocente y divertido, el tono amistoso que había mantenido la frescura del rocío. Ahora entiendo eso de que el tiempo es algo relativo...

De pronto, sin que nos lo hubiéramos propuesto, resurgió la atracción inicial, esa que desde la primera vez que nos vimos rebasó la elemental frontera de lo mero físico. Once años después, el antiguo sentimiento, pero con un toque fresco y nuevo, volvía a abrirse paso en la medida en que comenzábamos a tocar temas más profundos, de esos que nos llevan, inocentemente, a mostrar nuestros lados más vulnerables, nuestra verdadera esencia.

Algunas veces la empatía florece a un nivel más íntimo si se comparten experiencias difíciles. Existen algunas conexiones que merecen la categoría de *grand cru*, porque con los años mejoran y

maduran, adquieren, como los vinos, un cuerpo más robusto y un aroma más profundo y pronunciado; reflejan colores con otros tonos y dejan un regusto encantador. Ese tipo de experiencias compartidas transforman las vidas de quienes las viven, a la manera de una reacción química, y después de eso, ninguno de los dos vuelve a ser como era antes. Y sí, ahí, en el rincón de mi mirada cómplice y entregada, siento que una lágrima corre de tanta dicha.

Ciudad de México, 1998

15 de febrero

Sonó el teléfono y antes de contestar ya sabía de quién se trataba. Era mi madre, que nos llamaba para felicitarnos por nuestro décimo aniversario de bodas, que había sido un día antes, y de paso también para saludar a mi marido por su cumpleaños.

Pero esa vez su tono fue mucho menos alegre y yo, intuitivamente, desde los primeros segundos que escuché su voz, supe que algo andaba mal. Y en efecto, así era: mi abuela paterna acababa de fallecer, justo el día anterior. ¡Qué paradoja!, se fue justo el día de San Valentín.

Aunque mi madre me aguardaba en el otro lado de la línea, yo no podía contener mis lágrimas. Sin importar los miles de kilómetros que mediaban entre las dos, desde que yo vivía en México, mi relación con mi abuela era muy estrecha. Y es que hasta nuestros cumpleaños nos unían, pues se celebraban el mismo día. Además, como segundo nombre, yo llevo el suyo.

Apenas un par de semanas antes de esta llamada de mi madre, yo había hablado con la abuela, cuando la hospitalizaron para cambiarle la rodilla, y de esa cirugía por fortuna había salido muy bien. Todas las veces que hablamos durante su estancia en el hospital ella se puso tan contenta que estoy segura que todos en el lugar se enteraron de que su nieta de México le estaba marcando por teléfono.

Pero entonces, ¿qué pasó? Cuando mi madre me dio la noticia ni siquiera pude entenderla bien, y en medio de esa turbulencia de sentimientos mi madre me preguntaba si podría asistir al entierro. Yo no lograba asimilar aún las malas nuevas como para pensar en cosas prácticas como comprar un boleto para ir a mi pueblo. Fue como si de repente hubiera perdido todas mis fuerzas y no pudiera tomar una decisión al respecto en ese momento. Además, antes de responderle a mi madre sobre eso, era un tema que tenía que conversar con mi marido.

Óscar me abrazó e intentó consolarme. Con ternura y solidaridad me aconsejó comprar mi boleto lo antes posible, pero todo parecía complicarse, porque para colmo apenas hacía un mes había renunciado a mi trabajo y en ese momento no tenía un empleo remunerado. «Caray —pensé—, el dinero siempre va y viene, y ese no debe ser el motivo que me impida ir». Decidí echar mano de algunos ahorros y compré mi boleto para partir el siguiente martes.

Durante las honras fúnebres me tocó ayudar en los preparativos. Me ofrecí a pronunciar las lecturas y a leer las oraciones durante la misa. Quise hacer eso para mi abuela, quien tuvo, al final, una misa bonita, con muchos cantos. Estoy segura de que así le habría gustado. A la hora de acercarme al púlpito para leer no pude contener mis emociones y las lágrimas afloraron, pero en cuanto pronuncié las primeras palabras me sentí transportada a un lugar donde estuve a solas con ella y nadie más podía escucharnos.

A pesar de la tristeza que impera siempre en los entierros, es innegable que tienen también su lado positivo, porque, por lo menos en ese caso, pude ver a mis tíos y primos y a familiares más lejanos, a quienes en otras circunstancias me hubiera sido muy difícil acercarme. Para mí, ese fue un último regalo que ella me hizo: me dio la oportunidad de ver a gente querida que hacía más de diez años no veía, porque había estado viviendo lejos y las oportunidades de pasar temporadas largas en Bélgica eran muy escasas.

Durante el sepelio, sus nietos nos pusimos a recordar las mejores anécdotas que teníamos con ella, y entonces salieron a relucir las travesuras que hicimos en su casa y la lista de los platillos que nos preparaba. No quedó fuera la mención de sus manías, que nunca la abandonaron, y el solo recordarlas nos divirtió de nuevo, y de este modo las lágrimas dieron paso a las risas.

Después del funeral aproveché que estaba allá para pasar unos días en casa de mis padres, y una tarde, pese a la tristeza que nos embargaba, mis hermanas y yo nos fuimos de compras a varias tiendas de ropa. No imaginamos que hacerlo nos resultaría divertido en ese momento, pero de hecho sí lo fue. Incluso hasta organizamos un desfile de atuendos y combinaciones que nos quedó tan bien que hubiera sido la envidia de Kate Moss.

Un día antes de mi regreso a México, mi esposo llamó para avisarme que había recibido la llamada de un despacho de consultores al que antes de mi viaje había enviado mi perfil laboral, y que estaban interesados en entrevistarme. Me acordé que fue a Elisa a quien le dejé mi currículum. Ella era la encargada de eventos y de comunicación de esa empresa. La conocí durante un viaje que nos regaló la agencia en la que ambas comprábamos los boletos de avión para los ejecutivos de nuestras respectivas empresas.

Al día siguiente de mi arribo a la Ciudad de México me presenté en el despacho. Esa entrevista casi terminó en desastre porque yo no podía librarme de la sensación de sueño pesado que implica el *jet lag*, pero si bien no logré disipar del todo mi mente, sí pude disimular mi malestar con una gran sonrisa. Al final, todo salió bien y tres días después estaba firmando contrato para comenzar a trabajar enseguida.

Debo confesar que, en realidad, mis obligaciones eran muy elementales. Mi jefe era una persona sumamente ocupada y laboraba largas jornadas, codo a codo con sus clientes, lo que le impedía estar en su propia oficina.

En mi empleo anterior se me exigía ser proactiva y resolver cualquier problema incluso antes de que alguien se diera cuenta de que existía, por lo que estaba acostumbrada a tomar decisiones, a organizar reuniones con mi equipo y a expresar mi opinión. Pero en este nuevo empleo todo era diferente. El dinamismo no era considerado una ventaja, incluso se le percibía como una característica inapropiada.

En ese lugar me sentí absolutamente perdida. Por fortuna estaba rodeada de un grupo de asistentes simpáticas con las que hice amistad muy rápidamente, aunque eso no me libraba de la realidad que significaba no tener mucho trabajo y que a veces mis tareas se limitaban a contestar el teléfono para informar que mi jefe no estaba. Ni siquiera tenía oportunidad de dar alguna explicación sobre eso, porque tampoco era necesario. Eso me hizo sentir inadecuada e incompetente, pues además mi superior era muy reservado con los resultados que obtenía durante sus propias actividades. Los días pasaban unos más monótonos que otros, sin embargo, comencé a

adaptarme a la nueva y letárgica dinámica y esto me permitió poner mi experiencia al servicio de los consultores más novatos.

En esa empresa se organizaban jornadas de capacitación para las recién llegadas, y me extrañaba que mi nombre nunca aparecía en la lista de empleadas convocadas a ellas. Algo comenzó a no gustarme, presentía que algo no estaba bien, y como no soy de las que acostumbran quedarse con los brazos cruzados, decidí hablar directamente con mi jefe para que me aclarara mis dudas y terminar de una vez con esa incertidumbre que tanto me incomodaba.

Manuel me recibió al día siguiente en su oficina y sin rodeos le pregunté por qué mi nombre no había aparecido en las listas con el resto de los recién contratados. Muy serio, me explicó que no consideraba mantenerme en el puesto. En pocas palabras, me estaba despidiendo. Trató de ponerle una curita a la herida, diciéndome que yo era una buena persona y muy competente, pero que lo cierto era que él necesitaba alguien que se limitara a contestar el teléfono durante su ausencia. ¡Típico!, buscan una persona altamente calificada, con excelente inglés, para una vez contratada darle tareas que no requieren ni el diez por ciento de sus competencias ni el uso de sus mejores aptitudes. Sin embargo, y pese a que la situación me lastimaba el ego, no podía negar que Manuel tenía razón y el puesto me quedaba chico.

La realidad no hizo el trance menos doloroso, y sí, es verdad, me sentí desolada, porque apenas estaba comenzando y me frustraba verme de nuevo sin empleo. Le pregunté entonces qué podía hacer para quedarme, pero su mirada me dijo que no había vuelta atrás y que la decisión ya estaba tomada.

Nos quedamos callados unos momentos, pero de pronto recordó que el director de otro departamento andaba buscando una supervisora y que, pensándolo bien, yo podría encajar bien en ese puesto. ¡Vaya giro inesperado!, de un despido pasé a una promoción.

Así las cosas, días después me presenté en el despacho de Jorge. Estaba en el mismo edificio, pero en otro piso. Pensé: «¡vete con tiento, no pierdas de vista que este es terreno desconocido!». Era muy extraño estar en el mismo lugar, pero unos pisos más arriba. Es raro que se sintiera como si fuera un mundo por completo distinto. En este nuevo piso imperaba un silencio que rayaba en la solemnidad, y no se escuchaban ni los pasos del corredor o el murmullo de las puertas. Era como si fuera un santuario o una iglesia.

Para esa entrevista me puse mis tacones altos y la única minifalda que tengo, y una blusa ligera de manga corta. Debo decir que lucía linda, ligera, fresca.

De la oficina de Jorge salía uno de los gerentes, un muchacho alto, delgado, con abundante cabello negro. Usaba lentes que le daban un halo de intelectualidad, y pese a esos aires que se daba, de no tocar el piso, noté que no pudo evitar echar una mirada rápida a mis piernas, y después al resto de mi persona, y que el diagnóstico fue aprobatorio. Jorge salió en ese momento y cortó cualquier posibilidad de comunicación con el hombre de los lentes. Me saludó con un fuerte apretón de mano y me invitó a pasar a su oficina.

Sin mayor preámbulo me explicó en qué consistirían mis tareas. Al parecer, había pocas carteras como esa o, más precisamente, había una para cada departamento, lo cual significaba que había tres para todo el gabinete.

Rápidamente hice el cálculo y comprendí que todas las asistentes, no solo las de ese piso,

suspiraban por una promoción similar. Y ahí estaba yo, extranjera, recién llegada a la compañía, promovida de golpe a tan anhelado cargo. Por supuesto que eso equivalía a haber entrado como un gladiador en la arena con los leones, y que tarde o temprano, más de la mitad de la gente que laboraba en ese piso encontraría buenas razones para odiarme. Supe que si quería durar en ese nuevo puesto tendría que hacer uso de toda mi inteligencia, buena voluntad y encanto para hacer amigos.

La entrevista con Jorge apenas duró unos cuantos minutos, y en cuanto salí de su despacho ya me estaba esperando Lucero, la persona a quien yo reemplazaría, para mostrarme mi nueva oficina, que parecía, en realidad, una pecera porque las paredes eran de vidrio y tenían distintas tonalidades de color verde, pero me pareció bonita y espaciosa, además de que tenía una enorme mesa de cristal que le daba vida al conjunto.

Pocos días después Lucero me presentó a las asistentes, quienes me recibieron con cortesía, pero de inmediato percibí la gran distancia que establecieron desde el principio. Era muy evidente que detrás de sus sonrisas había un asomo de envidia. Pero, bueno, yo necesitaba el trabajo y no me iba a dejar vencer. Estaba decidida a hacer amigos y convencida de que era cuestión de tiempo que eso sucediera.

Mientras reflexionaba acerca de eso, Lucero me presentó también a varios de los gerentes y el resto del equipo de la oficina. Una semana después de mi llegada se organizó una fiesta de despedida para Lucero, y hasta entonces fue que pude estar sola en mi propio despacho. Aún no me acostumbraba al teje y maneje del lugar y Jorge ya comenzaba a parecerme bastante exigente, aunque era innegable que estaba contento con mi trabajo, y eso era lo más importante.

Para hacer todo más llevadero, se me ocurrió comprar una máquina para hacer café. Llevé café molido, azúcar, crema e incluso algunas galletas. Dicen que no se atrapan moscas con vinagre..., y tal vez por el aroma la gente comenzaría a acercarse a mi pecera y con suerte se destensaría un poco el ambiente.

El primero en tocar a mi puerta fue un muchacho alto, delgado y de lentes. Era el mismo que había salido del despacho de Jorge el día de mi entrevista.

—Buenos días —me dijo, estrechándome la mano con su mano fina y delgada—. Soy Vicente, nos cruzamos cuando estabas esperando para entrar al despacho de Jorge, pero no nos presentamos, así que vengo a darte la bienvenida.

El hielo se había roto y era claro que haría amigos.

Ginebra, 2016

1 de octubre

Me había levantado temprano para comenzar el día con una sesión en el Nintendo Wii Fit. Había dado de baja mi suscripción al gimnasio porque me cansaba competir con cincuenta personas para subirme en alguna de las caminadoras o bicicletas y me había hartado de quemar calorías y desarrollar músculo peleando con los miembros del club. En definitiva, un gimnasio con treinta aparatos no debía aceptar quinientas inscripciones. Opté por hacer ejercicio en mi casa, dirigida por un coach-avatar que siempre me explicaba con entusiasmo cada ejercicio, era paciente, me echaba porras cuando veía que iba por buen camino y me dejaba variar los ejercicios a mi gusto. Además, ni siquiera tenía que salir, porque todo lo hacía en la comodidad de mi sala. Mi avatar se llamaba Misa y era una rubia de ojos azules.

Después de media hora de correr y dar la vuelta a la isla virtual contemplando los pájaros, el cielo azul y el mar, y siguiendo al gato que me guiaba a la meta, tomé un descanso para alistarme para un momento de meditación. Ya me estaba dando hambre, y antes de dirigirme al baño para tomar mi ducha, comí un poco de fruta y bebí el primer café. Chequé la hora en mi teléfono y me di cuenta de que tenía un mensaje. Era Fernando. Me sorprendió, porque tenía mucho tiempo que no me había contactado. Somos amigos por Facebook y fuimos colegas en una época muy lejana. Fernando es amigo de Vicente y en ese mensaje me pedía mi teléfono para dárselo a él, pues había perdido mis datos porque había tenido que cerrar sus cuentas de redes sociales.

El mensaje, literalmente, me cayó del cielo o, para ser precisos, del *cloud*. Antes de que pudiera leer la respuesta de Fernando diciéndome que Vicente me estaba marcando, mi teléfono comenzó a sonar.

Escuché una voz de tono típicamente de madrugada, algo afónica, pero sexy. No pude aguantarme la risa al escucharlo tan inesperadamente.

—¿Qué andas haciendo a estas horas? Si en Europa son las nueve de la mañana en México deben ser las dos de la madrugada, ¿no?

Me dijo que cada viernes salía con Fernando a tomar la copa y pasaban un rato entre cuates. Me acordé que en otros tiempos yo formaba parte de ese grupo. En verdad eran salidas divertidas, de puro relajó. Me acordé de las «medias de seda», que no hacían buen matrimonio con la cerveza ni con el tequila y que no debían tomarse con popote. Entonces vinieron a mi memoria los chistes que nos contábamos y la vez en que los tres nos pusimos a bailar salsa.

Así que Vicente y Fernando seguían con la tradición de las copas de los viernes.

—Nos estábamos acordando de ti —me dijo Vicente.

No me atreví a preguntarle exactamente de qué se estaban acordando, porque podía ser

embarazoso. Parecía que se habían dado muchos cambios en las vidas profesionales de mis amigos. Para empezar, se habían invertido los papeles, porque antes Vicente era supervisor de Fernando en el despacho donde trabajábamos, y ahora Fernando era el jefe, ya en otra compañía. En determinado momento, Vicente se había quedado sin empleo y fue en la empresa donde trabajaba Fernando que pudo regresar al ámbito laboral. Pensé que para ellos no sería una situación sencilla, pero como siempre han sido buenos amigos quizá los vínculos estarían más fortalecidos.

Estuvimos platicando sobre mi vida en Europa, sobre mis hijos, que ya están grandes y viviendo fuera de casa; sobre la organización en la que trabajaba, que me permitía viajar y conocer otros lugares. Vicente repetía que le había dado mucho gusto hablar conmigo, y que esperaba que ese gusto fuera mutuo. Le comenté que tenía planes para ir a México en el 2017, y que una vez que tuviera mi plan definitivo se lo daría a conocer para que hiciéramos lo posible por vernos.

Con una sonrisa que iluminaba el día nublado, finalmente logré tomar mi ducha y alistarme para la rutina y los quehaceres domésticos. Mi sábado había comenzado muy bien, con la gran sorpresa que uno siempre espera que suceda.

Ciudad de México, 2017

14 de abril

Habían pasado dos años desde mi última visita a México. Aquel último viaje había sido muy especial porque visité a mi hijo mayor, Balam, quien se encontraba en Zapopan. Acababa de terminar sus estudios universitarios y había aceptado un trabajo temporal en la universidad. Al igual fue un viaje particular porque ya tenía nueve años de no haber regresado. En algunos momentos me preguntaba por qué no lo había hecho, si México es un país al que amo tanto, pero lo cierto es que siempre antepuse las excusas del tiempo y del dinero, y mi respuesta invariablemente pasaba por el tamiz del miedo. No me daba miedo llegar, sino despedirme de México otra vez. Eso es algo que siempre vivo mal. Aún no me explico cómo logro acumular tanta nostalgia en cada viaje, al punto que la tristeza me embarga de un modo atroz a la hora de regresar.

En 2015 pasé mucho tiempo en casa de Maeva, una de mis mejores amigas. Nos conocimos hace dos décadas y parece mentira que haya pasado ya tanto tiempo. Después de renunciar a mi cargo de supervisora en el despacho, y de mi breve paréntesis en la Embajada de Bélgica, encontré un trabajo como asistente en una agencia de la ONU.

En ese tiempo Maeva era consultora para uno de los proyectos que allí se desarrollaban e hicimos amistad casi al instante. La admiraba porque pese a los pocos años que tenía como egresada de la universidad, desplegaba una actitud sumamente madura y profesional. También me gustaba su dinamismo, su inteligencia y su espíritu eternamente optimista, lo que permitió que, desde el principio, además de tener una colaboración profesional agradable y eficiente, ella se convirtiera en una gran compañera, de esas que son a toda prueba, y luego entre nosotras surgió una amistad que ha superado la distancia, la ausencia y todas las vueltas de la vida.

Maeva fue mi confidente y apoyo durante el último año que pasé en México y vivió conmigo los momentos más difíciles que me lanzaron de regreso a Europa. Desde aquella época me decía «tía» y hasta la fecha sigo siendo eso, su tía. Ella es quien me recogió en esta ocasión en el aeropuerto para llevarme a la casa de Loly, otro miembro de la «banda peligrosa» que formamos hace tantos años. A Loly también la considero mi familia, y las dos me llaman «tía Valentina».

Estaba muy feliz de estar de vuelta, aunque la ciudad me recibió con una tormenta que no nos permitía avanzar mucho sobre las calles. Loly y sus hijos ya me estaban esperando y Victoria me mostró orgullosa el dibujo que me hizo, al cual le puso la frase «Te quiero, tía Valentina». Todo eso me hizo olvidar la tormenta, el tráfico, el hambre, la falta de sueño y el cansancio que cargaba a cuestas después del largo viaje.

Definitivamente había llegado a casa.

19 de abril

Era mi último día en casa de Loly y había prometido hacer waffles belgas. Hace dos años Maeva y yo recorrimos por completo la ciudad en búsqueda de una waflera adecuada, porque para mí siempre es un reto hacer los waffles de manera que resulten perfectos. Durante ese maratón visitamos por lo menos veinte almacenes, tiendas y centros comerciales para dar con una que cumpliera todos mis requisitos. Finalmente, la aventura valió la pena, pero ahora había que sacarle todo el provecho que se pudiera.

Victoria se apuntó de inmediato como mi compinche y desde temprano por la mañana se presentó en la cocina, apenas dominando sus ansias, ya vestida con el delantal y lista para meter las manos en la masa. Me ayudó bastante bien a pesar la harina, a romper los huevos —hay que tomarse esto al pie de la letra— y a mezclar los ingredientes. Lo hizo con tanto entusiasmo que en algunas ocasiones soltaba el batidor, que se hundía lentamente hasta el fondo.

El resultado fue totalmente satisfactorio y todos pudimos disfrutar de los waffles, cuyo olor despertó a Bruno, el hermano de Victoria, quien, asomado a la cocina, aún en pijama, observó maravillado el dulce postre. Bruno se acomodó muy bien en su silla para prepararse su waffle, que se ahogó en una ola enorme de jarabe para después ser atacado con frenesí por el goloso comensal.

Unos cuantos waffles después dejé la cocina para ir al baño a cambiarme el delantal, la playera y el vaquero por un vestido floreado, esperando que Victoria no me encontrara y comenzara a cuestionarme la elección que hice de mi ropa, zapatos y, en fin, de cada artículo de maquillaje.

La razón de tal esmero en mi arreglo era una cita para almorzar con Vicente en el centro. Le había enviado un mensaje para ver si podíamos vernos temprano y él propuso un restaurante en un hotel de lujo.

Decidí ir en metro porque cuando viví en México lo tomaba a diario, y aunque de eso ya habían pasado quince años, y todo había cambiado mucho, aún me sentía segura para hacerlo. Además, nuestra reunión no coincidía con las horas pico, así que me sentí confiada como para aventurarme en el subterráneo.

No tardé en encontrarme frente al Palacio de Bellas Artes, uno de mis edificios favoritos, que además me evocaba muchos recuerdos. Aquí vine a varias presentaciones, óperas y conciertos, pero también me tocó estar en el escenario cuando cantaba en el coro. ¡Cuánto tiempo de todo eso! En los momentos difíciles el canto siempre ha sido mi ancla, mi salvavidas y, por supuesto, mi terapia. Cuando canto me ubico en el instante presente y todo el mundo se borra, y junto con él se desvanecen por un rato los problemas. Haber formado parte de un coro sin lugar a dudas enriqueció mi vida, porque me permitió vivir encuentros profundos y conocer a personas maravillosas.

Pero volviendo al asunto de mi cita, debo decir que aún faltaba un poco y decidí entonces aprovechar ese tiempo libre para pasear por la Alameda, que para ese momento del año ya tenía sus jacarandas en flor. Después me acerqué a un Sanborns para saborear la frescura de una limonada. Los recuerdos hermosos me invadían. Cuando entré al restaurante sentí que el tiempo no había pasado en absoluto, ya que el uniforme de las meseras seguía siendo exactamente el mismo. Tampoco había cambiado la gracia y habilidad con la que se movían por todo el restorán, luciendo

sus largas faldas rayadas multicolores, bien almidonadas, que hacen juego con las blusas blancas de mangas cortas, abombachadas. Pretenden emular algún traje típico de México, pero en realidad son típicamente Sanborns. Las recordaba amables y me dio gusto que lo siguieran siendo. Era un lugar que cuando radiqué en México en verdad disfruté, porque solía pasar mucho tiempo ahí, tomando café con mis amigas o incluso sola.

Cuando ya casi era la hora de la cita, pagué mi cuenta y salí presurosa al encuentro con Vicente. Entré al gigantesco *lobby* del hotel, en donde me llamó mucho la atención el arreglo floral que recibía a los huéspedes y comensales. Era hermoso e inmenso, del tamaño de una persona. Me quedé absorta durante unos segundos sentada en los confortables sofás de piel.

Me sentía emocionada por volver a ver a ese hombre, quien justo unos segundos antes me había enviado un mensaje diciendo que ya iba en camino. Se disculpaba por el retraso.

Unos segundos después, me llegó otro mensaje de él en el que me pedía que ocupara la mesa que ya estaba reservada para nosotros. No le hice caso y preferí esperar a que él llegara, para entrar juntos al restaurante. Unos momentos después lo vi dirigirse precipitadamente a la recepción, sin prestar atención a nada más. Me pareció un momento muy extraño. No nos habíamos visto en once años, pero sentía que hubiera sido ayer cuando almorzamos juntos por última vez.

Me puse de pie y me acerqué a saludarlo. Él me dio un abrazo de bienvenida y juntos caminamos hacia donde la señorita nos indicó que estaba nuestro reservado. Recuerdo que había mucha gente y los meseros bailaban entre las mesas llevando enormes charolas con platos de mole verde y poblano y otras especialidades del lugar.

Esquivando a los meseros para no ocasionar un caos, nos dirigimos hacia nuestra mesa, que era para tres personas, porque se suponía que Fernando también llegaría y se nos sumaría para almorzar, pero el hombre brilló por su ausencia.

—¿Y Fernando? Me parece que no viene. ¿No será que no lo invitaste porque no quieres que le preste atención a otro hombre? —le dije, en tono de broma.

Vicente sonrió con picardía. Me confesó que, en efecto, no tenía ganas de compartirme. ¡Ya me parecía que lo de la reservación para tres era puro teatro! Y, por supuesto, me hizo gracia. Era evidente que nada había cambiado entre nosotros.

Entonces, comenzó a bombardearme con mil preguntas acerca de mi estancia en México, de mis hijos y de mi trabajo. Yo traté de responder a todo entre una margarita y otra al tiempo que probábamos un excelente mole verde.

Otra vez volví a sentir la misma atracción que como golpe me invadió cuando nos conocimos. Despertaron las mariposas que anidaban en mi estómago y armaron tremenda fiesta. Moría de ganas de quitar todo lo que estaba sobre la mesa y que hiciéramos el amor ahí mismo.

—Si supieras las ganas que tengo de ti —le dije entonces, con voz sensual y una mirada coqueta. Se hizo un silencio que él aprovechó para mirarme sonriente, con gusto y asombro, pero también con cierta pena—. Por algo me citaste en el restaurante de un hotel, ¿no? —insistí.

Por su reacción, en seguida me di cuenta de que esa idea no había cruzado por su cabeza, y aunque por la mía sí, no lo molesté más con aquello. Pude notar lo halagado que se sentía y también cómo su ego crecía al paso de los minutos. ¡Ay, Vicente! A veces era un hombre serio y

hasta tímido, e incluso no muy seguro de sí mismo, quizá por eso me parecía encantador. Él recuperó la calma, como que recordó que a mí no se me debe tomar muy en serio, porque nunca se sabe cuándo estoy bromeando.

Lo cierto es que disfrutamos la plática, el coqueteo, la comida y el ambiente, aunque después de un rato noté que su expresión cambiaba. Muy nervioso, y con total parquedad, me contó que hacía dos años algo muy grave le había sucedido a su familia. Vicente tiene cuatro hijos, más o menos de la misma edad de los míos, y me contó que a una de sus hijas la secuestraron y la mantuvieron retenida por un lapso de dos meses, lo cual me cortó de tajo cualquier palabra. No podía imaginar cómo se sobrevive a una experiencia así, tan llena de angustia y desesperación, o cómo es que se podían afrontar los miedos, las noches sin dormir, las dudas y la incertidumbre. Imaginaba la pesadilla que vivió día tras día, noche tras noche.

Lo escuché con atención y, sobre todo, con empatía. Por las pausas que hacía y por lo quebrado de su voz me di cuenta de que no quería recordar aquella época. También noté que sus ojos se humedecían y eso me terminó de llenar de ternura, porque nunca lo había visto así. Este era otro Vicente, uno con el que me identificaba aún más y me llenaba de amor y sentimientos de solidaridad.

Nunca habíamos tocado temas tan serios, pese a que entre nosotros había una atracción sexual innegable que nunca expresamos ni materializamos debido a la inmensa lejanía que a veces nos separaba, pero también por nuestros propios miedos.

Ahora que se había abierto de una manera tan sincera sobre un tema que aún le costaba trabajo recordar y más aún platicar, comenzaba a verlo con distintos ojos, desde otra perspectiva. Emocionalmente me sentía más cercana a él, tenía ganas de abrazarlo para sentir latir su corazón junto al mío y tenía la certeza de que al mirar sus ojos podría ver el cielo, sin importar que no fueran azules.

Esa confesión, su apertura total, tocó una cuerda fina y delicada en mi interior; dio luz a un sentimiento nuevo y me hizo sentir honrada y privilegiada. Esa conversación lo había cambiado todo.

Lamentaba que le había dicho que me tenía que regresar temprano porque al día siguiente haría un viaje a Oaxaca y aún tenía que hacer la maleta. Ahora, lo único que deseaba era estar con él, escucharlo y pasar mi tiempo a su lado.

Pedimos un café y cambiamos de tema para terminar nuestra reunión. Vicente me había pedido un Uber para que me llevara a la oficina de Maeva, aunque yo había insistido en tomar el metro. Por supuesto, él no se iría sin antes asegurarse de que estaba en el coche y recomendarme que le hablara en cuando llegara a mi destino. Me sentí feliz por nuestro encuentro y se lo expresé en un mensaje: «Querido Vicente, qué grato fue volver a verte. Tu compañía siempre me hace bien. Solo me faltó un postre especial. Me sentí muy feliz por poder verte y abrazarte de nuevo. Te mando un beso donde tú quieras».

Poco después, él me contestó: «También fue un placer para mí volver a verte. Y también te mando muchos besos donde quieras. Aunque no lo creas, es la primera vez que platico sobre este tema con alguien, fuera de mi familia y las personas involucradas. Me cuesta aún mucho trabajo hacerlo. Gracias por escucharme».

Oaxaca, 20 al 24 de abril

El vuelo a Oaxaca estaba programado para las ocho de la mañana y había que salir de la casa tres horas antes para llegar con anticipación. Raúl, la pareja de Maeva, nos llevó al aeropuerto. Siempre fue un hombre muy considerado y yo estaba contenta por ella, pues estaba con una persona atenta que le demostraba respeto y amor. Por mi parte, me emocionaba hacer este viaje y visitar por primera vez Oaxaca en compañía de una de mis mejores amigas.

A pesar de la tan temprana hora, la sala de salidas nacionales parecía una colmena en plena actividad. No era extraño que hubiera esta cantidad de pasajeros si considerábamos que nada más en la siguiente hora había por lo menos treinta vuelos que despegaban a una variedad inmensa de destinos: Mexicali, Mérida, Oaxaca, Guadalajara, Ixtapa, San Cristóbal y un sinfín de ciudades, entre las que había algunas cuyo nombre nunca antes había escuchado.

Desde niña, como de siete u ocho años, solían gustarme los aeropuertos, y me encantaba visitarlos. Aún tengo recuerdos muy vivos de las ocasiones en que iba con mis padres a la terminal de Bruselas para recoger a mis abuelos paternos, que llegaban desde quién sabe qué lugares exóticos. Esas salidas eran casi tan divertidas como ir a un parque temático, porque me fascinaba escuchar la entonación y melodía de tantos idiomas diferentes; saborear los distintos sonidos que no me hacían ningún sentido, palabras misteriosas, ausentes de todo significado y frases cuya traducción no lograba adivinar. Miraba con asombro el desfile de africanas con sus atuendos largos, de telas con figuras geométricas estampadas en colores brillantes; observaba a los árabes elegantes en sus suriyahes de un blanco immaculado, que contrastaban con el color de su piel que me recordaba a todos los desiertos. Las que mayor fascinación me provocaban eran las mujeres de la India, con sus sarís más sedosos que sus melenas largas. Los usaban en tonos rojos y anaranjados, o amarillos y rosados, con matices de verde esmeralda que se desvanecían en azules medianoche. Tenían bellos bordados de hilos plateados y dorados, perfectamente drapeados. Aunque ellas se movían de manera natural, me parecía que había un arte oculto en su caminar elegante portando este tipo de vestimenta.

También el aeropuerto de la Ciudad de México tenía sus propios personajes, y aunque eran espectaculares no me inspiraban del mismo modo que los aeropuertos de mi niñez. Sin embargo, debo reconocer que al hombre frente a mí no le faltaba originalidad ni extravagancia. Tenía alrededor de sesenta años y calzaba botas color rosado «flamenco», diría yo. Sus pantalones y chaqueta hacían juego con las botas y portaba un sombrero enorme que le cubría el cabello largo, de un rubio oxigenado, imposible de no notar.

Maeva y yo nos volteamos a ver, con algo de angustia en nuestras caras, que nada tenía que ver con nuestras opiniones sobre el estafalario personaje, sino por la larga espera. Y es que ninguna de las filas avanzaba, y eso nos provocaba miedo de llegar demasiado tarde a la puerta de embarque.

Después de un rato nuestro amigo rosado por fin llegó al mostrador y no tardó ni tres minutos en dejar su maleta para dirigirse presuroso a la puerta. ¡Comenzaba a ver la vida en rosa otra vez! Cinco minutos más tarde Maeva y yo le seguíamos los pasos para hacer una segunda fila en el control de seguridad, que ya nos recibía mucho más relajadas. Total, a fin de cuentas, pudimos llegar a tiempo a la puerta indicada, y a pesar de que el proceso de embarque fue desordenado y

nuestro vuelo no estaba siquiera registrado en la pantalla central, nos mantuvimos atentas hasta que al fin escuchamos vociferar el número de nuestro vuelo. Entonces volvimos a seguir al rebaño de pasajeros que se empujaban hacia la salida.

Vaya que hacía frío, y en el camioncito en el que nos transportaban por la pista para abordar el avión corría un aire helado. Por lo menos, eso nos aseguraba que llegaríamos frescas a nuestro destino. Por suerte, en el avión encontramos más templanza y el vuelo resultó agradable.

Al llegar a Oaxaca hicimos de inmediato lo que casi todos los turistas hacen: tomamos un taxi hacia nuestro hotel, donde la recepcionista nos recibió con una sonrisa y una toallita húmeda y perfumada que, no sé por qué, nos hizo sentir más rápidos los trámites habituales, que incluían la entrega de las llaves de nuestro cuarto y algunos folletos con información sobre las salidas a Mitla, Monte Albán y algunos otros lugares. Subimos a nuestro cuarto, que resultó amplio, limpio, con dos camas grandes y, como era de esperarse, decorado en un muy bello estilo oaxaqueño.

Después de refrescarnos y de acomodar nuestras cosas, decidimos salir a explorar la ciudad. Hicimos una primera parada en un museo en el que se estaba mostrando una exposición con obras de artistas locales. También pasamos por una tienda enorme dealebrijes y otras artesanías y entramos en un negocio especializado en mezcales, fabricados con diferentes tipos de agaves. Aun como turista, aprendí la diferencia entre un mezcal tepextate, un jabalí, un madrecoix, un coyote, un tobalá y algunas variedades más. Ese aprendizaje no solo nos fue instructivo, sino que resultó también bastante placentero para nuestros paladares y a mí incluso me provocó un sutil mareo y una disposición para la risa fácil.

Más valía no pasar demasiado tiempo en ese lugar si deseábamos encontrar sin contratiempos el camino a la catedral y su museo, un lugar en el que, por cierto, todas las salas de exposición se parecían y por eso lograron confundirnos cuando nos metimos en ese laberinto. Lo que más me maravillaba era la cantidad de objetos expuestos, que resultaban incontables. Ese paseo resultó una suerte de curso intensivo sobre la historia y el modo de vida de los zapotecos y otros grupos que habitaban estas tierras desde hace siglos. Y, como sucede siempre que uno visita museos gigantescos, sentimos que nuestra capacidad de absorber y maravillarnos había llegado a su límite y decidimos que nos merecíamos ya, con urgencia, una pausa para comer.

Por desgracia no consideramos ir a la famosa Catrina de Alcalá, pero en el lugar al que fuimos las margaritas eran tan buenas que compensaban lo insípido de la comida. Para terminar nuestro primer paseo por tierras oaxaqueñas, cenamos algo muy ligero en el restaurante del hotel, no sin antes cruzar un par de miradas para confirmar que al día siguiente, ahora sí, iríamos a la Catrina de Alcalá, donde la comida es realmente deliciosa.

Con esa decisión tomada, nos fuimos al cuarto para encontrarlo perfectamente arreglado y con el regalo inesperado de un bonito detalle, porque alguien se había esmerado en hacer un osito con las toallas que nos tocaban.

Nos refrescamos y por fin, poco después, pude enviar algunas fotos a Vicente, a quien le compartí todo lo que habíamos hecho durante el día. Cuando recibió la foto del osito, me contestó que esperaba que me diera un poco de calor. Yo le repliqué que el osito no me haría ninguna gracia, pero sí sabía cuáles pies me gustaría que se enlazaran con los míos. Sentía muchas ganas de tenerlo cerca para respirar el aroma de su piel, deseaba con toda el alma que me tomara entre

sus brazos.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano. Casi casi fuimos las primeras en llegar a la Catrina de Alcalá y en cuanto nos sentamos ordené unas enchiladas istmeñas con plátano macho, que son una verdadera delicia.

Maeva apenas conocía mi historia con Vicente y aproveché la calma que el desayuno nos ofrecía para ponerla al tanto de nuestra atracción y el cariño que nos teníamos.

—¿Y qué pasó?, ¿se volvieron amantes? —me preguntaba curiosa.

—No —le respondí—. La situación era complicada. Él estaba casado y tenía niños chiquitos, y yo también. Nunca supe mucho sobre su matrimonio, pero en aquella época me quedaba claro que no era muy feliz, o al menos que no quería tanto a su esposa como se supone debía quererla un esposo enamorado, pero pues quién sabe. Por mi parte, puedo asegurar que no era feliz en mi matrimonio y que, sin quererlo o sin estar muy consciente, comencé a buscar cariño en otro lado.

»De hecho, yo sí me hubiera animado a dejar todo por Vicente, por lo menos en aquel entonces, cuando lo conocí. Pero también era un asunto en el que no pensaba mucho. Es decir, me gustaba y comencé a enamorarme de él sin pensar tanto en el futuro; prefería vivir el momento así, sin más. Él era al revés: únicamente pensaba en las consecuencias y en lo difícil que sería salir de su zona de confort. No se permitía sentir algo por mí, pero se dejó llevar por el juego y la atracción. Era la primera vez que me pasaba algo así, y aunque no estuviera muy satisfecha con mi matrimonio, nunca antes de conocer a Vicente me había imaginado estar con otro hombre. Al final de cuentas, creo que así estuvo mejor y por algo hoy seguimos como amigos. Pero después de tantos años, y ahora que lo volví a ver... no sé... creo que algo cambió...

Maeva y yo nos quedamos unos momentos calladas, incluso pensativas.

Chequé entonces mis mensajes y aún no había noticias de Vicente. Muy a mi pesar, me di cuenta de que la expectativa de recibir un saludo suyo me había atrapado. Sabía que era ridículo sentir culpa por algo así, pero así era, y lo cierto es que, además, me alegraba recibir un mensaje suyo cada mañana. No perdía de vista que no debía permitirme tanto apego con él, dejar que su influencia decidiera el buen o mal tiempo.

En la mirada de Maeva descubrí que ella sabía exactamente lo que estaba pasando en mi interior y con suavidad me reconfortó diciéndome exactamente lo que quería escuchar:

—Tranquila, ya te escribiré, seguro Vicente pronto te enviará alguna señal.

—Sí, lo sé —le dije, mientras me decidía a disfrutar no solo del momento, sino también de ese lugar hermoso, y de la amistad de Maeva, el aroma del café, y en sí de todas las sorpresas que me deparaba el viaje.

Los meseros nos hicieron la plática durante un breve rato. Ricardo, uno de ellos, nos dijo que en su familia se dedicaban al cultivo del agave espadín y que fabricaban mezcal de manera tradicional y artesanal. En esas estábamos, justo antes de terminar nuestro desayuno, cuando sonó mi teléfono. ¡Por fin el anhelado mensaje había llegado! ¡Era la cereza sobre el pastel! ¡Qué gusto, en verdad!

Para ese día mi amiga y yo teníamos organizado un programa muy completo y el guía no debía tardar en pasar por nosotras. Entre otros lugares visitaríamos Tule, conocido por su enorme ahuehuate, que tiene una circunferencia de aproximadamente 58 metros y una altura de 42 metros,

además de un tronco de 14 metros de diámetro, una auténtica atracción para los turistas. También habíamos incluido Teotitlán del Valle, donde paramos para visitar una fábrica de tejidos. Ahí, el guía nos explicó con mucho detalle todo el proceso que se sigue para hacer los maravillosos hilados, que comienza con la hechura de las hebras a base de lana suiza importada, además de las pinturas, también traídas del extranjero.

Nos habían dejado una cochinilla en nuestras manos y notamos de inmediato que los colores variaban según nuestro pH. Iban de los morados a los rojos vivos pasando por sorprendentes anaranjados. En ese lugar también vimos a un artesano frente a un telar enorme. Aún no se me olvida lo fascinada que estaba de la habilidad y la memoria de ese hombre, quien tejía un enorme tapete con formas geométricas, hilo por hilo, sabiendo cuál color debía utilizar sin consultar ningún tipo de referencia.

Otra de las paradas la hicimos en Mazatlán Villa de las Flores, donde aprendimos algo acerca de los agaves que se utilizan para la producción del mezcal y conocimos de primera mano el proceso para obtenerlo puro y de gran calidad. Para entonces, justo en el transcurso de ese tutorial degustativo, llegó la hora de comer y nos llevaron a un restaurante en el que nos esperaba una señora detrás de un enorme comal en el que preparaba tortillas que, junto con los aromas de diferentes salsas, nos abrieron aún más el apetito.

No cabe duda de que el mole que probamos nos dio fuerzas para seguir nuestros recorridos ya que después de comer llegamos a las ruinas de Mitla, un sitio fascinante que, al menos a mí, me permitió descubrir las maravillas que entrañaban los secretos de las técnicas arquitectónicas de los habitantes del lugar. Y es que sin tecnología moderna u «occidental» lograron edificar construcciones de una simetría increíble, donde cada piedra encaja con la otra de manera perfecta, lo cual dio como resultado una ciudad que pudo soportarlo todo, desde la mordedura del tiempo, la erosión y las lluvias, hasta las guerras más sanguinarias y los violentos temblores que azotan la región de manera cotidiana.

Hierve el Agua fue nuestro último destino, y en ese lugar pudimos admirar las cascadas petrificadas que tanta fama le han dado al sitio. Maeva hasta se animó a bajar por los estrechos caminos rocosos y poco accesibles, pero yo preferí quedarme para admirar desde un punto más seguro los estanques en los que se bañan niños y adultos. Después de eso, ya no quedaba nada más por visitar, porque el tiempo se nos había venido encima. Sin embargo, aún pudimos admirar la puesta del sol desde la ventanilla del vehículo que nos regresaba a la ciudad y al hotel, donde me dediqué a revisar mi celular, ya metida en la cama y a punto de dormir.

Con calma y arropada, me di tiempo de ver, leer y releer los mensajes que Vicente me había enviado. Uno de ellos me conmovió bastante, porque se tomó la molestia de fotografiar una reseña de dos restaurantes muy reconocidos en la ciudad para hacerme sentir que viajaba conmigo. De nuevo la vida me enseñaba que se necesitaba de muy poco para alegrar la existencia de alguien. Aunque no siempre podemos estar con las personas amadas o con quienes nos necesitan, sí podemos regalar una palabra amable y hacer visible nuestro interés por lo que ellas hacen o viven.

El último día de nuestra estancia visitamos Monte Albán, una ciudad espléndida, aunque el sol aquella vez pegaba muy duro. Mi amiga y yo subimos una de las pirámides y admiramos la vista

desde el punto más alto mientras dejábamos que el viento nos refrescara de las altas temperaturas.

Por la tarde regresamos a la ciudad y nos dirigimos al mercado para buscar un lugar donde comer. Sabía que Maeva elegiría una tlayuda, una de las especialidades de Oaxaca, pero yo seré siempre fiel al mole, así que me decidí por unas enchiladas. Después fuimos de compras y, entre otras cosas, me traje unas blusas bordadas y unos tapetes tejidos a mano, pero creo que la mejor de mis adquisiciones fue un mezcal al que sus creadores llamaron Mal de Amor. Por fortuna mis maletas eran grandes y en ellas cupo hasta la pasta de mole que en el último momento también se me pegó. Nuestra última cena en Oaxaca la organizamos en La Catrina, donde ya sabíamos que la comida y las bebidas hacen que Oaxaca no se olvide. Ni siquiera me inquietó que Vicente no me hubiera contactado o respondido a mi último mensaje.

Ciudad de México, 2017

25 de abril

Llegó el momento de partir a Ginebra y retomar mi vida cotidiana. Me vi haciendo las maletas para dirigirme al aeropuerto. Nunca me ha gustado esa parte, la de las despedidas, y es que odio desprenderme de este país al que amo tanto. Había cambiado varias veces de planes acerca de lo que iba a hacer mis últimos días en México. Tengo tendencia a querer hacer mil cosas justo al último momento, para sacar el mayor provecho de mi viaje, aunque finalmente he aprendido a ser un poco menos acelerada. Así pues, el día de mi partida pensé en comunicarme con Raúl, ya que él me había ofrecido llevarme al aeropuerto, pero antes de que pudiera hacerlo sonó mi teléfono.

Sí, era Vicente, y eso me dio un gusto enorme. Aunque no era precisamente de lo que queríamos hablar, charlamos un poco sobre el viaje a Oaxaca y sobre mis planes para el día, que en realidad no eran muchos. Antes de colgar me preguntó minuciosamente acerca de los detalles de mi partida, mi llegada al aeropuerto y, en fin, todo lo concerniente a mi regreso a Ginebra. En mis adentros me decía que habría sido muy emotivo verlo antes de irme y visualizaba la escena hasta que de repente los ladridos del perro de la vecina me regresaron a la realidad.

Ahí estaba yo, en medio de las maletas apenas organizadas, con el corazón pesado y triste. Aún no me había ido y ya comenzaba a extrañar este lugar. Decidí entonces que era mejor pensar en los momentos increíbles que había vivido durante los últimos días y expresar gratitud de alguna manera, pues estaba convencida de que no hay nada que atraiga más cosas positivas en la vida que el agradecimiento. El Universo me ha respondido muy bien en eso que es el primer paso a la felicidad.

Cada vez que reviso mi vida me repito una y mil veces que he vivido y que vivo de verdad y por lo tanto debo querer y respetar todo, aun lo difícil, los momentos duros, los problemas, las pérdidas, las tristezas y las desilusiones, pues al abrazar cada momento, al respetar y comprender por qué sucedieron, se hacen más soportables y me dan la posibilidad de aceptar que eso que no parece tan bueno o positivo es parte de nuestra experiencia en la tierra. Entenderlo me ha dado paz interior y tranquilidad, seguridad y sabiduría. Sé bien que todo es cíclico y que los malos ratos también pasan para convertirse en recuerdos, y si tenemos suerte, en aprendizaje. He descubierto que lo importante es tomar riesgos, no quedarse con las ganas, ya que la vida sucede con fuerza, pero es preciso salir de nuestra zona de confort. Además, las lecciones que nos regala cada experiencia no tienen precio.

En eso reflexionaba cuando me di cuenta de que ya no me quedaba mucho tiempo para terminar de arreglar las maletas si todavía quería prepararme una quesadilla con el queso que había traído de Oaxaca y la salsita picosa que me había dejado Maeva. Poco después, el asunto de las maletas

ya estaba resuelto y saboreaba el último bocado de mi quesadilla cuando Raúl me avisó que ya venía en camino. Unos minutos después tocó la puerta y me encontró lista con la maleta en la mano.

Me encantó que fuera él quien me llevara al aeropuerto, pues es alguien cercano, por quien siento afecto, un amigo con quien charlar durante el camino. Era una manera de ayudarme a no pensar demasiado en el regreso. A pesar de que no había tanto tráfico y de que salimos con buen margen de tiempo, el trayecto nos tomó casi dos horas.

Al llegar al aeropuerto Benito Juárez nos dirigimos al mostrador de Air France, pero aún estaba cerrado. Decidimos tomar una última margarita a mi salud en tierras mexicanas en un establecimiento que nos pareció adecuado. La encargada del negocio nos dio la bienvenida mientras nos indicó que ocupáramos una de las mesas del fondo, porque ahí podríamos acomodar fácilmente las maletas y no estorbar a nadie.

Por inercia, más que por otra cosa, le eché una ojeada a mi celular y me di cuenta de que tenía cinco llamadas perdidas de un número desconocido, pero con código mexicano. De momento no supe quién podría llamarme con tanta insistencia, justo ahora que estaba a punto de irme. Mientras pensaba en eso, Raúl y yo regresamos a formarnos frente al mostrador, que para esa hora ya estaba abierto. De repente el corazón me indicó de quién se trataba. ¡Por supuesto, de Vicente!

Regresarle las llamadas era ahora el gran desafío, porque el *roaming* de mi celular no me permitía marcaciones y no había conexiones disponibles de internet. En ese momento me acordé del teléfono que Maeve me había prestado para hacer llamadas locales en caso de que no tuviera acceso al Wi-Fi, y aunque ya se lo había entregado a Raúl para que se lo devolviera a mi querida amiga, se lo volví a pedir para realizar mi llamada.

—Intentaste hablarme varias veces —le dije, cuando entró la llamada, tratando de averiguar cuál era la urgencia y por qué la insistencia, a dos horas de que despegara mi avión.

—¿Dónde estás? —me preguntó entonces.

—Estoy en el aeropuerto.

—¡No te muevas! ¡No vayas a la puerta! —me rogó— Estoy en camino, y en unos quince minutos estaré ahí.

—Aquí te espero —contesté, y casi estoy segura de que el latido de mi corazón se escuchaba hasta el otro lado de la línea.

En la cara de Raúl se formaban ya los inevitables signos de interrogación, que intentaban sondear qué era lo que estaba pasando. Para entonces ya me tocaba pasar a registrarme y con su ayuda pude subir mis maletas. Aproveché para explicarle que Vicente venía en camino para despedirse, noticia que detonó una pequeña chispa de buena suerte, pues la encargada del registro, después de revisar mi boleto en su computadora, me informó que ya tenía suficientes millas acumuladas para viajar en primera clase, en la categoría de negocios. Acepté encantada el inesperado giro del viaje, pues podría dormir cómodamente en un vuelo que duraba diez horas. La buena fortuna me sonreía, porque justo cuando me estaban dando mi pase al salón VIP, sentí que alguien me miraba con insistencia. Volteé y nuestros ojos se encontraron. Ahí estaba Vicente, cuya presencia me inundó de una mezcla de alegría, amor y gratitud, confundida con dos pizcas de nerviosismo.

Entonces me despedí de Raúl agradeciéndole el haberme acompañado. Ahora sí, lo que seguía era encontrarme con él. En cuanto estuvimos cerca nos abrazamos con una emoción difícil de describir. Era un momento de conexiones fuertes que me hacían desear que el tiempo se detuviera en seco, y más porque Vicente me dijo al oído, casi como en un susurro, que me había traído un regalo. Acepté con amor el envoltorio y le dije que lo abriría hasta que hubiera llegado a mi destino, para de ese modo alargar este instante juntos, y entonces lo guardé en mi maleta de mano.

—No tengo mucho tiempo, tuve que cambiar algunas reuniones para poder escaparme de la oficina —me dijo, emocionado.

Su presencia me hizo sentir parte de una comedia romántica al estilo de Hollywood, y como en toda película de ese estilo, nos enfilamos al bar, donde muy poco antes había estado con Raúl. Pedí una copa de vino blanco y Vicente una cerveza. Después nos miramos sin decirnos nada.

Extrañamente, quedarnos callados no me resultó incómodo. Fue como si dejáramos hablar solamente a nuestros corazones. De repente, Vicente tomó mis manos entre las suyas y me externó que el tiempo era su enemigo, porque no podía quedarse mucho conmigo, pero que cada minuto lo valoraba como oro. Le respondí que estuviera tranquilo, porque yo estaba bien y apreciaba el esfuerzo que se había tomado para estar aquí.

—¡Me escribes! —me dijo, al tiempo que se retiraba.

—¡Claro!, te escribiré en cuanto llegue a casa —le confirmé yo, aún emocionada.

Vicente no se fue así como así. Antes de partir me acarició la cara con la parte exterior de su mano. En ese instante nos permitimos una sonrisa, un leve beso en los labios.

Ahora sí, se ha ido.

Aún tenía vino en mi copa, y me sobró tiempo para comprar una botella de tequila, misma que escogí por su belleza, pues tenía un agave grabado en el cristal. El encargado de la tienda me la envolvió perfectamente y me regaló un par de caballitos en forma de calavera que le iban muy bien a la botella.

En unas cuantas horas había recibido tres regalos que yo interpreté como un mensaje del Universo, que me indicaba que, pese a mi tristeza por irme, debía estar agradecida. Me confirmaba también que este país me quería bien y que por eso me ofrecía cosas buenas. Me decía que la abundancia se encontraba en este lugar, que me hacía sentir apoyada, querida y protegida.

No se me olvidaba que estaba en el aeropuerto de la Ciudad de México y después de mis compras decidí pasar un rato en el *lounge*. No estoy muy acostumbrada al medio de la gente de negocios, porque esa atmósfera me hace sentir un poco torpe, pero con todo y eso logré encontrar sitio en uno de los sillones más cómodos para enseguida pedir un café, que resultó ser oaxaqueño. Dejé que el aroma me invadiera y saboreé cada gota, pues la bebida resultaba una delicia. Mientras disfrutaba mi café, Vicente se hizo dueño de mis pensamientos. La emoción de verlo tan sorprendentemente me hizo ceder a la tentación de escribirle un mensaje: «Querido Vicente, ¡la verdad qué hermosa e increíble sorpresa me diste hoy! Wow, aún no recupero el aliento. Me siento en una nube y eso que aún no estoy en el aire... Muchas gracias. ¡No imaginas cuánto valoro ese gesto tuyo!».

No esperaba que me contestara de inmediato, pero él me volvió a sorprender porque enseguida me escribió diciéndome que había sido un honor.

Sí, me gusta su estilo anticuado de escribir. Es que me gusta todo de él.

El vuelo tenía ya retraso, pero esa vez no me importó mucho, pues estaba cómodamente instalada, ya en el avión, tomando champán. Me podría acostumbrar fácilmente a viajar de esa manera. Paladear una cena servida en vajilla de cerámica acompañada de buenos vinos es exactamente lo que siempre me ha gustado ¡Qué lujo! Así, totalmente confortable, me acosté para dormir lo más que pudiera. Y eso hice. Apagué la luz, esperando despertar para cuando sirvieran el desayuno.

Faltaba ya poco para llegar a tierras europeas.

Ciudad de México, 1988

6 de mayo de 1998

—¿Dónde está Vicente?, ¿alguien lo ha visto?

Quien preguntaba era Jorge, nuestro jefe, entrando como bólido en mi oficina fuera de sí, casi sin aliento. No me atreví a contestarle, sarcásticamente, que lo tenía debajo de la mesa haciéndome cosas ricas.

—No lo sé —preferí responder en el tono más serio que pude.

—¡Tenemos una junta importante con todos los gerentes! ¿Cómo es que no ha llegado? —decía él, muy enojado.

—Estoy segura de que se encuentra en camino y que habrá una buena razón por la que no se ha presentado —le dije tranquila, tratando de calmarlo un poco. Nunca sabré si me escuchó o no, pero lo que sí me quedó claro es que salió de mi pecera gritando aún más fuerte.

—¡Encuétramelo! —me exigía sin ninguna razón, pues yo no tenía por qué o cómo saber la agenda de Vicente. De cualquier forma, decidí ir al cubículo de Daniela, su asistente, quien acababa de llegar. Por lo menos estaba al tanto de la reunión, pero de Vicente no tenía ninguna noticia. Vi que la expresión en su cara cambió y ahora se notaba preocupada. A pesar de eso, le pedí que lo llamara y que me tuviera al tanto de cualquier noticia.

Poco después Daniela confirmó mis sospechas: Vicente estaba gravemente enfermo y lo habían llevado al hospital a mitad de la noche para operarlo de urgencia de un pulmón. Y eso fue exactamente lo que le dije al jefe, una vez que chequé la veracidad de la información, y eso pareció calmarlo un poco. Yo no entendía muy bien la actitud de aquel hombre, incapaz de mostrar empatía, porque no le costaba nada solidarizarse y tratar de ayudar a su compañero de trabajo. Finalmente, la dichosa junta se llevó a cabo sin Vicente, en un ambiente muy peculiar. Sin embargo, una hora después todos salíamos aliviados de la sala de reuniones.

Una vez terminado el trámite laboral, no sabía si debía llamar al hospital para preguntar sobre la salud de Vicente, pero para mi suerte él mismo decidió llamarme a mi línea directa, con una voz apenas reconocible.

—Creo que no es buena idea que me llames, porque tienes que descansar, ahorrar esfuerzos y sobre todo cuidar tus cuerdas vocales —le dije, en tono de regaño, pero al mismo tiempo sin ocultar una sensación de profundo halago.

Me sobrecogió la impresión de que Vicente ni siquiera me estaba escuchando porque seguía hablando y de su boca salía una catarata de palabras, interrumpidas solamente por ataques de tos y falta de aliento.

—Te digo que voy a colgar —le repetí con más firmeza—. Estoy preocupada por ti. Aprecio

que me hables, pero no te das cuenta del daño que eso te hace.

Por fin colgamos, después de batallar otro rato con él. ¡Qué hombre más necio! No sabía realmente qué pensar de su insistencia tan pertinaz. ¿Por qué me quería hablar a pesar de que apenas podía articular una frase? Dejé esas preguntas suspendidas en el aire para tratar de contestarlas en otro momento y me serví un café para continuar con las tareas del día.

Ginebra, 2017

26 de abril

Llegué feliz a Ginebra, pero mis maletas no llegaron conmigo. Eso no me extrañó en absoluto porque el retraso que tuvimos en México provocó que llegáramos tarde al aeropuerto de París, en donde apenas tuve tiempo de llegar a la puerta B-21 para abordar mi vuelo a Ginebra. De hecho, casi me cerraron la puerta en la nariz. Sin embargo, ese contratiempo se convirtió en una ventaja, pues la compañía aérea me envió un mensaje anticipándome que el equipaje llegaría al día siguiente a mi domicilio, por lo que yo pude salir del aeropuerto libre de cargas engorrosas e incluso irme a casa en autobús.

Por suerte el regalo que me dio Vicente estaba guardado en mi bolsa de mano. ¡Qué emoción! La sorpresa resultó ser una mascada de lana fina adornada con figuras geométricas en azul petróleo, combinado con tonos cremas. ¿Cómo adivinaría que me gustaban las mascadas y esos colores? Quizá no lo adivinó, sino que lo había intuido. El caso es que me sentí feliz, pero al mismo tiempo inmensamente triste, pues estaba a diez mil kilómetros de México, y eso generaba un vacío enorme en mí ya de por sí entristecido corazón.

El silencio en el que se encontraba sumido mi departamento me hizo sentir aún más desolada. Para disipar esa sensación de tristeza decidí darme una ducha, pues sabía que el agua caliente me relajaría, refrescándome los sentimientos.

Para cumplir con lo prometido, envié a Vicente un mensaje en el que le avisaba que ya había llegado y me encontraba en casa. No pasó ni un minuto cuando recibí su respuesta, dándome la bienvenida.

Imaginé sus letras como un puente uniendo nuestros continentes. Volví a sentirlo cerca, aunque al mismo tiempo sabía que se encontraba a kilómetros. Para acercarlo, le compartí una foto de mi cuarto y de la cama, y le dije que ahí lo esperaba.

«¿De qué lado me quedaré?», respondió enseguida, y leerlo así, tan cotidiano y juguetón me hizo sonreír. Yo, pícara, le dije que su lugar era el del lado de la ventana, pero que si no le parecía, también podía quedarse abajo o encima de mí.

«Me gustan ambas opciones», respondió.

No cabía duda de que hablar con Vicente me hacía bien, porque para ese momento ya me sentía no solo más tranquila, sino incluso feliz. En cuanto tuve todo en orden avisé a mi madre que ya estaba de regreso y supe que para ella había sido difícil estar tanto tiempo sin noticias mías.

Aunque todavía era temprano, me dormí tan pronto puse mi cabeza en la almohada. Al día siguiente me esperaba una larga jornada de oficina y debía estar descansada.

27 de abril

Pese al frío que se sentía al amanecer, y a la dificultad que representan los cambios de horario y las secuelas de un largo viaje, pude levantarme temprano. El clima y la nostalgia se me mezclaron y sentaron sus reales en mi frágil sistema nervioso. Tenía muchas ganas de seguir en cama, pero necesitaba alistarme porque tenía mil cosas que hacer, además de que no tardarían en llegar las maletas. Después de una ducha y de mi primera taza de café, me sentí más alerta y con ánimos de comenzar el día. Las maletas llegaron muy temprano, así que pude irme a la oficina sin preocupaciones, llevándome los regalos que les había traído a mis compañeros.

Mis amigas del trabajo me alegraron la mañana. Todas se juntaron alrededor de mi escritorio, café en mano, para escuchar los detalles de mi viaje. Lo único que me extrañaba era que Vicente no hubiera respondido a los mensajes que le había enviado por la tarde, y eso me obligó a revisar mi teléfono varias veces durante el resto del día. Un vacío enorme se apoderó de mí.

No me lo explicaba, en verdad no podía explicarme el silencio de este hombre. Apenas el día anterior platicábamos como si nada, y hoy no había ninguna señal. La verdad es que tenía que aprender a no obsesionarme tanto, a no querer controlarlo todo, aunque me costaba demasiado. Traté de calmarme y de razonar un poco. A lo mejor Vicente había tenido un día demasiado ocupado o estaba enfermo. Verdaderamente, las razones de su silencio podían ser muchas, pero lo cierto es que ningún posible escenario me tranquilizaba y lo único que conseguía era volver a vivir uno de mis temores más arraigados: el miedo al rechazo y al abandono.

A pesar de que no había motivo, y yo lo sabía bien, el subconsciente y todas las experiencias almacenadas llevaban la delantera. Los engranajes de mi cerebro daban vueltas a mil por hora anunciando que estaba a punto de entrar en pánico. Entonces decidí que era hora de escribir, pues a veces eso me ayuda. Saqué mi cuaderno y le confié, casi en piloto automático, todos mis miedos, mis angustias e interrogantes. En cuanto terminé mi lista de emociones negativas, comencé a anotar solamente los hechos, sin adjudicarles opiniones o la emoción más leve. Ese ejercicio me ha ayudado y ha logrado regresarme a un estado más tranquilo, y a convencerme de que el cerebro siempre encontrará buenos motivos para preocuparse, y que en lo que respecta a Vicente, ya me contestaría. Ahora podía poner mi atención en otra cosa, ocupar mis manos y mi mente en algo práctico, necesario, útil, cualquier cosa que no fuera él.

28 de abril

Estaba en el chat con Maeva y, para no variar, nuestro tema era Vicente. Ella lo acababa de conocer, porque él le entregó el celular que ella me había prestado, pero más que encantarse con él, a él le fascinó el auto que manejaba. La verdad es que yo no sabía qué tipo o marca de carro era, y no miento al asegurar que eso no me importaba. Lo que quería saber era qué impresión le había causado él, pero parecía que no obtendría ninguna opinión de ella a ese respecto, porque su atención se centró en el auto; sin embargo, cuando ya casi íbamos a terminar de conversar, Maeva me dijo lo que necesitaba escuchar: que le había parecido simpático y bastante sencillo.

Y justo estábamos en eso cuando entró un mensaje de Vicente, en el que me comentaba que acababa de conocer a Maeva. Le dije que a ella le había impresionado su coche, pero que a mí lo

que me interesaba más bien era el conductor.

—Me acuerdo que cuando nos conocimos tenías un Chevy blanco —le dije.

Para ese momento Vicente ya me había enviado una foto de su coche. La verdad es que se trataba de un modelo deportivo muy elegante y sexy, si es que un auto lo puede ser.

—Ahora tengo un Chevy negro —me respondió él.

Debo decir que algo que siempre me ha gustado de él es su modestia y sencillez. La verdad es que nunca me mencionó nada sobre su coche. Aproveché la ocasión para enviarle una foto en la que lucía la mascada que me había regalado. Me dijo que se había fijado en una prenda similar que llevaba el día que nos encontramos y en los colores de mi vestido y por eso había supuesto qué colores me gustaban. ¡Vaya! No tenía idea de lo observador y detallista que podía ser, y más gusto me dio que hubiéramos retomado nuestra amistad. Deseaba darme la oportunidad de aprender más de él. Hace veinte años éramos personas muy diferentes y nunca tuvimos oportunidad de tratarnos más, pero quizá ahora podía ser diferente.

Los días siguientes platicamos un poco más, aunque hubo veces en que solo nos dimos un saludo de buenos días o hicimos una simple pregunta para indagar cómo nos encontrábamos. Claro, también nos enviamos algunos textos más coquetos e incluso cachondos. Esos mensajes, largos o cortos, eran suficientes para cambiar nuestras vidas.

A Vicente le conté del novio con el que había terminado meses antes. Y por eso me daba ternura y risa que Vicente aún tratara de averiguar si el mezcal, aquel que compré en Oaxaca, ya me había curado del mal de amores a pesar de que yo le aseguraba que me sentía no solo sanada, sino vacunada. Y es que la historia con Peter en verdad había quedado atrás, y aunque antes de volver a ver a Vicente aún me quedaba un resabio de ese amor, el asunto a estas alturas ya estaba finiquitado.

Todo lo que suma a nuestra paz interior tiene un precio y ese precio es soltar lo que ya no nos aporta nada positivo. Aunque todo terminó, siempre me sentiré agradecida por la presencia que tuvo Peter en mi vida, pues toda relación nos aporta algo de enseñanza.

Pero, bueno, también es cierto que soltar es de las cosas que más trabajo me cuesta hacer. Me es muy difícil no tratar de controlar, y en vez de eso aceptar. No me acuerdo quién lo dijo, pero en algún lado leí una frase que se me quedó grabada: «No porque la persona no te quiere como a ti te gustaría ser querido, esa persona no te quiere con todo lo que es». Cada quien tiene sus propias herramientas y comprendo que a esta vida venimos a aprender, y eso hago: aprendo y progreso, y eso es lo que al final cuenta. No se trata ni siquiera de cambiar lo que soy, sino de dejar lo que no me pertenece y acercarme más a lo que realmente me define, hacia mi auténtica yo.

10 de mayo

Las dos. Las dos de la tarde y aunque aún era muy temprano en México, me había llegado un mensaje de Vicente. «Feliz Día de las Madres», decían sus palabras. Solo ver que el mensaje era de Vicente me hacía sonreír de manera inmediata. Saberlo pendiente de mí, atento y solícito me parecía un gran detalle que me hacía entrar en mayor confianza. No perdía de vista que Vicente era, a final de cuentas, una persona a la que conocía de mucho tiempo atrás, pero en realidad era

nueva en mi vida, ya que su presencia ahora se proyectaba renovada y me devolvía seguridad y confianza. No dudaba de él ni de sus intenciones porque lo sentía sincero y cariñoso.

Los siguientes días, casi siempre a la misma hora, me enviaba saludos, y cada uno lo experimentaba como un nuevo regalo que alegraba mis días y les quitaba parte de la monotonía en los que a veces estaban incrustados. En ese tiempo solía estar más que ocupada en el trabajo e incluso hubo una temporada en la que tenía mucho que hacer en varios proyectos muy interesantes. Es claro que soy una *adrenaline junkie*, como me definió uno de mis jefes anteriores, y es que, en efecto, siempre necesito un mínimo de estrés para poder producir, pues de lo contrario entro en un estado depresivo, letárgico, en una especie de hibernación.

Hace algunos años, por ejemplo, organizaba talleres en el extranjero, y eso me permitía cambiar de ambiente, de escenario, con regularidad. Esos talleres me daban alas, además de la oportunidad de viajar a otros continentes y entrar en contacto con otros colegas. Era algo maravilloso. Ahí descubrí que por más que nuestras diferencias sociales y los entornos culturales se acentúan, hay siempre más factores que nos unen, que nos acercan y nos hacen comprender que, en general, buscamos paz y felicidad.

He regresado de mis viajes con historias maravillosas. Por ejemplo, conocí a Ruth, quien fue a buscarme en su enorme camioneta al aeropuerto de Mombasa para llevarme al hotel en el que se llevaría a cabo uno de nuestros talleres. Recuerdo que hacía muchísimo calor y el trayecto era bastante largo.

Ruth era una conductora ejemplar, con unos reflejos admirables, como si le diera realmente gusto manejar su vehículo, pero así era porque hacerlo la divertía como una loca. Eso me fascinaba a tal grado que le pregunté cómo llegó a ser conductora. Me intrigaba su historia, porque Mombasa es una ciudad que no se caracteriza por un gran número de mujeres conductoras y eso le confería a ella algo excepcional en ese contexto.

Me contó que desde pequeña su gran sueño era manejar y tener su propio auto. Me platicó que no era originaria de esa región, sino que nació y creció en los barrios pobres de una ciudad ubicada al norte de Kenia. Conoció la pobreza y creció en un sitio en el que las posibilidades de progresar y salir de la miseria eran, si no inexistentes, sí muy remotas. Pero Ruth no dejó de soñar porque estaba decidida a vivir una vida mejor.

La escuché con atención y admiración.

—Cuando cumplí 16 años y ya podía moverme sola con más facilidad, me vine a Mombasa. Sabía que aquí habría oportunidades, así que comencé a trabajar en un puesto, en el mercado, con un vendedor de huevos. Los cargamentos llegaban de Nairobi y mi trabajo era escoger la mercancía, lo cual me consumía varias horas porque no es rápido separar los huevos rotos de los enteros. Un día visité la costa, donde se ubican los hoteles de lujo, y ahí observé las compañías que prestan servicios de transporte entre el aeropuerto y los hoteles. Esta visita fue el detonador, pues estaba a punto de sacar mi licencia de conducir, lo que me permitiría buscar un trabajo como chofer.

Debo decir que en Mombasa no es tan fácil sacar una licencia, pues hay que mostrar habilidad para poder estacionar el coche en los ferris que llevan pasaje a las islas de alrededor y eso exige tener mucho control sobre el vehículo, pues cualquier movimiento mal calculado termina con el

vehículo en el agua.

Su relato me impresionó hondamente, pero ella no había terminado.

—Saqué mi licencia bastante rápido —dijo, apenas disimulando su orgullo— y después comencé a trabajar como conductora. Pero no me paré ahí, quería ser mi propia empleadora, así que conseguí un préstamo para comprar mi primera camioneta y con las ganancias adquirí un segundo vehículo para ponerlo a trabajar.

Quedé fascinada y su relato me confirmó que todos somos poderosos, que podemos salir de una situación poco prometedora si no abandonamos nuestros sueños y hacemos lo necesario para alcanzar nuestros objetivos.

Extraño mucho la época en que viajaba tanto. A veces me pregunto si utilizo mi relación con Vicente para llenar algún vacío y mantener una forma de excitación, algo que rompa la rutina y que añada chispa a mis días en la oficina.

Sí, en efecto, eso podía ser...

Ciudad de México, 1988

5 de junio

El día había sido muy largo, pero había valido la pena porque pude hablar un rato por teléfono con Vicente y durante la llamada nos reímos mucho. En las últimas semanas Vicente y yo nos habíamos acercado más y, poco a poco, sin darme cuenta, se desarrollaba una amistad en paralelo a una atracción que, al menos de parte mía, no era solo física.

Tenía ganas de verlo, y aunque sabía que tenía una junta muy tarde con uno de los clientes, ¿qué tal si me animaba a pasar por la oficina en la que estaba para saludarlo? Era un riesgo, ¿pero de cuándo acá me detenían los riesgos? Me sentí excitada solo con la idea, aunque al mismo tiempo me daba miedo. Esa era la mezcla ideal, que yo interpreté como un ¡hazlo!

El corazón me latía más fuerte en la medida en que el autobús se acercaba al edificio donde estaba Vicente. Me bajé enfrente de la puerta principal. Suspiré. Inhalé. Exhalé. Calma. Calma. Me armé de valor mientras ajustaba mi blusa y arreglaba mi cabello, justo en el umbral de la puerta. Con aire confiado me dirigí a la recepción en donde uno de los vigilantes me recibió y me pidió una identificación. Capté la curiosidad en sus ojos cuando me preguntó por el asunto que me llevaba ahí a esas horas de la noche. Mostrándole todo mi encanto y carisma puse el fólder lleno de papeles sobre el mostrador de mármol y le dije sonriendo que necesitaba ver urgentemente al contador Fonseca, quien atendía una junta importante en ese momento, y que por esa razón me era imperioso entregarle un expediente de manera personal. Yo misma me asombré de mi propia osadía y casi estoy segura de que si Emilio Azcárraga o algún productor de telenovelas me hubieran visto, me habría ofrecido algún papel protagónico.

El vigilante hizo una llamada y después me condujo al elevador para indicarme, con parquedad, que debía ir al segundo piso. Le regalé una leve sonrisa y entré al ascensor. Al abrir la puerta de la sala de juntas, las miradas de la concurrencia se dirigieron a mí. En ese espacio se había estancado tan profusamente el humo de cigarro que me preguntaba si alguien lograría reconocerme en medio de esa densa capa gris.

Vicente se disculpó con todos y salió un momento. Cuando estuvimos frente a frente se quedó callado porque las palabras sobraban. Nos miramos a los ojos y reímos para nuestros adentros. Después regresó a su reunión con un fólder lleno de hojas blancas...

16 de julio

Habían sido días de arduos preparativos, pero por fin había llegado el gran momento: se inauguraba la feria de reclutamiento masivo, evento para el cual nuestro departamento de

Recursos Humanos había rentado una enorme sala de conferencias en uno de los hoteles de mayor lujo de la ciudad.

Mi papel en esas jornadas consistía en armar el programa de actividades de cada gerente y socio, a fin de que cada candidato pasara, invariablemente, con por lo menos uno de ellos. La agenda no debía presentar huecos en sus respectivos itinerarios. Me había tomado varios días armar el rompecabezas, pero quedé más que satisfecha con el resultado.

Me gustaba la idea de pasar al menos un día lejos de la oficina en un contexto más relajado. La verdad es que me siento como pez en el agua en ese tipo de ambientes, pues el contacto con la gente se me facilita y por lo mismo me agrada. Además, la comida en un hotel como ese representaba un cambio que en verdad agradecía.

Un día antes, el jefe me dijo que este evento sería una buena ocasión para lucir mi legendaria pero única minifalda, y la idea no me pareció nada mal, aunque finalmente el día de la actividad me presenté en el hotel con una falda larga. Cuando Jorge me recibió, vi su mirada seria. Se notaba su decepción.

—¿Qué pasó con la minifalda? —me preguntó sin disimular su disgusto.

—No se preocupe —le dije sonriendo—, la traigo en mi bolso. No puedo andar en el metro en minifalda porque es demasiado arriesgado, pero ahora mismo me cambio.

El jefe se quedó sin saber qué decir, pero al final deslizó:

—Estaba bromeando, ¿sabes? Espero no haberte incomodado —balbuceó con cierta pena.

—Pues quizá usted bromeaba, pero yo me lo tomé muy en serio, así que, con su permiso, voy a los tocadores a cambiarme.

Di la vuelta y dejé al hombre perplejo, parado en el vestíbulo del hotel. Me dirigí con rapidez al baño, tratando de aguantarme la risa. Pensaba que él debía aprender a tener cuidado con lo que pide, porque a veces lo que uno pide se nos concede. Me tardé muy poco y al regresar me encontré con Daniela, Graciela y Sandra, las asistentes de la división. El evento resultó una excelente excusa para acercarme a mis compañeras y ganar su confianza. Días antes había hablado con ellas para ver si estaban interesadas en apoyarme a recibir a los candidatos y asignarles las mesas correspondientes para sus entrevistas. Recibieron la invitación con bastante entusiasmo y les aseguré que iba a solicitar el permiso de sus respectivos jefes. Vicente, claro está, era uno de ellos.

Cuando entré a su despacho lo sentí nervioso, pero fingí no darme cuenta. Traté de aparentar naturalidad. No sé si lo logré del todo, pero al menos lo intenté, porque estoy casi segura de que él se dio cuenta de que trataba de disimular mi nerviosismo.

Para mi mala suerte mi estado nervioso siempre sale a relucir acompañado por una tendencia a hablar sin pausa entre las frases e ideas. Pero, en fin, ¿qué se le iba a hacer?, era lo que era, y entonces ahí estábamos los dos, haciendo esfuerzos para disimular. Me preguntaba qué tenía este hombre que me hacía perder la compostura y lograba que me transformara en una tímida y desorientada mujer.

—Vicente —le dije, un poco más tranquila—, ya ves que estamos a unos días del evento de reclutamiento en el Hilton, y quería solicitarte tu apoyo para que autorices que Daniela me ayude durante el evento. ¿Será posible?

—¡Claro que sí! ¡Es más, me parece una excelente idea, y Daniela estará contenta de salir un rato del despacho! ¡Bien pensado! —me dijo, con evidente entusiasmo.

—Gracias, en verdad aprecio tu apoyo —le dije, preparándome para salir de su oficina—. Por cierto, ¿qué hora es?

Aún con la taza de café en la mano, Vicente volteó el brazo para ver la hora, con las consecuencias que ya se podían adivinar. El café terminó manchando la alfombra y su pantalón. Él se sonrojó cuando traté de irle al rescate sacando un pañuelo de mi bolsa.

—Toma —le dije mirando el resultado del mini desastre y sin atreverme a ofrecer más ayuda.

Se limpió con rapidez y con una sonrisa trató de disimular la pena por su torpeza. Entonces me despedí y salí de su despacho. Fue hasta que estuve fuera de su oficina que me percaté de que él, en realidad, ni siquiera traía un reloj.

25 de septiembre

Cada año el despacho organizaba una cena-baile y como recién llegada ese evento me daba mucha curiosidad. Desde semanas antes de la fiesta, para mis compañeras era el único tema de conversación. ¿Qué era eso tan especial que había en esa reunión? Me interesaba muchísimo enterarme de cualquier detalle o comentario que me pudiera ayudar a escoger un atuendo adecuado para la ocasión. Ya sabía que a muchos les gustaba que luciera la minifalda, pero para ese día no resultaba muy adecuada. Escuché también que varias compañeras salían a la caza de ofertas en las tiendas departamentales y en las boutiques finas para comprar un vestido que pudiera resultar ganador. ¡No podía creerlo! ¿Entonces aquello se convertía en un desfile de modas? O, peor aún, ¿será que un jurado elige a Miss Despacho De la Torre y Asociados 1998?

La cosa iba en serio y yo no me quería quedar atrás ni hacer un pésimo papel, pero tampoco tenía ganas de gastarme toda la quincena en un vestido. Un atuendo sencillo, negro, clásico, estaría muy bien, porque no estaba compitiendo con nadie. Estaba convencida que nadie se fijaría en mi vestido si lucía una sonrisa encantadora y transmitía el mensaje de que me sentía bien conmigo misma. Ya estaba diseñada la estrategia, muy bien pensada y sobre todo bastante económica. De todas formas, la emoción de mis compañeras terminó por contagiarme.

Finalmente llegó el día tan anhelado y descubrí que el despacho no se había medido con los gastos, porque los socios habían rentado un salón de fiestas de lo más elegante. La verdad es que las mesas lucían hermosas con sus manteles de algodón blanco almidonado y perfectamente planchados. Las sillas tenían una cubierta de tela blanca con un enorme moño en el respaldo. Una de las primeras en acudir fue Felicidad, quien lucía una sonrisa que daba constancia de su nombre. También estaban algunos socios, a quienes saludé sin interrumpir sus conversaciones. Platiqué también con Edith y Nayeli, mis primeras amigas, a quienes ya no veía con tanta frecuencia.

Entonces me percaté de la llegada de Vicente y mi corazón se aceleró. Se veía guapo. Siempre me había gustado observar cómo caminaba, siempre un poco ajetreado, nunca realmente despacio, pero algo tenía ese hombre que simplemente me fascinaba, me atraía enormemente.

Traté de disimular el gusto que me daba verlo y muy pronto nuestras miradas se cruzaron. Él tomó su distancia y se esperó un poco para acercarse, mientras saludaba primero a otros colegas.

Me alejé entonces del círculo de chicas donde me encontraba para que él pudiera hacerlo con mayor facilidad.

—¿Qué te parece el lugar? ¿Te estás divirtiendo? —me preguntó, casi sin tomar aliento.

—Es un lugar hermoso y hay ambiente —le contesté, disimulando el nerviosismo que se apoderaba de mí.

Se acercó un poco más y con voz más suave me dijo que me veía hermosa.

—Gracias —le dije, sonrojándome. Después nos reímos sin decir nada. Él también estaba algo nervioso. Entonces aparecieron Claudia y Consuelo, mis colegas más cercanas, así que me disculpé con Vicente y me fui a saludarlas. Ambos sabíamos que era mejor no llamar demasiado la atención y no quedarnos mucho tiempo juntos en público.

El enorme espacio pronto se llenó de risas y voces y del sonido de los vasos entrechocándose cuando alguien proponía algún brindis. Todo aquello formaba una placentera cacofonía hasta que la orquesta comenzó a tocar las primeras notas. Muchos abandonaron las conversaciones para ir a buscar pareja y dirigirse a la pista de baile. En Europa un escenario así sería impensable, pues no habría gente animada y mucho menos desde la primera melodía. Pero aquí es diferente, porque a la mayoría les daba una especie de hormigueo en los pies desde que los músicos apenas comenzaban a afinar sus instrumentos.

No tuve ni tiempo de admirar tal espectáculo porque uno de mis compañeros se acercó para invitarme a bailar. La verdad es que había algunos más ya muy apuntados, dirigiéndose hacia mí, pero tuvieron que desandar sus pasos al percatarse de que alguien más les había ganado. Ricardo fue el primero, y aunque yo esperaba poder bailar con Vicente, él no se animaba aún.

Para resolver la cuestión de la comida, se había organizado un gigantesco buffet que ofrecía opciones para todos los gustos. Y después de tanto bailar puedo asegurar que no era la única con hambre, pues todos abandonaron poco a poco la pista para asomarse a las bandejas y descubrir lo que en ellas se ofrecía.

Me senté en una de las mesas asignadas para nuestra división y mis compañeras no tardaron en llegar con sus platos llenos de antojitos, aprovechando que los músicos también habían hecho una pausa, aunque esta sería cortita, pues en menos de media hora la orquesta retomó la música con mayor energía.

Y por fin Vicente se puso las pilas, y les ganó a los demás.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

—¡Claro! —le dije, sin dudarle dos segundos. Entonces la orquesta sacó su repertorio de música de Timbiriche, la más popular en esos días. A Vicente y a mí nos encantaba y coreamos al tiempo que se movían nuestros pies al ritmo de «Si no es ahora» o «Con todos menos conmigo».

Debo reconocer que me la pasé de maravilla, tanto que ni cuenta me di del tiempo transcurrido. Después de bailar con el hombre que me robaba el sueño, bailé con otros compañeros, algunos de los cuales, después de varias copas, se transformaron y se notaban más animados y audaces. Había uno tan ebrio que intentó separarme a la fuerza de la persona con quien en ese instante bailaba. Me dio miedo, pero por fortuna otro compañero se acercó para alejarlo.

La fiesta ya estaba terminando y varios se acercaron para preguntarme si me podían llevar a mi casa, pero les dije que Vicente ya se había ofrecido y que él me llevaría. Y dicho y hecho, no

tardamos en salir de ahí. Caminamos en silencio, solamente se escuchaba el eco de nuestros pasos, que llevaban el mismo ritmo, como si un paso mío respondiera a uno de él.

Ya en el coche, casi no podía aguantarme las ganas de abrazarlo y besarlo, pero respiré profundamente para mitigar mis ansias. En medio de la noche miraba los anuncios luminosos que se alzaban en las avenidas por las que pasábamos. Entonces Vicente por fin se atrevió a poner su mano en mi rodilla y luego, poco a poco, la fue subiendo. No dije nada porque realmente disfrutaba eso en silencio. Me concentré en mi respiración, en controlar mis impulsos de besarlo, de hacerlo tan fuerte que mis labios resultaran quemados.

No sé cómo llegamos a un bar que tenía pista para baile y mi corazón latió aún más fuerte. Me dio la impresión de que todos alrededor notaban los latidos a través del vestido, pero pude aquietarlos, no sé ni cómo. A pesar de la hora, hallamos un rincón tranquilo y ordenamos algo de tomar. Vicente colocó una mano en mi hombro, la cual, con delicadeza, fue deslizando sobre mi espalda. Lentamente se me acercó y finalmente nuestros labios se encontraron. Suavemente. Sutilmente. Todo se sentía ahora a flor de piel y gocé la frescura de su aliento, el calor de su piel, la suavidad de sus manos, que ya rozaban mi mejilla. Un minuto duró todo aquello y recuerdo que sonrió cuando se separaba de mí. Ahora entiendo cuando dicen que el mundo alrededor de uno deja de existir con esos arrebatos de amor. La música se había desvanecido en la lejanía mientras él se acercaba de nuevo para besarme, esta vez con franca pasión. Yo le respondí de la misma manera, y me sentí transportada a otra dimensión.

Me tomó de la mano para llevarme a la pista de baile aprovechando que la orquesta tocaba una delicada música suave. Yo me dejé llevar por su brazo fuerte, acercando mi mejilla a la suya y susurrándole suavemente en su oído lo feliz que me sentía. Mis pies dejaron de tocar el piso, era como si bailara sobre una nube. Lo único que podía ver eran sus ojos y su sonrisa.

Unas horas después me propuso dejar el lugar. Yo tenía la esperanza y casi la seguridad de que me llevaría a un hotel cercano. Estaba lista para entregarme. Cada célula de mi cuerpo anhelaba unirse a cada uno de sus átomos, pero eso no ocurrió, pues me llevó directamente a mi casa.

Aunque no concluyó todo como yo hubiera querido, me sentí inmensamente feliz, tanto que ya en casa seguí flotando en esa nube. Me despedí con un beso en sus labios y una última mirada al entrar. ¿Será que así se sintió Cenicienta después de regresar del baile?

Ginebra, 2017

7 de julio

Estaré de nuevo en México en octubre, que para Vicente y para mí es un mes muy especial porque celebramos nuestros cumpleaños, casi en la misma fecha. Él tiene exactamente tres días menos que yo, y eso, hace un tiempo, me dio pie para fastidiarlo, diciéndole que me debía respeto porque yo soy mayor que él.

He querido anunciarle la noticia a Vicente, a quien comencé a llamar «Lobo Feroz». Me pareció una manera creativa de jugar en tanto enviaba los mensajes. Decirle «Lobo Feroz» era un tanto chusco, pero a la vez divertido, y me convertía, casi en automático, y de modo irremediable, en su «Caperucita Roja». La idea de protagonizar el emblemático cuento me seducía y llenaba de entusiasmo. Al día siguiente le anticipé que tenía listo para él un relato sorpresa, y que se lo enviaría en cuanto estuviera listo.

Hola, mi querido Lobo Feroz, entiendo que anda usted muy ocupado. Aprecio que se haga de un poco de tiempo para escribirme. De hecho, estoy escribiendo una historia que le quiero compartir. Es la historia de un encantador Lobo Feroz y una linda y pícaro Caperucita. Pero además la historia tiene una sorpresa al final.

Pensaba, al tiempo que lo escribía, que quizá para muchos resultaría inadecuada la expresión de «encantador Lobo Feroz», pero era mi cuento y lo viviría justo como se me antojara. Además, desde mi propia experiencia, muy poco se sabe acerca del encanto de los lobos feroces y yo estaba dispuesta a enterarme experimentándolo, porque para mi fortuna tenía uno en mi vida.

Para ponerle emoción al asunto, pensé que sería mucho mejor enviarle el cuento en partes, como si fueran pequeños episodios, para que él pudiera generarse una expectativa mucho mayor, y conseguir, quizá, que hasta pidiera saber por adelantado el final de la historia. Me pareció que sería una buena estrategia y que le añadiría sabor a la sorpresa de la que ya le había hablado, pero no revelado.

La primera parte del relato decía así:

Un día, Caperucita Roja, como le decían a esta jovencita, se fue a caminar al bosque y se tropezó con una vieja lámpara. ¡Ouch!, gritó, y de inmediato se sobó su delicado pie. Se agachó para recoger la lámpara y le sacó brillo. De pronto escuchó una voz que salía de la lámpara. Como no le entendía muy bien, la pegó contra su oído para escuchar mejor, pero de pronto apareció un genio, que se estiró y después de un gran bostezo le dijo:

—Caperucita, soy un genio, y sé que se acerca tu cumpleaños. Por lo mismo, y por haberme liberado de la lámpara, puedes pedirme un deseo. Dime: ¿qué te gustaría?, ¿un viaje alrededor del mundo?, ¿un millón de dólares?, ¿una casa enorme con alberca?

Caperucita se sintió mareada con tantas opciones, pero a pesar de ser una chica indecisa por naturaleza, que le saca canas verdes a sus amigas cuando tiene que elegir entre varias opciones, le contestó al genio sin vacilar ni dudar tres segundos:

—Genio, yo sé exactamente lo que quiero por mi cumple.

El genio se quedó de a seis ante esta Caperucita y le preguntó con cierta curiosidad:

—¿Qué es lo que realmente quieres?

La chica contestó...

Hasta ahí quedó el mensaje, pues con toda maña quería dejar sorprendido a Vicente para que estuviera pendiente del siguiente episodio. Con la ayuda de la tecla «*sent*» le envié este primer texto. Más adelante le mandaría la continuación. Lo que quería era mantener un poco el suspenso y dejarlo adivinar el desenlace.

Ya sé que suena un poco maquiavélico, pero a Vicente no le haría daño elucubrar un poco sobre mis verdaderas intenciones. Muy por el contrario, con toda seguridad estaría pensando en eso todo el fin de semana. Era un poco como hacer el amor, pues se trataba de saborear los besos, de inventarse los preliminares, quitarse la ropa despacio, prenda por prenda, para que así aumentaran la tensión y las ganas.

Como ya era tarde, con seguridad mi Lobo Feroz estaría ocupado en alguna de sus mil juntas. Mientras tanto yo me alistaba para ir a dormir, aunque aún me di tiempo para enviarle un último mensaje para desearle buen fin de semana. Y mientras yo dormía él me contestó el correo electrónico.

Le había encantado la primera parte del cuento, y aunque me halagaba, no podía disimular una ligera frustración porque no había recibido la historia completa; y como yo sabía que no era el hombre más paciente del mundo, el efecto que quería lograr en él se había cumplido.

Vicente siempre lo quería todo y lo quería ya. Me lo imaginaba como un niño que se ponía de puntillas para alcanzar un chocolate o para ver algo del otro lado de una reja demasiado alta. Curioso, ansioso y con la alegría que anticipa una sorpresa agradable. Por mi parte, ya había puesto bastante a prueba su paciencia y sin falta el lunes por la madrugada le mandaría la segunda parte, que resolvía la historia del Genio y la Caperucita de la siguiente manera:

—Pero, ¿qué es lo que quieres, Caperucita, con tanta determinación? —dijo el genio.

—Quiero pasar mi cumple en compañía de mi Lobo Feroz, de preferencia entre sus fuertes patas —respondió ella.

—Órale —dijo el genio, balbuceando y rascándose la barbilla. Es claro que el genio no estaba acostumbrado a este tipo de deseos, por lo que trató de convencerla para que cambiara de idea.

—Pero, Caperucita, ¿no prefieres un Ferrari con todos sus papeles en regla o un collar con diamantes o la casa con alberca?

—No —contestó Caperucita, casi indignada—. Sé que a veces soy indecisa, pero esta vez estoy más que convencida de lo que quiero, y quiero a mi Lobo Feroz y basta. Además, en unos días le voy a demostrar que lo digo en serio.

Ay, güey —pensó el genio—, ¿qué estará tramando esta muchacha?

Unos días después el genio y Caperucita se volvieron a encontrar.

—Genio, lo que tengo aquí en la mano te va a convencer de que mi deseo es genuino y que estoy muy segura

de lo que quiero.

El genio sacó sus lentes para ver mejor lo que llevaba Caperucita en la mano y casi se le cayó la baba cuando vio el boleto para el viaje a la Ciudad de México, fechado para el 7 de octubre. Al genio no le quedó de otra que resignarse y pensar cómo cumplir el deseo de Caperucita.

Ella se rio y le dijo que no se preocupara mucho, porque en realidad el Lobo Feroz quería dos cosas: verla feliz y verla desnuda.

Con esta frase Caperucita se despidió del genio y siguió alegremente su camino. Fin del cuento, y ahora a esperar la respuesta del Lobo.

Yo sonreía, aunque también me sonrojaba un poco con solo imaginar la expresión de Vicente cuando leyera. Y dicho y hecho, Vicente no tardó en contestar diciendo que el anuncio del viaje le había resultado una grata sorpresa. Alababa mi facilidad para escribir y narrar un cuento maravilloso. «¡Ya nos estaremos coordinando para tu visita! Serán días complicados para mí por circunstancias de trabajo, pero ya nos las ingeniaremos», decía Vicente, encantado.

Mi Lobo Feroz terminaba su mensaje con un tierno «Te quiero».

3 de agosto

Hoy me encontraré con Thomas, mi mejor amigo. Fue director del área de finanzas en nuestra organización y nos hicimos amigos casi desde el principio. Prácticamente a diario tomábamos juntos el café matutino, mientras platicábamos de mil cosas. Cuando se jubiló sentí un vacío muy grande. Las charlas con él me hacían mucha falta. Por fortuna nos seguimos reuniendo por lo menos una vez al mes para comer. En verano nos gustaba ir a uno de los restaurantes que están cerca del lago, porque era como estar de vacaciones, por lo menos durante dos horas.

Hoy Thomas me vio un tanto perturbada, más callada que de costumbre, y no pudo disimular su preocupación.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —dijo, mirándome fijamente a los ojos. Por fortuna, Thomas sabía de mi situación con Vicente, así que, tomando aire, comencé a platicarle lo confundida que me sentía.

—Vicente me bloqueó. Creo que está de vacaciones y por eso lo hizo, para que no pueda mandarle mensajes.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta? —preguntó mi amigo.

—No me molesta que no lo pueda contactar. Eso puedo entenderlo. Lo que me molesta es que no me lo haya advertido. Estábamos constantemente en contacto y hace poco hasta le mandé varias de mis historias. Me duele que no me tenga la confianza de decirme que va a salir de vacaciones y que no podremos estar en comunicación.

—Lo entiendo, y es normal que te sientas así.

—Es que ni siquiera me tenía que explicar por qué. Y por lo mismo percibo el que me bloqueara como una falta de confianza, de madurez e incluso de educación. Me tiene muy sacada de onda. Y pues también comienzo a tener dudas sobre él, sobre nuestra amistad. Ahora lo cuestiono todo —dije.

—Estuve leyendo un artículo sobre las relaciones cercanas, incluyendo las relaciones íntimas y románticas, y menciona que nos ayudan a crecer y nos dan la oportunidad de resolver conflictos internos —dijo Thomas.

—Algo similar he escuchado. El amor lleva a la superficie todo lo que no es amor, es decir, nuestros miedos, para poder sanarlos. Eso es cierto —contesté.

—Nos equivocamos cuando pensamos que tener pareja resolverá nuestros problemas y que nos sentiremos felices todo el tiempo. Eso es una ilusión. El verdadero amor nos lleva a la cima de la felicidad, pero también nos puede hundir hasta el más profundo dolor. Acuérdate del efecto del espejo, del que ya hemos hablamos en muchas ocasiones. En realidad, hay que agradecerle a Vicente. Tienes una conexión muy fuerte con él y por eso surgen tus miedos. Cuanto más conectados estamos con una persona, más se agitan nuestros temores.

—Tienes razón. De hecho, fui a ver a mi terapeuta —le confesé.

—¿Y qué te dijo?

—A ella también le pareció extraño que no me dijera que se iba de vacaciones. Buscamos situaciones parecidas en mi pasado y parece que algo similar sucedió hace tiempo con mi madre. Cuando mi hermana nació, yo tenía quince meses, pero como ella fue muy enfermiza requirió toda la atención y yo, que aún estaba muy pequeña, no entendía por qué de repente me habían invisibilizado en un rincón. Yo pensaba que tenía que ser buena niña para que mi mamá regresara a mí. Con la terapeuta indagamos aún más y concluimos que mi madre había pasado por situaciones parecidas. Perdió a su propia madre a los ocho años. Mi abuelo, con todo su dolor, al quedarse solo con diez hijos, no hablaba mucho de mi abuela, y no entender qué sucedía ni comprender por qué ya no se mencionaba a su madre fue muy doloroso para ella.

—De ahí vienen tus miedos al rechazo y al abandono, ¿verdad? —dijo Thomas.

—Sí, efectivamente. Y estos miedos van de la mano con el temor a comprometerme, también. Lo bueno es que estoy consciente y que hago un trabajo con mi terapeuta para sanar todo. También platicamos sobre el conflicto de vivir entre dos realidades.

—¿A qué te refieres? —me dijo.

—Es real la conexión que siento con Vicente, pero también que él está en México, casado y con una familia, y yo acá, muy lejos, sin poder esperar mayor cosa. Esas dos realidades no son compatibles y eso me hace sufrir. Aún no logro soltar eso y mantengo la esperanza, igual que hice con mi madre, mientras ella tenía que atender a mi hermana. No logro verlo como un amigo o como una conexión especial y muy hermosa.

—El tiempo lo dirá. No sabemos lo que puede pasar en el futuro —aseguró Thomas.

—Mantengo la esperanza, pero aprendo a protegerme. Con él o sin él me otorgo el derecho de ser feliz. Aprendo a no sentirme culpable.

—Culpable, ¿por qué?

—Porque me siento ridícula al saber que él tiene tanto poder sobre mí, que me afecta lo que hace. Creo que no debería sentirme así, aunque mi terapeuta me confirma que es un proceso, que el cambio no se hace de un día para otro —le dije.

Entonces nos quedamos mirando una avispa que sobrevolaba cerca de nosotros, y que de pronto se precipitó en uno de nuestros vasos de vino. En vano trataba de subir por la superficie de

cristal, ya que resbalaba una y otra vez.

—Mira, ahí está tu Vicente —dijo Thomas, señalando el vaso—. Está luchando, no se da por vencido, aunque su situación sea bastante desesperada.

Y sí, ahora que lo pienso, Vicente está luchando sus propias batallas y tal vez sean aún más difíciles que las mías.

19 de septiembre

Acabo de enterarme que tembló en la Ciudad de México, y que el sismo fue aún más fuerte que el de hace unos días. Eso me tiene sumamente preocupada. Envié un mensaje al Lobo Feroz para saber si se encontraba bien, y le pedí que me contestara, sin importar la hora. Al poco rato me confirmó que se encontraba bien y eso me hizo sentir más tranquila, aunque también me decidí a escribirle una larga carta:

Es miércoles por la noche. Ha sido un día muy soleado, después del frío y la lluvia de los últimos días. He aprovechado para pasar un rato en mi terraza, y he podido hablar con algunas de mis amistades en México y por fortuna todos están sanos y salvos.

En verdad me asusté cuando supe la noticia. Son momentos que nos hacen darnos cuenta de lo frágil que puede ser la vida, y que todo puede cambiar en unos segundos. Por lo general, trato de no preocuparme demasiado por mis seres queridos. Al menos no en circunstancias normales. Claro que me preocupo cuando alguien está enfermo o algo grave pasa, y eso es normal. No preocuparme no significa falta de amor o de cariño, aunque ciertamente hay quienes opinan que soy indiferente o incluso un poco fría. Pero no soy nada de eso. Por el contrario: si no me preocupo por mis hijos, por ejemplo, es exactamente porque los quiero y porque les tengo confianza, porque sé que tienen la fortaleza, la inteligencia y las capacidades para llevar la vida que les corresponde y enfrentar las situaciones que viven. Cuando se presentan a un examen, les digo: «no me preocupo, sé que lo vas a lograr, y te tengo confianza». Creo que si me preocupara demasiado proyectaría mis angustias y eso no ayudaría a nadie. Además, no les quiero imponer mi forma de ver las cosas; lo que funciona para mí no necesariamente funciona para otros. Tienen que buscar su propio camino.

Y de igual manera no me preocupo por ti, por razones parecidas. Porque creo en ti, en tus capacidades y en tu inteligencia. Sé que puedes lograr todo lo que te propones y que sabes encontrar soluciones a los problemas que se te presentan. Creo que, en ese sentido, «no preocuparse» es una forma de querer.

Sin embargo, ayer sí me sentí preocupada (y la verdad es que los cambios hormonales no ayudan). Por encima de todo, las cosas parecen siempre peores a la distancia. No quería ni pensar que algo te hubiera pasado. Me dio tanto gusto saber que estás bien. Hoy me sentí muy contenta con tus mensajes.

Te cuento que por aquí todo está bastante tranquilo, comparado con lo que está pasando por allá. He tenido mis desafíos en el trabajo y un poco la salud, pero todo lo considero como señales o empujoncitos para entrar en acción y hacer cambios. De hecho, hoy platiqué con mi jefe y fuimos a tomar un café. Hablar con él no me es fácil, porque prefiero evitar a toda costa los conflictos o enfrentamientos. A veces opto no decir nada con tal de mantener la paz. Por eso mismo esta charla con él fue algo inhabitual. No todo salió como yo quería y ciertamente no creo que las cosas cambien, pero era importante para mí expresarlo. Por lo menos fui sincera y le dije lo que pensaba y le propuse el cambio que quería. Se disculpó por ciertas actitudes que ha tenido conmigo.

Sé que corro cierto riesgo al hablar, sobre todo porque soy sincera. Puede ser que la otra persona lo use en

mi contra y que sus intenciones puedan no ser buenas, pero no quiero andar por la vida pensando que alguien me quiere hacer daño a propósito. Prefiero pensar que la mayoría de las personas tiene buenas intenciones. Después de nuestra conversación, vino a verme varias veces y me dio un fuerte abrazo antes de irse a su almuerzo. No me puede ofrecer proyectos más estimulantes, pero lo bueno es que hay comunicación. Lo que me puede ofrecer es flexibilidad en mis horarios y eso vale mucho. A pesar de nuestras diferencias nos apreciamos y tenemos una relación de trabajo muy agradable.

Bueno, no acostumbro escribir largos mensajes, pero esta vez tenía muchas ganas y también necesidad de hacerlo. Ya me voy, corazón, ya es tarde y estoy terminando mi copa de vino.

20 de septiembre

Que hayan ocurrido dos temblores fuertes en el lapso de una semana me parece algo tremendo. Mi amiga Adriana tenía planes de acompañarme en el viaje a México, en octubre, y para hablar de eso nos reunimos en un salón de té, pero en vista de los acontecimientos recientes ella decidió cancelar su boleto. Ciertamente, yo también me sentí indecisa durante algunos días. Sin embargo, me puse en contacto con varias de mis amistades en la Ciudad de México y casi todos opinaron que fuera.

Creo que en mi corazón ya sabía la respuesta, lo que iba a hacer, pero no me atrevía a decidirme. México es mi casa, mi hogar, y tengo un montón de amistades a las que considero como familia. Tengo un lazo muy fuerte con el país, un cierto arraigo, aunque nací a miles de kilómetros. Hay momentos que en broma digo a mis amigos y colegas que en realidad soy mexicana y que la cigüeña simplemente estaba muy cansada y me depositó en Bélgica, pensando que de alguna manera resolvería cómo llegar a mi verdadero destino, al lugar que ciertamente me corresponde. Me identifico con Chabela Vargas, quien afirmaba que los mexicanos nacemos donde se nos da la gana.

Así las cosas, definitivamente iría. Lo único que tenía que hacer era prepararme psicológicamente y meterme en la cabeza que no encontraría la ciudad igual que siempre, que habría calles desoladas, negocios cerrados, edificios caídos o inhabitables y mucha gente con miedo y angustia.

Es más, debía ir, y con más razón que nunca, de eso ya no me cabía duda, y entonces se me ocurrió que además quería hacer algo útil en cuanto estuviera allá. Eso mismo se lo comenté a Vicente, quien me dijo que no me podía canalizar a ningún centro o institución donde hubiera posibilidad de apoyar, pero que estaba de acuerdo en que podría hacer mucho. Nunca le había comentado que desde mi regreso a Europa me he metido de lleno a estudiar terapias alternativas y que había recibido algunas capacitaciones.

Era la ocasión para hablarle un poco de eso. Cuando lo hice fue obvio que se sorprendió, pero también mostró interés. Habían pasado veinte años desde que nos conocimos y me doy cuenta de que muchas cosas han cambiado. Ya éramos personas diferentes, porque el paso de veinte años deja huella. En ese tiempo los dos habíamos crecido, evolucionado, aprendido y desarrollado otros intereses. A veces la vida nos puede parecer plana, porque los años se van sumando sin diferenciarse mucho entre ellos. Solo cuando miramos atrás nos damos cuenta de que el tiempo no ha pasado en balde. Hemos obtenido algunos éxitos, superado obstáculos y encajado algunas

derrotas; hemos aprendido lecciones valiosas y avanzado en nuestro camino, viviendo momentos que nos han dejado sin aliento. Hoy ya veo algunas arrugas que decoran mi rostro.

En los siguientes días pude retomar el contacto con mis amistades y concebí cientos de ideas, consulté páginas en internet para encontrar personas y organizaciones con las que pudiera colaborar y ayudar a los damnificados. Sabía que podría hacer algo útil con las habilidades que he aprendido en los últimos años.

Estando en eso vi en Facebook que mi amiga Edith estaba muy activa movilizando recursos y personas después de los sismos. Trabajé con Edith hace veinte años en el despacho, el mismo donde conocí a Vicente, y ya tenía tiempo que no entablaba contacto directo con ella.

Su empatía fue muy grata y juntas tratamos de diseñar un plan concreto a fin de que yo pudiera ofrecer apoyo psicológico. Intercambiamos ideas y checamos fechas. Le expliqué un poco sobre las terapias que había aprendido y cómo podría contribuir para ayudar. Poco después el plan había tomado forma y trabajaría con un grupo de personas afectadas. Ahora sí, me sentía contenta y comencé con los preparativos del viaje.

Mi amiga Mónica me contactó entonces para ofrecerme su casa, dado que ya no iba a ir con Adriana. Me comentó también que por motivos personales tenía que ir a Mérida y me propuso que la acompañara. Me dijo que el viaje sería corto, de unos cuantos días. Me emocionó la idea, porque visitar Mérida era una de esas cosas que tenía anotadas en mi *bucket list*, y no dudé en aprovechar la ocasión para conocer las pirámides de Uxmal y otros vestigios de la cultura maya.

Mi plan original cambió por completo, pero esta nueva ruta le venía mejor. Me sentía un poco decepcionada porque Adriana no me acompañaría, pero por supuesto entendía sus motivos, además, como decía mi lema preferido, «por algo pasan las cosas o por algo no suceden». Lo que al principio parecía un contratiempo se convirtió, sin más, en una nueva aventura.

Sí, definitivamente, no cancelar el viaje era la decisión correcta, pues aunque sería un viaje muy distinto a como lo había planeado, no por eso iba a ser menos interesante. Hay momentos en la vida en los que nos tenemos que dejar llevar y aceptar lo que el Universo nos ofrece, porque siempre son oportunidades insospechadas, a veces disfrazadas de contratiempos. No cabe duda de que la mente se parece a un paraguas y funciona mejor cuando está abierta. Con la mente así, las soluciones llegan de la nada y las oportunidades echan raíces y florecen. Así las cosas, no podía esperar para embarcarme: México lindo y querido, ¡estoy contigo!

Ciudad de México, 2017

7 de octubre

Aterrizamos en Ámsterdam conforme a lo planeado y ahora tenía tres horas para abordar la conexión del vuelo a la Ciudad de México, tiempo más que suficiente para comprar chocolates, comer algo, leer, recargar mi teléfono y mandar algunos mensajes.

La verdad es que llegué a la puerta A-17 con bastante antelación y apenas me estaba acomodando cuando vi que dos señoras, ya ancianas, tenían dificultad para entender las instrucciones del personal encargado del transporte de pasajeros. De inmediato me di cuenta de que eran hispanas y me ofrecí a traducirles lo que la empleada de la aerolínea KLM les estaba diciendo.

Pasados los contratiempos, una de ellas me comentó que iba a tomar un vuelo a México para después llegar a Tegucigalpa, Honduras, donde vivía una hija a la que no había visto en años por razones de visados y recursos económicos. Y ahora que su salud finalmente le permitía hacer el viaje, había comprado su boleto. No pude imaginar cómo se sentiría esa mujer que iba a ver por primera vez a la nieta que ya tiene diez años y podría abrazar a la hija después de una ausencia larga y dolorosa.

Al parecer la otra señora se encontraba en una situación similar, y estaba también en camino para reunirse con familiares a los que no ha visitado en mucho tiempo. No cabe duda de que todos tenemos una historia que contar. Viendo a estas mujeres ahí sentadas, esperando embarcar, uno pensaría que se trata de pasajeros como hay tantos, caras desconocidas, sin que en ellos destaque algo en particular. Nadie sospecharía la increíble aventura que significaba el viaje para ellas. Me dio gusto conocerlas y platicar con ambas. Me maravillaron sus historias de amor filial inquebrantable, de emoción, compromiso y valor.

Me he dado cuenta de que a cada instante tenemos que hacer elecciones y que los viajes no significan lo mismo para todos, pues algunos pueden resultar largos, estresantes y tediosos. Pasar mucho tiempo en el aeropuerto nos puede volver impacientes y el aburrimiento nos llega a invadir, pero si nos proponemos considerar el trayecto como parte de nuestras vacaciones, si mantenemos un espíritu abierto y una actitud relajada y optimista, con seguridad tendremos oportunidad de escuchar e incluso crear historias y pasar momentos enriquecedores antes de llegar a nuestro destino. Así deberíamos entender no solo los viajes, sino la vida misma.

La voz que por fin anunciaba el embarque para nuestro vuelo me sacó de mis pensamientos. El viaje fue placentero y me sentí emocionada cuando la sobrecarga nos pidió enderezar el asiento, dejar de usar los baños y ajustar los cinturones. Estamos a unos minutos de tocar tierra mexicana. ¡Ya casi llego a casa!

A pesar de que había una larga serpentina humana delante de mí, me tomó unos cuantos minutos pasar el control de los pasaportes. Las maletas, mientras tanto, ya llegaron y afortunadamente me tocó luz verde en el paso de la aduana. De todas formas no tenía nada que declarar, como no fueran los cinco kilos de chocolates que llevaba para mis amistades.

Y hablando de ellas, Mónica ya me estaba esperando.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Tengo horas soñando con unos tacos al pastor. ¿Crees que podríamos ir?

—¡Pero qué pregunta! ¡Claro! —me respondió entusiasmada. Vamos a la casa, dejamos tus maletas y entonces te llevo a los del Califa.

Había comenzado a llover y para la hora en la que llegamos el aguacero caía tan fuerte que nos era casi imposible salir del coche sin quedar empapadas. Siempre he sentido que las lluvias en México son muy refrescantes después de un día soleado, y aunque por lo general no duran mucho, sí son muy fuertes, pero una vez que pasan todo queda como si nada, y esta vez no fue la excepción.

No conocía el departamento de Mónica, pero al entrar me pareció muy acogedor y muy grande. Mi cuarto era perfecto y había espacio en su cómoda y en el ropero para que pudiera acomodar mi ropa. Minutos después salimos de nuevo, ya sin lluvia, y aunque tenía veinticuatro horas sin dormir, lo más urgente en esos momentos eran los tacos.

La verdad es que no sentía un ápice de cansancio ni tampoco tenía el cuerpo adolorido, pese a haber estado tantas horas sentada. Creo que era el efecto de tanta felicidad al verme ahí, en medio de la taquería, donde unos jóvenes ya nos asignaban mesa. Había mucha gente entrándole sabroso a los antojitos del lugar, así que ordenamos rápidamente. ¡Se me antojaba todo! Desde los tacos al pastor hasta los de carnitas, los nopalitos asados y casi todo lo que estaba en el menú. Esperaba con impaciencia mi orden mientras observaba el lugar.

—¡Esto es vida, querida! —le dije a Mónica, quien me miraba contenta, tan sonriente como estaba yo.

Después de la taquiza regresamos a casa y me preparé para acostarme. Ahora sí me sentía cansada, pero no podía estar más feliz.

8 de octubre

Las ventanas polarizadas no dejaban entrar casi nada de la luz del día. Desperté y durante los primeros segundos dudé acerca de dónde me encontraba, incluso sobre la hora y el día que era. Me sentía desorientada, aunque por lo menos el reloj ya indicaba la hora local y no tenía que esforzarme para hacer ningún cálculo. Apenas eran las siete y después de entrar a internet me puse a revisar mis mensajes. Tenía algunos, por ejemplo, de mi amiga Rossana, quien preguntaba si estaba bien, aunque el que más me interesaba era el de Vicente, que había llegado a las cinco de la mañana.

«Bienvenida a la Ciudad de México, Caperucita», decían sus palabras, las cuales me hicieron sonreír porque estaba muy al pendiente del viaje y de mi llegada. No le contesté, pues era domingo y debía estar con su familia. Yo sabía que iba a ser difícil que nos pudiéramos ver y me

preparé para la posibilidad de no poder pasar tiempo con él. Era un período sumamente complicado en cuestiones de trabajo esos días. Pero sus palabras ahí estaban, a primera hora.

Todavía no había demasiado ruido en la casa, pero en el pasillo me encontré a Frida, la gata de Mónica, que me miró con cara inquisitiva. «¿Qué haces tú en mi casa?», parecía preguntarme. Después de una ducha, encontré de nuevo a *miss* Frida, ahora cómodamente instalada sobre una de mis maletas. ¡Ya ha aceptado mi presencia!

Mónica ya estaba en la cocina, preparando el desayuno. Había comprado pan de muerto, que me encanta. También había papaya y quesadillas, y todo me supo a gloria. Había conocido a Mónica en México, cuando me preparaba para volver a Europa, en la época en la que me quedé con el puesto en la ONU que ella había rechazado. ¡Cosas del destino! Unos años después nos volvimos a encontrar en Ginebra, donde ella trabajó algunos años, y ahora otra vez nos reencontrábamos.

Por la tarde fuimos a caminar un rato para que me familiarizara con la zona. A pesar de que había vivido muchos años en la Ciudad de México no conocía la Condesa. Además, todo había cambiado mucho, pues ahora había más tiendas y más restaurantes. Esa colonia en particular había quedado muy afectada por los temblores y campeaba un ambiente sombrío y gris en sus calles, como si el mundo entero estuviera de luto. Donde antes se percibían vida y colores, y en circunstancias normales la gente platicaba amablemente y se escuchaba música saliendo de los bares y las ventanas, ahora nada, era una ciudad fantasma. No había ruidos, solo el rumor de algunos autos o el apagado murmullo de la gente que salía a comprar algo, y ese sonido apenas claro se confundía con el viento entre los árboles.

Daba tristeza ver algunos edificios derrumbados, erizados de grietas en sus muros. Muchos de ellos se habían vuelto inhabitables y los objetos, muebles y demás cosas que se percibían desde el exterior eran testigos de vidas interrumpidas por el desastre. Gente que tuvo que abandonar todas sus pertenencias en un abrir y cerrar de ojos ahora vivía otra realidad. Se notaba el miedo, ese efecto posttemblor que hace que se pierda la confianza.

9 de octubre

Eran las ocho de la mañana y apenas me había levantado, aunque muy a tiempo de contestar mi teléfono. Era Vicente. Me dio un gusto enorme porque no me esperaba la llamada. Estaba tan emocionada que mi voz subió un par de tonos y no pude evitar reír cada vez más fuerte. En realidad, no hablamos de nada, y eso es exactamente lo que necesitaba.

En la recámara de al lado Mónica se preparaba para levantarse y Frida, la gata, se asomaba con curiosidad a mi habitación para ver lo que ocurría. Vicente, aparte de darme la bienvenida a la ciudad, también quería que platicáramos sobre mis planes en cuanto a mi cumpleaños, que ya era al otro día.

Estaba tan preparada para no verlo, para no festejar juntos nuestros cumpleaños, ya que el suyo también era en unos días, que cada llamada, cada mensaje y sobre todo esta invitación a comer, eran motivo de gratitud y celebración. No es que yo sea una persona negativa, porque no lo soy, pero no perdía de vista lo complicado que resultaba todo.

Como yo estaba en la Condesa, él propuso un restaurante no muy lejos de mi casa. Así que ya tenía una cita con mi persona favorita y eso hacía que este cumpleaños fuera algo especial.

—Esa era una conversación muy alegre. Debe ser una persona muy especial para que te hayas puesto tan contenta, por no decir eufórica —me dijo Mónica con gran tino. No cabía duda que el brillo en mis ojos delataba lo que sentía por él.

10 de octubre

Él fue el primero en felicitarme, por lo menos en México, porque los mensajes de mis amistades y familiares en Europa comenzaron a llegar adornados con flores, pasteles y besos virtuales desde las dos de la mañana.

Mis amigos Noemí y Enrique me invitaron a comer. Conocía a esa pareja hacía muchos años, porque él era el mejor amigo de Óscar, mi exesposo; y ella, como una hermana para mí. Cuando llegué a vivir a México, en los años ochenta, viví unos meses en su casa antes de contraer nupcias. Ambos son adictos al chocolate, el único motivo por el que podría haber una pelea entre ellos. Para evitar que mi visita pudiera provocar un divorcio, compré dos cajas idénticas.

Ya por la noche, Mónica me llevó al restaurante en el hotel Parque México, que se situaba en el tercer piso. Me encantó la comida y la decoración del sitio. Era acogedor, elegante, con mucha madera, equipales, un bar en medio y los árboles del parque enfrente que elegantemente dejaban colgar sus ramas, casi haciendo reverencias. Disfrutamos de los antojitos oaxaqueños que el chef muy amablemente nos describió, además de las margaritas de mezcal.

Lo dicho, este cumpleaños fue especial.

11 de octubre

Llamada de Vicente. Por unos segundos se me ocurrió que podían ser malas noticias y que cancelaría la comida de hoy. Contesté algo aprehensiva y escuché en su voz que lo que estaba a punto de anunciarme no me iba a gustar.

—Tengo un pequeño problema para la comida de hoy —me dijo con tono de preocupación. Ya mi mente se había adelantado y llegado incluso a la conclusión de que la comida se cancelaba.

—Tengo unas juntas y voy a perder mucho tiempo en ir y regresar de la Condesa. ¿Te parece que te acerques mejor al centro? ¿Te acuerdas del restaurante al que fuimos cuando viniste en abril? Enfrente de la Alameda.

—Casi no puedo creerlo. No es una pregunta, ¿o sí? ¿Cómo no me voy a acordar?

—Nos podemos ver ahí, pero como por las tres de la tarde, ¿te parece?

—¡Claro!, no hay problema, ahí estaré.

Colgué el teléfono con una sonrisa. Después pasé bastante tiempo arreglándome, probándome diferentes atuendos y combinaciones al punto de hartar a mi amiga Mónica con mi desfile interminable. Finalmente opté por las zapatillas rojas, el pantalón negro y la blusa holgada, también roja, sin mangas, y entonces me lancé feliz al centro. Había algo de tráfico, pero como salí con mucha anticipación llegué casi veinte minutos antes de la hora citada. Me acomodé en el

sofá del *lobby*, sintiéndome al mismo tiempo ridícula, feliz, alegre, nerviosa y hasta algo angustiada, pensando en la posibilidad de que Vicente me plantara.

A pesar de encontrarme en un lugar que invitaba a la serenidad por su amplitud, lo cómodo de los enormes sofás, las flores por doquier, la luz tenue y el ambiente agradable, no lograba tranquilizarme. Me puse a caminar por el *lobby* observando a los hombres de negocios que andaban por ahí y a varias mujeres elegantemente vestidas. Nunca perdí de vista mi celular. El flujo de gente que entraba y salía constantemente era enorme, pero de Vicente no había ni una señal. En ese momento vibró mi teléfono. Era él, y me avisaba que iba un poco retrasado. Me pidió, como aquella vez en abril, que ocupara de una vez la mesa reservada.

Mientras el capitán me conducía a la mesa, el restaurante se llenaba más y más. Para hacer más ligero el paso de los minutos estudié el menú y pedí un vaso de agua mineral. En ese momento Vicente me enviaba un nuevo mensaje diciéndome que no había conseguido bicicleta. Desde hace algún tiempo hay en muchos puntos de la ciudad aparcaderos de bicis en los que uno puede tomar prestada una y dejarla en una estación similar. Era una maravillosa idea que ofrecía una solución al problema del tránsito siempre creciente.

Sin bici, le tomaría otros quince minutos llegar.

Vicente era muy aprehensivo en cuanto a la puntualidad conmigo. Se acordaba muy bien de mi regla de oro: quince minutos de tolerancia y si no llegaba me iba en busca de otra compañía. No sé por qué levanté la cara y fue en ese momento que lo vi, casi corriendo y con una expresión que delataba su angustia y estrés.

—Perdón —me dijo, antes que cualquier otra cosa.

—Ya estaba checando si había otro galán cerca para acercarme a su mesa —le respondí, consciente de su obvia angustia, sin poder resistirme a la broma.

—Temía no encontrarte —contestó, apenas recuperando el aliento.

Entre risas, le aseguré que estaba dispuesta a dejar atrás la regla de oro. Y él, enseguida, me dijo que me veía preciosa, al tiempo que me felicitaba por mi cumpleaños. También me entregó una cajita muy bonita. Adentro encontré, de nueva cuenta, una mascada de seda, pero esta tenía tonos otoñales. Me pareció muy hermosa. Yo, a cambio, le entregué una caja de chocolates belgas.

Después me platicó que pronto tendría una cita con la sicóloga para ver qué tanto había avanzado en superar el trauma de los eventos de hacía dos años. A estas alturas habían capturado a los maleantes, pero él por ahora no podía sentir nada, ni ira o coraje, ni alivio, ni nada.

—¿Cómo voy a saber si realmente lo he superado? —preguntó.

En mi opinión, una experiencia negativa ha sido superada cuando podemos recordar el asunto sin que nos provoque ninguna emoción negativa.

Pero aquí no sabía si aplicaba, ya que, en mi humilde opinión, él nunca había dejado llegar a la superficie esas emociones. ¿O sería que simplemente no podía sentir esto? ¿Había tenido que hacer una abstracción de ellas para poder sobrevivir a la crisis y apoyar a su familia? No soy sicóloga, y por lo mismo no podía darle un buen consejo en ese sentido, pero lo que sí le pude ofrecer fue enseñarle algunos métodos, como la técnica de liberación emocional, mejor conocida como EFT, por sus siglas en inglés, que creí le serían de gran ayuda.

Siempre he sentido que él no lograba relajarse por completo. Era como si a su mente le faltara

aire, como si alguien constantemente estuviera detrás de él. Era claro que su trabajo era estresante y demandante, y yo comparaba su vida con la mía, que vivo y gozo con inmensa libertad.

—Mi hija ha escrito un ensayo sobre su experiencia. Te lo mando después —dijo más tranquilo Vicente, antes de salir del lugar.

Como siempre, se había ofrecido a pedirme un taxi, y si no fuera porque estábamos en un lugar público ya lo habría besado y abrazado apasionadamente. Yo tenía ganas de eso y de mucho más, pero por ahora con mirarlo y percibir su aroma me bastaba.

Los detalles de Vicente siempre me habían llenado de ternura, y mientras regresaba a mi casa me daba cuenta de que me sentía frustrada porque no había podido hacer nada más con él. Contenta, sí, pero frustrada, pues lo único que podía hacer era mirarlo por la ventanilla mientras pagaba el servicio y se alejaba lentamente, volteando de tanto en tanto.

Más tarde, a punto de dormir, el relato que la hija de Vicente había escrito sobre su secuestro me llegaba por correo electrónico. Era largo y detallaba aquella experiencia terrible, que por desgracia en México le ha tocado vivir a miles de personas. Sin embargo, a pesar de lo duro que debe ser un secuestro, la crónica de la niña resultaba, al mismo tiempo, hermosa e inquietante, y por eso la leí atentamente. Absorbí cada una de sus palabras y pude imaginar a una joven que maduró en cuestión de días. Su supervivencia dependía de su paciencia, de su inteligencia emocional y de la capacidad de no dejar que sus miedos la dominaran. Y es que experiencias como esas no terminan cuando un secuestrado es dejado en libertad, pues el suceso es tan fuerte que se implanta en la rutina de la víctima, que debe ser lo más fuerte que pueda para no quebrarse incluso cuando ya está a salvo. Después de leerlo le envié un mensaje a Vicente, que en realidad resultó una pequeña carta, llena de admiración por el padre que procreó a semejante hija.

Acabo de ver tu mensaje y te agradezco que lo hayas compartido conmigo. No encuentro las palabras exactas que puedan describir lo que siento en este momento. Mis ojos están nublados por las lágrimas, pero no cabe duda de que tu hija es una bellísima persona, fuerte y con mucho valor. No es fácil ver las pruebas más duras que la vida nos impone como valiosas lecciones. Ella convirtió una experiencia muy dolorosa en una enseñanza positiva. Demuestra mucha madurez y grandeza de alma. Puedes estar —y sé que lo estás— sumamente orgulloso de ella. Y ella tiene mucha suerte de tener a un padre como tú.

Gracias por compartir. Significa mucho para mí que me tengas esta confianza.

Alguien me dijo que todos venimos a aprender una lección muy importante en esta vida, y que eso que debemos aprender está ligado a un suceso que nos sacude en lo más profundo de nuestro ser. No cabe duda de que el secuestro de su hija fue para Vicente ese evento aleccionador que le da sentido a su vida. Pero ¿cuál fue la lección?, ¿entender acaso el valor de la libertad? Podría ser...

Él me dijo en más de una ocasión que su trabajo no lo llenaba y que no encontraba nada en sus deberes diarios que le ayudara a ser feliz, pero lo peor era que no tenía ninguna alternativa para cambiar esa circunstancia y se veía esclavizado para siempre en eso que hacía. Es y será siempre un hombre sumamente responsable, y lo que más le importa es poder proveer las necesidades de su familia. No le importaban sus sueños, sus deseos e incluso sus aspiraciones personales, o al menos eso es lo que parecía. No me costó trabajo darme cuenta de que vivía en función de lo que

los demás esperaban de él o por lo menos de lo que él creía que los demás esperaban de él.

12 de octubre

Me cambié a un hotel en la Condesa porque no quería estar sola en casa de Mónica, quien debía ir a Mérida por unos días en viaje de trabajo. No estaba mal aquel cambio de aires porque me permitía mucha más movilidad y así pude, con más tranquilidad, darme una vuelta por el siempre impresionante Paseo de la Reforma, donde están expuestas, en plena calle, las estatuas de unas calaveras gigantescas pintadas de diversas formas con temas políticos, ecológicos y hasta de derechos humanos. Las sorpresas que depara la avenida más importante de la Ciudad de México nunca terminan, y en la acera de enfrente había alebrijes mucho más altos que cualquier persona. Fue un espectáculo que me dejó con la boca abierta. Como había llegado demasiado temprano para almorzar con una amiga, me di una vuelta por el centro comercial en donde nos veríamos más tarde. Me impactó profundamente el altar de muertos, en el que aparecían representados como esqueletos elaborados en papel maché artistas, políticos y figuras públicas de la más diversa índole. Esa no era la época más calurosa del año, pero sin duda era una de las más interesantes, porque el Día de Muertos es un festejo muy importante para todo México. Es un festival de colores que transita entre el anaranjado del cempasúchil, el papel picado en todos los tonos del arcoíris, y las calaveras y esqueletos hechos de papel maché blanco.

13 de octubre

Por fin había llegado el cumpleaños de Vicente y quería ser la primera en felicitarlo, aunque también deseaba ganarle a él, pues era capaz de hablarme antes. Así que en cuanto abrí los ojos le escribí rápidamente una felicitación y se la envié. Le añadí un poema que me gusta mucho de Mario Benedetti, que dice lo siguiente:

Acordate de esta ley de tu vida

si hace algún tiempo fuiste desgraciado
eso también ayuda a que hoy se afirme
tu bienaventuranza

de todos modos para vos no es novedad
que el mundo

y yo

te queremos de veras

pero yo siempre un poquito más que el mundo.

Pocos minutos después estaba lista para ver a Vicente a través de una videoconferencia, y para eso me vestí lo más sexy que pude, con mi *hanky panky* rojo, que por cierto lo dejó con los ojos

bien abiertos, buscando en la cámara, inútilmente, el mejor ángulo para verme de cuerpo entero. Cantarle «Las Mañanitas» habría sido absolutamente inútil, porque Vicente ya no escuchaba nada. Creo que habría podido decirle el peor insulto y él no lo habría notado ni tantito.

Después de eso ya tenía todo el día por delante, y eso incluía un desayuno con mi amiga Loly, una de las mujeres a quienes más admiro, porque es muy fuerte e inteligente, y parece que puede con todo. No en balde, además de su trabajo como consultora, escribe su tesis de doctorado mientras atiende a sus dos hijos.

Pienso a menudo en mis amigas y me siento agradecida y dichosa por ellas.

14 de octubre

Si de algo de México puedo quejarme es de la falta de calefacción en la mayoría de las viviendas. Eso, debo decirlo, incluye el hotel donde estaba, pues mi habitación era fresca, demasiado para mí, y el piso tan helado que me irritaba. Ni siquiera le habían puesto un tapete o alguna alfombra que atemperara ese frío, y por eso, siempre que podía, me metía sin más preámbulos al agua caliente, donde se estaba confortablemente, al abrigo del frío que a mí me parecía siberiano. Hoy era otro día importante porque podría trabajar, gracias a mi amiga Edith, con personas que resultaron afectadas por el terremoto. Les enseñaría el método EFT, que es muy eficaz para eliminar los efectos de eventos traumáticos. Pero antes que nada, y ya lista del todo, estaba el ritual del desayuno, una de las comidas del día que más disfruto. Ya había hecho amistad con un huésped y ahora que entraba al comedor lo había visto sentado. Mientras olía el aroma inconfundible de las tortillas de maíz recién sacadas del comal y veía que Héctor, nuestro mesero de siempre, comenzaba a preparar el resto de las mesas, me acerqué a Anders y me percaté de que le habían servido café recién hecho. Yo tenía hambre, pero aunque no la hubiera tenido, los platillos ricos que había por todos lados junto a esos aromas que acariciaban mi olfato me hubieran abierto el apetito al instante.

Y, bueno, de Anders había muy poco que decir. Era un hombre agradable, aunque al principio parecía un tanto tosco, un poco tieso y bastante serio, pero nada que un buen plato de papaya fresca seguido de unos sabrosos chilaquiles con frijoles y crema no pudieran solucionar. Eso era justamente lo que yo desayuné, y para cuando Anders se fue, pude tomarme unos minutos para leer un poco mientras terminaba mi café. Disfruté el momento, la tranquilidad, los sabores, las texturas y aromas, así como el aire suave del día, que bañaba la ciudad y le daba una frescura que casi se podía tocar.

Aún faltaba un rato para que Edith llegara, así que decidí regresar a mi habitación, y qué bueno que lo hice, porque una llamada de Vicente puso a mi corazón en la máxima velocidad.

—Estoy en camino. ¿Me das tu dirección exacta y la habitación?, llego en diez minutos —me dijo, casi como una orden.

Silencio. Y es que yo trataba de asimilar lo que Vicente había dicho. Mis oídos lo habían escuchado con suma claridad, aunque mi mente se había bloqueado o no quería entenderlo.

Entonces, entre nubes, le pasé a Vicente mi dirección, y le recordé que Edith iría por mí.

—No tardo en llegar —fue su respuesta.

Lo menos que podía hacer era ponerme un poco de perfume y tener listos los documentos que necesitaría para después. La verdad es que apenas me había dado tiempo de hacer eso, porque Vicente no tardó ni cinco minutos en presentarse en el hotel. Después de hablar con el encargado, se dirigió directamente a mi habitación.

Habían pasado veinte años desde la última vez que nos habíamos besado, aquella noche de la fiesta en el trabajo, y ahora, después de tanto tiempo y distancia, nos besamos otra vez. Su boca me transportó y no supe si me sentía ridícula o simplemente feliz, pero nada me importaba, solo estar feliz, con él a mi lado.

En el silencio que se hizo en ese momento quedó capturado todo lo que sentíamos y por eso las palabras sobaban. Nada había que el silencio no pudiera expresar con toda claridad.

—¡Qué bien besas! —dijo Vicente de pronto, susurrando muy cerca de mi oído. Una vez más, constaté lo mucho que me gustaba su aroma, que me llevaba a un pedacito del cielo más perfecto, donde las nubes son de azúcar y pueden comerse a trozos, montada en un arcoíris. Vicente ya no dijo más y me acarició entonces los senos y las nalgas, mientras me recostaba sobre la cama.

Ahora que estábamos a punto de entregarnos sonó mi teléfono y el momento mágico se cortó. ¡El anticlímax total!

Era Edith. No tardaría en llegar. De hecho, la encontré afuera del hotel, estacionada en la calle, donde aún se podía observar la devastación del terremoto, aunque no siempre de manera evidente. Muchas veces esa tragedia resultaba un susurro en nuestros oídos, apenas audible. Situaciones así nos enseñan algo y nos ayudan a ver nuestros problemas en perspectiva y a relativizar. Tal vez nos permitan recordar lo que es más importante para nosotros y hacia dónde debería dirigirse nuestra energía.

Y bueno, México no sería México si no comenzáramos una reunión, cualquiera, con comida, bebidas y convivencia en la cocina. Edith y yo habíamos llegado a la casa de su prima, donde ya estaban esperándonos los tamales y el atole, pues ¿cómo no?, y era tal la cantidad que habríamos podido alimentar a toda la calle y hasta habría sobrado.

En fin, lo importante es que había mucha gente reunida en la cocina, y platicaron conmigo como si me conocieran de toda la vida. Esa fue una forma de introducción al tema que nos había llevado ahí, que nos relajó y facilitó después nuestra sesión de EFT. En verdad estaba nerviosa, pero al mismo tiempo muy entusiasmada por mostrar y explicar el método, por poder ayudar y contribuir a que mis nuevas amistades pudieran utilizarlo posteriormente, en cualquier situación de sus vidas.

Entonces comenzamos a practicar el método, el cual funcionó adecuadamente. Las emociones soterradas comenzaron a liberarse y el llanto les ganó a muchos, aunque en realidad se trataba de un efecto liberador que ayudó a soltar la angustia que se había generado en las semanas anteriores y que había sido alimentada por la incertidumbre, la tristeza por lo perdido y el miedo a salir de nuevo a la calle.

Seguimos con la sesión todavía un buen rato y me sentí muy bien en ese proceso. Sé bien y estoy consciente de que nadie puede sanar a nadie, pues cada uno somos nuestros propios sanadores, aunque como terapeutas ayudamos a iluminar una parte de ese camino. Todo salió tan bien que después de la sesión les pude enseñar hasta un masaje brasileño que se aplica a los

dedos de los pies, y aunque les sonó un poco exótico, nos permitió divertarnos un poco.

Pero eso fue todo. Y lo digo así, casi casi como un lamento, porque después me fui a comer sola y no pude evitar pensar en Vicente, de quien ya no volví a saber nada durante las siguientes horas. La verdad es que tenía tantas ganas de terminar lo que habíamos comenzado pero dejamos inconcluso... pero él no dio señales. Ni una, no supe nada de él.

Mérida, Yucatán, 15 de octubre

Entonces me fui a Mérida, donde mi amiga Mónica ya me estaba esperando. Noté de inmediato el cambio de clima: mucho más húmedo y caluroso. Siempre había tenido ganas de ir, pero en verdad el clima representaba un enorme obstáculo. Me gustan el sol y el calor, pero esta combinación que Mérida ofrecía era demasiado fuerte para mí, y me resultaba insoportable, aunque esperaba que por ser octubre la ciudad se portara benévola conmigo.

Según lo poco que sabía entonces acerca de Mérida, es una de las ciudades más seguras de México, y eso se notaba de inmediato en el ambiente pacífico de sus calles, que comenzamos a recorrer en cuanto nos instalamos en el hotel, el cual, por cierto, resultó una lindura. Esa noche, la noche de mi llegada, fue muy agradable, porque una brisa fresca soplaba en nuestros rostros. Uno de los temas que abordé con Mónica fue el de Vicente y su sorpresiva llegada al hotel. Ella, que en ese asunto resultaba mucho más avispada, dijo que le parecía increíble que entre él y yo no hubiera pasado nunca nada, pues no podía negarse la atracción que había entre nosotros e incluso que el cariño se nos desbordaba, pero el hecho de que Vicente encontrara los momentos más inoportunos para verme resaltaba sus inseguridades. Quizá él esperaba que yo hubiera cancelado mi programa de ese día para quedarme con él... No había pensado en eso. ¿Cómo se iba a imaginar Vicente que yo podría hacerlo si tenía un compromiso muy formal y diez personas contaban con mi presencia?

La plática con Mónica me fue de gran utilidad porque fue la primera vez que le confesé a alguien que sentía resistencia de parte de Vicente para llegar más lejos, y por eso yo no había puesto mayor énfasis en los mensajes posteriores a la escena del hotel. A ella, sin embargo, le pareció que ninguno de los dos nos ayudábamos, y, claro, podría ser.

18 de octubre

Se llamaba Hansel el conductor que me llevó a pasear por Mérida y por Uxmal, mientras mi amiga cumplía con su agenda de trabajo. Y, debo decirlo, era un tipo bastante guapo, un joven dinámico y muy platicador, aunque escondía sus ojos tras unas gafas oscuras enormes. Tenía la risa fácil y una sonrisa hermosa, coqueta y contagiosa. Nos platicamos parte de nuestras vidas y él me contó que su novia esperaba una bebé, a quien llamarían Gretel. Pensaba y esperaba que fuera una broma, porque pobrecita niña, con un padre con un nombre de cuento de hadas y ella misma inmiscuida en esa trama de llamarse como un personaje de ese mismo cuento... pero el muchacho parecía determinado a realizar tal cosa.

Dentro de todo, y a pesar de sus 26 años, Hansel era muy centrado y hacía planes para

comprar su propio auto y trabajar por su cuenta. De todo eso me fui enterando durante el trayecto a Dzibilchaltún, una zona arqueológica poco conocida pero tan hermosa como la más popular. Ahí, mientras Hansel me esperaba en el estacionamiento, pude caminar en absoluta libertad, entre lagartijas, pájaros, mariposas y una variedad de flores silvestres que hacían juego con los vetustos muros que se mantenían en pie. Me encantaba el leve aire que soplaba y que hacía que las hojas de los árboles susurraran. Hacía calor y pronto entré en estado meditativo. Dejé ir todo pensamiento y comencé a escuchar el silencio. La verdad es que me sentía tan a gusto y serena que podía haberme quedado ahí por horas, pero todo tiene su fin, incluso ese pequeño remanso de tranquilidad, y fue un grupo de turistas el encargado de interrumpir ese momento de gozo.

Entonces me dediqué a buscar el cenote que había en el lugar, que resultó no ser muy grande, y debido a las lluvias de los últimos días no se permitía que nadie se bañara dentro del él. No obstante, pude sentarme en la orilla y sumergir los pies en sus aguas.

Unos veinte pececitos de apenas unos centímetros de largo se acercaron y besaron mis dedos, o me mordían con suavidad la piel, lo cual me provocó cosquillas, pero qué más daba, yo también tenía derecho a una pedicura de esa categoría.

El momento resultaba en verdad placentero, y aunque no hablé con nadie tuve la sensación de que se trataba de una experiencia que nos unía de una manera silenciosa, aunque profunda a quienes estábamos ahí. La unidad universal es un concepto que siempre me ha fascinado. Desde hace tiempo he comprendido que todos estamos unidos y estoy convencida de que todo lo que vivimos, pensamos y sentimos tiene un efecto sobre los demás. En el microcosmos de nuestras relaciones íntimas eso resulta bastante notorio, si prestamos la atención debida. Lo he comprobado en muchas ocasiones: una persona serena cerca de nosotros nos transmite paz interior y tiene un efecto tranquilizador. Eso lo noté en alguna ocasión, cuando una de mis supervisoras en el trabajo me contestó bastante mal, sin motivo alguno. Recuerdo que tomé un respiro y me dije que no era personal, que tal vez ella había tenido un mal día o estaba sometida a mucha presión. Comencé a sentir compasión y ya no me afectó su conducta. Minutos después la supervisora me buscó y se disculpó, por lo cual sentí una profunda alegría y mucho amor por ella.

Salí entonces del agua y caminé un rato más por el vasto campo del lugar, dirigiéndome a la «casa de las muñecas», un edificio que extrañamente tiene la forma o asemeja una cara. La miraba en tanto el sol dejaba sus marcas sobre mis hombros y espalda.

Como todo un caballero, Hansel me abrió la puerta del auto y después nos dirigimos a Progreso, que está a una media hora de ahí. Al llegar buscamos un restaurante con vista al mar. La verdad es que el lugar era precioso, y había líneas de mosaicos con motivos en azul y rojo que decoraban las paredes blancas. Le había pedido a Hansel que me acompañara y eso me hizo sentir casi como si tuviera una cita amorosa. La verdad era que el paisaje resultaba encantador, lo mismo que la compañía, y los platillos en nuestra mesa lucían tan apetitosos que todo era perfecto. No había duda: estaba saboreándome un pedacito de paraíso. Saliendo del restaurante Hansel, aprovechando un momento en el que yo estaba desprevenida, me besó tan apasionadamente que no hubo manera de que yo pudiera resistirme. Entonces sucedió lo que no había pasado hasta ese momento con Vicente: Hansel, sin más ni más, me llevó a un motel. Miles de pensamientos cruzaron por mi cabeza, pero los descarté casi a todos, deseando disfrutar el momento con ese

joven impetuoso, atractivo y determinado.

Hansel casi me arrancó la ropa, y yo también hice lo mismo con la suya. Parecía que otra persona hubiera tomado el control de mi persona y que mi verdadera personalidad mirara la escena que se estaba desarrollando, al margen de todo. Me sentí ajena, ausente... Minutos después nos vestimos en silencio y salimos del lugar. No quería juzgarme por lo sucedido ni justificar lo que acababa de hacer, pero no lo conseguía. No tenía nada que ver con el hecho de que lo que había pasado fuera bueno o malo, sino con mi congruencia, esa era la parte importante. No fui auténtica ni fiel a mí misma. Ni siquiera tenía ganas de estar con ese muchacho, o ganas de tener sexo. Y eso me dejaba un sabor amargo en la boca.

A Hansel lo sucedido le había dado alas para proponer nuevos encuentros, pero por supuesto, eso no sucedió. Además, esa era mi última noche en Mérida antes de regresar a la Ciudad de México y Mónica y yo habíamos decidido tomar un masaje relajante, a base de cacao, e irnos a cenar y tomarnos unas deliciosas margaritas. No fui tan tonta como para platicarle a Mónica mi aventura de aquella tarde, porque no había necesidad de que me regañara y mi silencio, además, me evitó una serie de consejos que por supuesto no le habría solicitado.

Al otro día, lo último que me llevaría de Mérida resultaría ser la gran sonrisa de Hansel y un abrazo, pues había ido por mí para llevarme al aeropuerto.

Ya a solas, sonreí antes de abordar la aeronave que me llevaría de vuelta.

21 de octubre

Era casi tiempo de partir, pero aún tuve tiempo de reunirme con algunas personas. Seguía pensando en lo sucedido en Yucatán, pues no conseguía asimilarlo por completo, y eso me incomodaba, me ponía nerviosa, aunque no tanto como para no atender mis pendientes inmediatos. El más importante de ellos era hacer la maleta, la cual conseguí armar después de encontrarme con mi amiga Nayeli, a quien hacía por lo menos veinte años que no veía. Cuando me salí del despacho, ella era novia de uno de los gerentes, y yo creí que durante todos estos años ella había seguido con él y que la vida le había regalado unos cuantos niños, pero la realidad era totalmente diferente. Aquel novio, cuando terminaron, la estafó vilmente, pues se negó a regresarle la parte de la inversión que ella había hecho para comprar una casa entre los dos. Perdió mucho dinero, pero estaba consciente de que si se hubiera casado con ese tipo la cuenta le hubiera salido mucho más cara, así que tomó el duro golpe con mucha filosofía y consideró que fue dinero no tan mal invertido en vista de la lección de vida que le dejó. Me dio gusto pasar un rato con ella. Emanaba tranquilidad y pureza de corazón y espíritu, y estaba dotada de una belleza interior que lucía muy notoriamente.

Ese día yo necesitaba una buena compañía, porque irme del país siempre ha sido uno de los desafíos más duros y, definitivamente, viajar ligera se había convertido en una misión imposible para mí, aunque cada vez me reconciliaba con esa pequeña imperfección. No sé si mi reticencia a marcharme de México fue escuchada e interpretada por el Universo, pero parecía que así era, porque la persona que iría para llevarme al aeropuerto se encontraba atascada en el tráfico, y ya no era tan temprano como para no preocuparse.

Hasta ese momento no sabía qué había pasado con Vicente, pero sentía algo distinto con respecto a él, y eso se notaba en los mensajes que nos enviábamos. Por supuesto, me había despedido y mi Lobo Feroz me había agradecido los momentos que habíamos pasado juntos. La verdad es que en ese instante tenía muchas ganas de abrazarlo y sentirlo cerca, pero otras cosas demandaron mi atención. Salí al balcón de mi cuarto y miré la tarde, dejando que el sol me diera en la cara. Habría querido empacar todo eso, que parecía un cuadro con muchos elementos, colores y sensaciones, y llevármelo conmigo a casa. No puedo negar mi conexión con esta tierra y me duele cada vez que me despido. Hacerlo me hunde en un profundo pesar, en una melancolía casi inexplicable, pero decididamente insoportable.

Mi amiga, pues, no había llegado y ya eran más de las cinco. No me quedaba más que confiar en ella, y para ayudar y ganar tiempo había comenzado a bajar mis maletas. Decidí esperar abajo y justo a las cinco cuarenta, cuando comencé a sentir mayor preocupación, llegó por mí.

Durante el trayecto, Noemí me dio una mala noticia, pues hacía pocos días había fallecido doña Luz, su madre. Yo la conocí muy bien y era todo un personaje, digno de cariño y admiración. Era poco convencional, muy atrevida, con una opinión muy clara sobre cualquier tema y no tenía miedo de nada ni de nadie. Me acuerdo que cuando su marido se jubiló ella dijo que un hombre jubilado en casa era como un sofá en medio del salón; es decir, estorbaba por todos lados. Incluso el papá de Noemí regresó a Puebla solo, y aunque parecía una fuga, esa decisión salvó el matrimonio, pues comenzaron a tratarse a distancia, como si fueran novios otra vez.

Durante años doña Luz se esforzó en ayudar a mujeres que vivían situaciones difíciles en sus casas. Las guiaba, aconsejaba y empoderaba haciéndoles entender que podían tomar el control de sus vidas. Y sí, muchas de ellas lograron independizarse, liberarse del yugo de las relaciones tóxicas. La mayor satisfacción de doña Luz era ver a esas mujeres salir adelante solas, verlas fuertes y dueñas de sus vidas. Algunas hasta pusieron su propio negocio o volvieron a retomar sus estudios.

La plática con Noemí resultó un momento de ternura y consuelo, así como de sentimientos de gratitud, alegría y tristeza compartidos que hicieron más sólidos nuestros lazos de amistad.

Todo estaba bien y yo regresaría pronto.

Ginebra, 2017

30 de noviembre

Esta noche, aunque más bien ya casi de madrugada, Vicente estuvo solo en su cama y yo estuve sola en la mía. Por primera vez, y gracias a una videollamada, nos quitamos la ropa al mismo tiempo y nos imaginamos estar juntos. Yo miré su cuerpo desnudo y él miró el mío. Cerré los ojos y sentí sus labios besar mi pelo y luego bajar hacia mi nuca, susurrando en mi oído, mordiendo suavemente el borde de mis orejas. Esa sensación provocó que mis pezones se endurecieran.

Entonces su boca me besó mientras su mano siguió recorriendo mis pechos y mi abdomen, bajando cada vez más mientras mi espalda se levantaba y bajaba en un suave movimiento cargado de placer. Su mano acarició mis muslos e introdujo dos dedos entre los labios, tocándome el clítoris. Le dije «No pares», y él siguió.

Y una lágrima humedeció mi sonrisa.

Dar es Salaam, Tanzania, 1 de diciembre

Era mi primer viaje a Tanzania. Iba encargada de organizar un taller para uno de mis supervisores. Matthias es un especialista en el tema de la sociedad civil, una de las áreas de actividad de la organización humanitaria para la que trabajo. Siempre es un placer trabajar con él por su dinamismo, sus conocimientos y su gran sentido de organización. Además, hacerme cargo de la logística de este tipo de eventos es la parte que más me gusta de mi labor, pues me permite estar en contacto e interactuar con colegas que trabajan en el terreno. Era diciembre, por lo que celebraba dejar el frío del invierno ginebrino y cambiar los calcetines gruesos y las botas por unas sandalias coquetas y elegantes.

Ya era bastante noche cuando aterrizamos en aquella parte de África, y la cola para el control de pasaportes parecía interminable. Después de un «asante sana» a la persona que puso un sello de entrada en mi pasaporte, me apuré a rescatar mis maletas y buscar al chofer del hotel, que ya me esperaba.

Lo primero que hice al llegar a mi cuarto fue vaciar las maletas y después esperar con impaciencia una sopa que pedí al *room service*. Tomé una foto del cuarto para mandarla a Vicente, junto con el mensaje de que la cama era demasiado grande para mí sola, y que ojalá él estuviera ahí. Eran casi las dos de la mañana cuando por fin me dejé caer sobre el colchón firme y la almohada ergonómica.

Los próximos días estaría muy ocupada atendiendo a los participantes, asegurándome de que todos llegaran al lugar indicado en el momento preciso. Al mismo tiempo, daría seguimiento a las

demandas del resto de mi equipo, como si estuviera en la oficina. Los talleres son muy interesantes y a menudo divertidos, pero al mismo tiempo son muy estresantes porque no hay descanso. Por fortuna había logrado establecer una buena relación con el personal del hotel y contaba con ellos para que hicieran mi estancia más llevadera.

Vicente me contactó tres días después de mi llegada a Tanzania y pudimos establecer una videoconferencia en la que le conté algunos detalles del viaje. Este era un buen momento para platicar con él. No sabía realmente qué pensaba de todo lo que yo experimentaba en un país tan lejano, porque su vida es muy diferente a la mía. Siento que trabaja demasiado y que no lo disfruta mucho. En cambio, yo soy muy libre en todo, incluido mi trabajo, ya que me permite bastante flexibilidad en cuanto a la organización de mi tiempo. Además, me da la oportunidad de viajar a lugares desconocidos. Tengo la suerte de que siempre que viajo al continente africano me siento como en casa, pues me es fácil conectarme con la gente ahí.

Desde que llegué sabía que el último día en Tanzania lo usaría para visitar Zanzíbar, un viaje que por cierto comenzaría con un aguacero torrencial. Sayyif, el chofer que nos había dado servicio durante toda la estancia, me llevó al embarcadero. Afortunadamente, y después de pasar por el control, tratando de evitar empaparme, me condujeron a una sala de espera bastante confortable donde ofrecían café y galletas. Un tanzano que tomaba todos los días el barco a Zanzíbar se había colocado cerca de mí, así que entré en conversación con él para que me guiara un poco. Para entonces ya había dejado de llover y la costa podía divisarse a la distancia.

Al llegar, presencié la salida de los primeros pasajeros. Se trataba de un cortejo funerario formado por cuatro hombres en caftanes claros, que cargaban un ataúd. Se me puso la piel de gallina al pensar que había viajado con un cadáver a bordo, e inevitablemente esa escena me transportó al funeral de la abuela de mi exesposo, hace muchos años, en un pueblo de la sierra guerrerense. Yo tenía 21 años y muy poco tiempo de estar en México y de ser novia de Óscar, por quien conocí a la abuela materna en casa de una de las tías, en Atoyac. Al día siguiente nos dirigimos a la aldea, que quedaba como a dos horas en camioneta desde Atoyac, cruzando riachuelos y senderos de piedra. En el trayecto vi muchos pueblitos diseminados, que parecían haber crecido sobre los espolones rocosos de las laderas, a menudo escarpadas, entre un paisaje de anaranjadas buganvilias que hacían contraste con los múltiples matices de una vegetación inconmensurable.

Al llegar nos esperaba casi todo el pueblo, es decir, la familia de mi novio, y los habitantes de las casas vecinas. Los más chiquitos jugaban en la calle e iban corriendo a sus viviendas gritando que Óscar había llegado y que venía acompañado de un ángel vestido de blanco. Nunca nadie me había comparado con un ángel y nunca me había sentido angelical, pero tomé la comparación como una linda bienvenida.

Saludé por primera vez a mis futuros suegros, que me llevaron a la cocina para que tomara un café de olla y cenara tortillas recién hechas en el comal, acompañadas de frijoles con queso casero, un plato sencillo que me supo a gloria.

Ese día dormí con las hermanas de mi novio. Me tenía que acostumbrar un poco a ese nuevo ambiente, al canto incansable del viento entre los árboles, a la lluvia que aporreaba rítmicamente las láminas que formaban el techo; al piso de tierra y al rechinado de las contraventanas de

madera. Dormir con la protección de una red contra los mosquitos, alacranes y otros bichos no me hacía sentir exactamente tranquila ni segura, aunque mi mayor preocupación consistía en salir del enredo de tela que rodeaba la cama para aventurarme a cruzar el patio a la mitad de la noche para ir al baño, donde, con toda seguridad, me acecharían las arañas desde cada rincón. Pensé que quizá no tendría necesidad de levantarme, pero más que eso reflexioné sobre cómo había podido llegar hasta ahí, a ese rincón del planeta tan diferente y totalmente desconocido.

De repente me sentí inmensamente sola y ajena a todo.

El canto de los gallos anunció un amanecer de montaña que por ningún motivo estaba dispuesta a perderme, así que me levanté, sabiendo que la ducha tendría que esperar hasta la tarde, cuando el sol calentara el agua de mejor manera. Me dirigí a la cocina, donde mi futura suegra ya estaba preparando el desayuno. La cocina olía a leña, café, chile y tortillas, y el vapor de la olla donde hervían los frijoles ocupaba casi todo el espacio. No supe si por el gallo o por los aromas, pero en poco tiempo la cocina se llenó de bostezos y de los cálidos «buenos días» de los recién levantados.

Era, sin duda, un momento que procuraban tener antes de iniciar las actividades cotidianas. La comida aderezaba esa especie de placidez mañanera que nos embargaba a todos, pero que no podía prepararnos para la noticia que alguien, no recuerdo quién, nos soltó de repente, al tiempo que entraba en la habitación: «La jefa falleció mientras dormía». Y la jefa no era otra que la abuela de mi novio, a quien yo había conocido apenas un día antes. Entonces todo aquello se transformó y a mí me tocó ser testigo de un drama por la muerte repentina de tan importante personaje.

Al paso de las horas llegaron casi todos los miembros de la familia, además de parientes lejanos, amistades y vecinos. Nunca antes había vivido o visto nada semejante. Desde mi mirada europea, aquellas escenas aún me parecen un cuadro surrealista, y no me explico cómo pudieron organizarse, pero lograron llevar el ataúd con el cuerpo de la abuela hasta la sierra, para velarla. Eso resultó apenas el comienzo de un festejo mortuorio que obligaba a los deudos a matar algunos cerdos para hacer pozole y alimentar a la concurrencia, pues a quien se acerca a dar el pésame no se le puede tratar de mala forma.

Rápidamente se dispusieron varias mesas grandes en el patio y parte de las mujeres se dedicó a velar y a rezar por el alma de la fallecida. De pronto, todas las estancias y aun el patio se llenaron de velas y de los lamentos de los dolientes.

Al día siguiente los familiares llevarían el ataúd al camposanto, y ese trayecto me parecía toda una expedición, casi una misión imposible, pero la gente de allá parecía estar acostumbrada a tales tareas. Casi resulta obvio decir que llevar el féretro no fue nada fácil, pues había que cruzar un río y trepar al monte sin más ayuda que la propia fuerza de cada quien. El corazón casi se me paralizó cuando los cuatro hombres que cargaban el ataúd avanzaron por encima de un tronco que servía de puente sobre ese río no tan pacífico, que se cruzaba en el camino. Aún hoy sigo recordando aquello, porque hubiera bastado un mal paso de alguno para que el ataúd terminara en el agua y la corriente se lo llevara en menos de un parpadeo. Yo lo observaba todo desde la orilla, sin poder moverme y sin querer cruzar yo misma, hasta que uno de los tíos me ayudó a atravesar el río, después de que la difunta había llegado finalmente al otro lado.

Pero esa era agua de otra corriente, y la ensoñación se desvaneció para dar paso a mi realidad inmediata, en la cual mi improvisado compañero de viaje me tocaba el brazo y me decía que ya era hora de bajar. Estaba de vuelta en Zanzíbar.

La primera escala que hicimos en ese destino fue en realidad un movimiento estratégico para asegurar mi regreso, ese mismo día, pero por avión, pues más tarde el barco en el que venía volvería a su puerto original, sí, pero surcando las aguas más borrascosas que uno pudiera imaginar.

Ahora sí, después de esa escala administrativa, estábamos listos para la aventura. Nos dirigimos a Stone Town, la parte antigua de Zanzíbar y pasamos a la casa donde nació la superestrella del rock Freddy Mercury. También visitamos el lugar donde los esclavos negros procedentes de varios países africanos fueron encadenados y encarcelados, esperando ser vendidos a los árabes, que los llevaron al Medio Oriente. La visita a dicho lugar me dio escalofríos y no pude evitar romper en llanto con solo imaginar el sufrimiento de esos desafortunados. Mi guía me consoló lo mejor que pudo, desconcertado de verme así.

—Ya pasó, ya todo esto es el pasado —me dijo, pero eso era demasiado para mí, pues podía percibir que el ambiente era muy pesado. Los residuos de una energía violenta, de sufrimiento, separación y miedo se arrastraban invisibles por las calles y se extendían como una nube antes de la tormenta, perforando los poros de los ladrillos de las casas de aquella Ciudad de Piedra, porque ahí la huella del dolor dejada por millones de esclavos que vivieron un infierno en este sitio aún puede rastrearse.

Sin tener idea todavía de cómo sería el vuelo de regreso a Tanzania, quise disfrutar un poco de la brisa oceánica y de las olas del mar indio que me arrullaron un rato. La verdad es que la nave en la que debía regresar apenas podía llamarse avión, ya que se trataba de un artefacto minúsculo, y hasta para acomodar mi trasero en los asientos se necesitaba un calzador. Me agaché lo más que pude para entrar y no pegarme en la cabeza contra el techo del avión. Pero traté de ver la mejor parte, pues al menos no había que pelearse por obtener el asiento de la ventanilla, porque solo había asientos pegados a las ventanas.

Por suerte la costa tanzana estaba apenas a media hora, y el avión llegó sano y salvo, con todo y su carga de valientes pasajeros. En eso pensaba cuando de pronto un mensaje de Vicente entró a mi celular. Me hizo sentir acompañada, a pesar de la enorme cantidad de trabajo que lo agobiaba y las fechas límites de entregas que ya estaban encima de él. A pesar de su estrés, se mostró curioso por saber cómo me había ido en mis reuniones.

Era tiempo de dejar África, pero ya volveríamos a vernos después.

19 de diciembre

Al regresar del periplo africano retomé la rutina normal de la oficina, donde, para variar, había muchísimo trabajo que entregar antes de que terminara el año, y Vicente, en su propia oficina, estaba en similares circunstancias. Eso me llevaba a pensar que en esas fechas no tendríamos mucho contacto, y por eso le escribí una nueva carta a mi Lobo Feroz:

Querido Vicente, 2017 ha sido un año muy especial en muchos aspectos. Ha tenido su dosis de desafíos y lecciones que aprender, pero también, y sobre todo, ha sido un año de momentos de alegría intensa, de oportunidades de descubrir lugares desconocidos y volver a aquellos donde me siento feliz; un año de nuevas experiencias y de satisfacción por los logros obtenidos.

Más que cualquier otra cosa, me siento agradecida porque este año nos volvimos a ver después de once años. Al volver a verte entendí que, de una manera u otra, en realidad siempre hemos estado conectados.

Hoy te quiero agradecer:

Por tu presencia en mi vida;

Por ser mi Lobo Feroz y llamarme tu Caperucita;

Por animarme en mis momentos de estrés, a pesar de que en realidad tú hayas estado viviendo situaciones más complicadas que las mías;

Por escucharme y acordarte de todo lo que te digo;

Por nuestra complicidad durante las videoconferencias;

Porque contigo puedo ser yo misma;

Por el don que tienes para sorprenderme y hacerme vivir un cuento de hadas cada vez que vienes a mi encuentro de manera inesperada;

Porque después de hablar contigo siento que puedo con el mundo entero;

Porque me das alas;

Por la confianza que hay entre los dos, que nos permite tener conversaciones sobre los temas más difíciles;

Porque añades más chispa a mi vida;

Porque me animas y me inspiras a escribir historias y por nuestra propia historia;

Por todo lo que compartimos este año, por todo eso y por mucho más, te doy las gracias.

Te quiero muchísimo.

Ginebra, 2018

14 de febrero

Uno de mis propósitos para el año nuevo fue escribir un libro. Era una idea muy antigua que ya me había planteado en otras ocasiones, pero que no había podido desarrollar debido quizás al miedo de no ser lo suficientemente talentosa, o porque consideraba que nadie se podría interesar en mis historias. El año pasado había escrito algunos relatos que compartí con Vicente y a él le habían gustado. Entonces, ¿por qué no lanzarme?

Bueno, hasta pagué un seminario virtual en el que me explicaron, paso a paso, el proceso de publicación. Me embargaba la emoción, pero también sentía pánico.

Sin embargo, este era un día festivo, muy adecuado para salir temprano de la oficina, ponerme el *hanky panky* y los tacones altos, pues era momento para la videoconferencia con Vicente. Aunque estábamos a diez mil kilómetros y no podíamos vernos físicamente, me parecía que acudía a una cita con mi novio.

Me retoqué el maquillaje, me puse los labios un poco más rojos y me declaré lista, más que eso, listísima. Entonces, casi cronometrada, entró la llamada del Lobo, que daba por iniciado el juego. Le permití que me vería en ropa interior, que lucía aún más por los tacones altos con los que había practicado algunos pasos sensuales, que él pudo mirar mientras conducía por las calles de la Ciudad de México. La verdad es que me encantaba que babeara antes de que me quitara el top de encaje rojo, y casi suplicaba para que me quitara lo demás.

Con todo tipo de señas, Vicente me avisaba que su amigo Charlie estaba ya muy excitado y entonces, para hacer más placentero ese instante, yo deslizaba mi mano suave y lentamente por el encaje sedoso, para después subir por mi abdomen antes de tocar mis senos. Ahora llevaba mi mano hacia abajo y la colocaba entre mis piernas.

Imaginaba que eran sus manos finas y suaves las que me acariciaban, las que me quitaban muy despacio el top y dejaban al descubierto mis pechos, que le mostraban los pezones erectos, lo cual desconcentraba a Vicente en el camino por el que circulaba. En ese momento, él se dirigía a un desayuno, pero por prestarme atención ya se había perdido. Y cómo no, si en ese preciso instante ya tenía yo la cámara de mi teléfono entre las piernas.

—Fíjate bien—le dije con la voz más sensual de la que fui capaz—, yo seré tu GPS, mira, por aquí va el camino.

No podía creer lo que estaba haciendo.

Feliz Día de San Valentín, mi querido Vicente.

15 de febrero

Con Vicente no todo era lo que parecía ser, y eso lo comprobé al día siguiente, cuando todas mis ilusiones se rompieron en un instante. Eso que quizá otras personas veían con claridad, y lo que ya me habían advertido, sucedió finalmente. No puedo negar que en el fondo yo misma sabía lo que sucedería, pero me había dejado llevar por la emoción que me hacía estar con él y sentir, o por lo menos creer, que teníamos un porvenir venturoso.

—Oye, ya falta menos para mi llegada a México y tendremos que planificar un poco, ¿no crees? Yo quiero ir a bailar y a jugar boliche —le dije en una llamada, al día siguiente de nuestro encuentro erótico, que por cierto me había dejado muy contenta.

—Precisamente de eso tenemos que hablar —dijo entonces él, pero algo en su tono de voz no me gustó, porque era más serio e incluso algo apocado—. No te podré ver por las tardes o las noches —apuntó a continuación.

—¿Cómo que no me vas a poder ver por la noche? —le pregunté, o más bien le reclamé.

—Soy un hombre casado y no puedo mentir sobre mis andares. Desde lo que sucedió con mi hija, estamos sujetos a medidas de seguridad, por lo tanto, cada miembro de la familia sabe exactamente dónde se encuentra cada uno de los demás. Pero nos podemos ver para desayunar y para almorzar —añadió entonces, como para consolarme.

¿Y entonces dónde quedaba todo lo que habíamos vivido? ¿Nunca lo íbamos a concretar? ¿A qué hora pensaba hacer el amor conmigo? ¿Entre la sopa y el plato fuerte? Me había quedado helada, o más bien, como si un terremoto me hubiera sacudido y debajo de mí se hubiera abierto el piso que me sostenía.

—Hola, Caperucita, ¿estás ahí? —dijo de nuevo mi cada vez más decepcionante Lobo Feroz.

—Sí, sí, aquí estoy. Pues bueno, así lo haremos entonces —le dije sin entusiasmo, con un tono que anunciaba que algo se estaba desmoronando, y entonces colgamos.

Me sentía confundida, sin poder asimilar lo que había escuchado. Todo lo que había pasado más bien era muy parecido a un cortocircuito de revelación, porque lo que me había dicho Vicente no me hacía ningún sentido. ¿Dónde habían quedado los dos meses de videollamadas cachondas, nuestros deseos de sentirnos cerca, de tocarnos, de sentir nuestra piel, nuestros cuerpos entrelazados? Tenía la impresión de que virtualmente nos habíamos entregado mil veces y ahora que se acercaba el momento de vivir eso mismo en la realidad me cerraba cualquier oportunidad de abrazarnos.

Me parecía normal y muy lógico que el próximo paso en nuestra historia fuera el de una intimidad en la vida real, para que consumáramos el deseo de nuestra relación y no nos quedáramos atrapados en orgasmos mentales y vivencias platónicas. Aún seguía oscilando entre el asombro, la decepción y la falta de comprensión, y necesitaba asimilarlo de mejor manera. Por supuesto, la noche era larga y pesada. La tristeza, la confusión, la ira, la frustración, la decepción y todo se había confundido y formaba ahora una pared inquebrantable, pues se trataba de un anticlímax, el amor a la inversa; la caída, una derrota a dos minutos de alcanzar la meta. Me sentí como si Vicente me hubiera plantado el día de nuestra boda.

Así me sentí, vestida y alborotada. Sobre todo, alborotada.

16 de febrero

Estaba nerviosa, pues no estaba segura de si Vicente me contactaría otra vez. Ya no hubo mensaje de buenas noches de ninguno de los dos y esa especie de ruptura entre nosotros se reflejaba hasta en mi apetito. Sin embargo, mi estado de ánimo no me impedía hacerme bromas y así, con todo, pensaba que seguramente el kilo extra que tenía habría terminado por desaparecer debido a la angustia.

No sabía si deseaba que Vicente me hablara o que simplemente desapareciera, que su contacto, con el paso de los días, se perdiera en mi lista de amistades para que, por fin, un día, dejara de verlo para siempre. Y es que si me llegaba a hablar sería porque no se había dado cuenta de lo extraño de mi voz o de los silencios entrecruzados con los suspiros que se me escaparon cuando me explicaba sus razones. Tampoco se habría dado cuenta de que mis palabras habían quedado suspendidas en la boca, ni de que mi voz temblaba, y eso, creo yo, era lo peor de todo.

Sin embargo, ahí estaba su mensaje, que entraba justo en ese momento, y ahí estaba, también, el saludo de siempre.

«¿Te puedo llamar, Caperucita?», leí en la pantalla del celular.

Suspiré, pero esta vez no era por amor. Miré el mensaje algunos segundos más y otro suspiro profundo se me escapó. Por mí, no había mucho que pensar y le contesté que sí, pero con la pesadez que ya sentía en el corazón y con las lágrimas preparadas para brotar.

Ahí estaba Vicente, tan campante como siempre. Me saludaba como si nada y sus palabras eran las mismas de siempre. Yo, simplemente, no lo podía creer. El tono de su voz era el acostumbrado y de pronto ya no pude más.

—¿Y a qué horas piensas hacer el amor? ¿Entre la margarita y el plato principal? ¿O entre la papaya y la concha? ¿Antes o después del café? —le solté, muy enojada.

Ahora sí, Vicente había comprendido por fin, o había dejado de fingir, pero las dos cosas me daban lo mismo, porque no era lo que yo esperaba de un hombre como él. Me había repetido hasta el cansancio que su situación era bastante complicada, pero yo no tenía por qué pasar por eso. ¿Por qué entonces me había dicho durante meses que me quería, incluso que me amaba? ¿En qué episodio de este amor, que ahora se me antoja ridículo, me perdí?

—Yo te quiero, Vicente. ¿Y tú?, ¿me has querido alguna vez?

—Sí, pero no de esta manera. Te quiero para vernos, para ir a comer, ya sabes...

Su respuesta me dolió en lo más profundo, pero por lo menos yo ya no tendría reparos para expresar lo que en verdad sentía.

—Imagínate que soy tu hermana o tu hija y ella está enamorada de un hombre como tú —le dije entonces a quien para este momento ya había agachado la cabeza, según veía en el celular— y te pinta un escenario de lo que vive con su pareja, tal como yo lo estoy viviendo contigo. Te puedo apostar que le dirías que está loca, que el tipo es un desgraciado, que se aleje de él.

El silencio de un Vicente contrito apenas me daba lástima, pero sí me daba la razón.

—Entonces, ¿por qué me haces vivir eso a mí? Yo te quería y te he dado lo mejor de mí. No, Vicente, no merezco eso.

—Lo siento —dijo por fin, a diez mil kilómetros de distancia. Escuchaba la misma fórmula hueca que ha lastimado a las parejas desde que el ser humano existe.

—¡Qué fácil es tener alguien para que esté contigo, te quiera, te diga cosas bonitas, te dé ánimos y que a cambio no te pida nada! ¿Qué te imaginas que soy? ¿Una *app* en tu teléfono, tu página favorita de *Playboy*?

La verdad, Vicente había terminado por darme asco, pero el mayor asco lo sentía hacia mí, por haberme dejado utilizar. De alguna forma me percibía barata, sucia y humillada por haberme dejado llevar de esa manera e ilusionarme. Entonces lloré, por decepción, sobre todo.

—Casi siento pena por ti —le dije a Vicente—. Pero ha servido de algo, porque me doy cuenta hasta qué punto soy una persona libre y tú no lo eres. A tu hija la liberaron, pero tú sigues secuestrado, amarrado a un trabajo que odias, pero que te da prestigio y seguridad, atado a un matrimonio posiblemente no muy feliz, encadenado por tus costumbres y creencias y viviendo una vida en función de expectativas ajenas. Ya no me conformo con las migajas porque merezco algo mejor que eso. Ingenuamente creí que sería posible vivir una historia contigo, pero ni siquiera eres capaz de verme por las noches.

Y Vicente, como un autómatas, repetía otra vez que lo sentía. No pasó nunca de ahí, porque ese resultó ser todo su vocabulario, bueno, no todo, porque antes de cortar el muy cínico todavía me dijo:

—Te mando muchos besos.

—¡Vete al carajo! ¡Métete tus besos en donde el sol nunca llega! —le grité con todas mis fuerzas.

Ya ni siquiera lo mandé a la mierda, porque para mí ya estaba ahí.

Ciudad de México, 1998

9 de octubre

Había sido un día normal en el despacho. Era temporada alta y la mayoría de los consultores, incluyendo a los socios, estaban casi día y noche con sus clientes, y la oficina lucía poco menos que desolada. Pero quienes sí estaban eran todas mis compañeras, aunque también muy ocupadas en sus respectivas computadoras. Había un silencio casi táctil. Solo se escuchaba el zumbido de las impresoras. Ciertamente era que el despacho me había robado parte de mi tiempo y no había manera de equilibrar mi vida privada con el enorme desgaste que representaba trabajar ahí. Ese trabajo me estaba matando en más de un sentido.

Uno de mis deberes en la oficina era convencer a los empleados de mi departamento para que se quedaran, cuando se presentaba algún tipo de crisis y querían renunciar, pero en honor a la verdad, si hubiera podido decirles que se fueran, que recuperaran su vida y buscaran trabajo en una compañía menos nociva, lo habría hecho.

Observaba a Vicente entrar al despacho, donde tenía una oficina compartida con alguien más. Él también podía verme y casi siempre me saludaba, pero hacía tiempo que había dejado de hacerlo. Yo aún pensaba que era debido al exceso de trabajo y al estrés, pero eso ya se había repetido innumerables ocasiones y seguiría pasando después. Me preguntaba qué le habría hecho para que me tratara de esa forma tan despectiva y me ignorara sin razón aparente. No podía mentirme: su rechazo me dolía como una daga en el pecho. Los siguientes días resultaron insostenibles, y en busca de consejo hablé con mi amiga y colega Ester, la única que estaba al tanto de la situación.

Me tomó en sus brazos, consolándome y dejándome llorar, pero me dijo, muy segura de lo que hablaba, que la razón por la que él actuaba así era clara.

—Vicente te tiene miedo y por eso se aleja.

Yo, todavía hoy, no acabo de creerle.

Ginebra, 2018

20 de febrero

Necesitaba tiempo, coraje, dulzura y algo que me sirviera de pegamento para juntar, uno a uno, los pedazos en los que me había convertido. Me sentía muy tonta, incluso ridícula y estúpida. ¿Cómo se me había ocurrido imaginar que tendríamos una oportunidad de estar juntos? Cuánta ingenuidad hubo en mí, y me apenaba aún más cuando recordaba que Vicente me decía que quería estar conmigo, que no me dejaría ir de su vida.

En fin, ya no tenía edad para creer en cuentos de hadas, pero eso fue exactamente lo que pasó: viví en un cuento de hadas, en una fantasía, la historia de la Caperucita y el Lobo Feroz, solo que, en la auténtica historia, el lobo termina comiéndose a la Caperucita, sin más ni más.

A pesar de todo, no creo que Vicente haya tenido malas intenciones. Tal vez ambos nos habíamos dejado llevar, pero teníamos en mente diferentes objetivos. Y, como dicen, la vida sigue y yo con ella, lo cual significa que tenía muchos proyectos pendientes y que tendría más tiempo para dedicarles. Por ejemplo, como mis hijos ya no vivían conmigo, transformé su cuarto en un espacio para meditar, escribir, acomodar mis libros y al mismo tiempo ser cuarto de huéspedes. Mis padres y mi hijo mayor participaron en esta pequeña remodelación, la cual, curiosamente, me llevó a pensar en que tenía un símil con los eventos experimentados, pues no se trataba únicamente de un ejercicio estilo Marie Kondo, ni de deshacerme de cosas que ya no tenían un lugar en mi vida: al cambiar el cuarto cambiaba algo más. Dejaba ir para que lo nuevo pudiera entrar; hacía espacio para que la energía pudiera circular. Fue cerrar un círculo, declarar terminada una época en nuestras vidas, pero al mismo tiempo representó la introducción de una nueva fase donde mis hijos, trabajando y viviendo en otras ciudades, dejaron el nido para comenzar a volar con sus propias alas. Se trató del momento de recuperar mi espacio.

Y es que un fin evoca automáticamente un nuevo comienzo.

Resultó que me sentí mejor de lo que había pensado. Logré poner mi dolor un poco de lado para disfrutar las pláticas con mis padres, la cocina de mi mamá, la presencia de Balam, la agitación de las compras y el nuevo mobiliario. Había momentos en los que apenas tuvimos lugar donde sentarnos; que se necesitaba la habilidad de un equilibrista para poder circular en el departamento, porque la convivencia de las cosas viejas con las nuevas se hacía con dificultad.

Incluso tuve que dormir en el sofá, en la sala, entre las cajas que contenían los nuevos armarios. Al final todo valió la pena, porque la remodelación quedó hermosa, y una vez concluida también dio oportunidad al libro que quería escribir. Estaba lista para seguir con la escritura. Solo necesitaba un proyecto que me gustara, que me apasionara. Y estaba decidida a tomar el asunto en serio y dedicar tiempo a escribir. Ese fue, sin duda, el mejor momento para hacerlo.

De hecho, para cuando comenzó la remodelación, yo ya había comenzado a escribir y estaba ensayando algún tipo de relatos acerca de los empleos que había tenido y algunas anécdotas

relacionadas con eso. Ese tema lo tenía muy claro, lo dominaba a la perfección, pero fue entonces cuando se me ocurrió comenzar un segundo libro.

Quería escribir una historia de amor, más exactamente nuestra historia de amor. En el curso que tomé no recomendaban trabajar en dos libros al mismo tiempo, pero sentí la necesidad de comenzar el segundo a manera de terapia. Al final de cuentas, estaba en condiciones de soltar el primer proyecto y hacer del segundo mi prioridad.

Entre más pasaba el tiempo, más energía me daba la idea, se transformó en chispa que encendió la madera. Era mi salvavidas, algo que me mantenía a flote y con la cabeza fuera del agua. Sí, eso era lo que necesitaba, y ahora que lo tenía suficientemente claro, otra vez fluyeron las lágrimas, pero esta vez no de tristeza.

¡Entonces, manos a la obra!

Lyon, 9 de marzo

Por fin fui a ver a mi hijo en Lyon, ciudad en la cual vive desde hace varios años, pues ahí estudió y después también consiguió trabajo. La verdad es que estoy sumamente orgullosa de mis hijos. Son muchachos responsables, capaces de reflexionar y analizar antes de tomar decisiones, además de ser respetuosos y saber poner límites. Por si fuera poco, se interesan por muchas cosas y tienen muy buenos amigos.

Siento una satisfacción muy particular porque les pude dar una herencia bastante inhabitual y rica, en parte por haber nacido en México y mantener contacto con su familia paterna, la cual se dedica a la siembra del café en un pueblo de Guerrero, en la Costa Grande, pero también porque han convivido con mi familia en Bélgica, que es un mundo totalmente diferente en todos los aspectos. Ellos han vivido en una de las ciudades más pobladas del mundo, y considero que todo esto constituye un legado que vale mucho más que cualquier cantidad de dinero.

Mi hijo Iktan es técnico en laboratorio y consiguió trabajo incluso antes de recibir su diploma. Ya tiene cuatro años viviendo en Lyon, donde se siente muy a gusto. Creo que esa ciudad le atrae porque tiene un montón de historia y sus edificios son testigos de las épocas monárquicas; además, es la capital de la gastronomía francesa. Al tratarse de una ciudad universitaria está habitada en su mayoría por gente joven.

Entonces, otra vez en movimiento, otra vez de viaje, pero esta vez a un sitio mucho más cercano. Dejé la oficina a buena hora para llegar con anticipación a la estación del tren en el centro de Ginebra. El tren ya estaba esperando en el andén y me instalé en uno de los vagones. Era un tren de otra época, de esos que evocaban las novelas de Agatha Christie, con un estrecho pasillo a lo largo de los compartimentos, cada uno de los cuales está equipado con ocho asientos, cuatro de cada lado, y con una puerta corrediza que los separaba del pasillo. Siempre me ha gustado este tipo de trenes, porque sugieren un ambiente familiar. Me parecen más acogedores y menos ruidosos, pequeños cuartos que hospedan a los pasajeros durante el trayecto.

Ya sabía cómo iba a pasar el rato en el tren, y había sacado mi laptop para seguir escribiendo. Escribir se había convertido en una especie de meditación, un ejercicio terapéutico cuya ejecución no tenía precio. Yo era la segunda persona a bordo. A un lado de la ventana estaba ya un hombre

más o menos de mi edad, a quien saludé brevemente. Después llegaron los demás, y comenzaron a distribuirse entre los asientos disponibles. Apareció un hombre joven que llevaba bastante equipaje y que se sentó a mi derecha. Se veía agitado, muy inquieto y también muy guapo.

Al poco rato llegó un estudiante, un joven guapo también, que se sentó a mi izquierda. Me recordaba un poco a mi hijo menor, pues era delgado, fino de rasgos y se veía serio y estudioso. De inmediato sacó un montón de libros, su laptop y se desconectó del mundo para sumergirse en el material que tenía enfrente.

Poco antes de la salida del tren, llegaron tres chicas que charlaban en tono ameno; cargaban pesadas maletas. Todos los hombres se levantaron galantemente para ayudarlas a acomodar el equipaje y yo cambié mi maletita de lugar para hacer espacio. Ya estábamos todos bien instalados cuando llegó el último pasajero, un hombre que también se veía simpático y serio.

El tren comenzó a deslizarse sin mayores problemas, y todo indicaba que cubriría normalmente el trayecto de dos horas hasta Lyon, donde me esperaba mi hijo, a quien no veía desde las fiestas navideñas y con quien pensaba cenar tranquilamente a mi llegada. Pero a veces no todo sale como queremos y minutos después una voz por los altavoces nos indicaba que había un problema y que el tren se quedaría parado por más de una hora. Todos en el compartimiento volteamos a vernos, más o menos desolados, menos el hombre de la esquina, quien se veía muy tranquilo. Tomaba ese tren a menudo y no era la primera vez que eso ocurría, nos comentó después. El estudiante a mi lado lo tomó igualmente con filosofía y siguió con la mirada fija en sus libros. Pero el que sí estaba irritado era el guapo que iba a mi lado, pues ya cargaba sobre sus espaldas un largo viaje y tenía ganas de llegar a su destino. Era comprensible.

Las más preocupadas eran las tres chicas frente a mí, pues Lyon no era su destino final y tenían miedo de perder sus respectivas conexiones. La chica del pelo largo estaba sumamente preocupada pues necesitaba llegar a Montpellier para dar una conferencia al día siguiente. Esos detalles, que cada uno de los presentes iba revelando de sí, nos dieron pie para profundizar en las conversaciones y los ocho creamos cierto lazo afectivo que no se hubiera desarrollado si el tren hubiera seguido su trayecto con normalidad.

Yo estaba tranquila porque había logrado comunicarme con mi hijo, y en esas estaba cuando uno de los pasajeros me preguntó qué estaba escribiendo, a lo cual, con un poco de pena, contesté que redactaba un libro. Y claro, la siguiente pregunta que hicieron fue para saber de qué trataba.

Mala idea, no me conocían y no sabían que cuando me pedían hablar sobre un tema que me apasionaba ya no podrían callarme.

—Usted sí sabe contar una historia. Si platica de esta manera en una conferencia de prensa, su libro será un gran éxito —me dijo más tarde una de las chicas, embobada por lo que les había contado. Y mientras agradecía el cumplido con el rostro sonrojado, indagaron si iba a hacer una traducción al francés. Incluso, el señor de la esquina hasta me regaló su tarjeta para que le mandara una copia del libro.

Pero el fantasma de Vicente también había permeado en la concurrencia, y uno de los jóvenes, casi sin voltear a verme, me hizo una fina observación, que en realidad se trataba del hilo conductor de la historia que yo escribía, y ahora que lo pienso bien el momento oportuno al lado de Vicente simplemente no existía ni existió ni por asomo.

—Su Lobo Feroz parece ser el personaje que siempre llega al último momento —dijo con desparpajo mi joven compañero de viaje.

Sin sentirlo, habíamos llegado a Lyon y mis nuevos amigos me aseguraron que gracias a mi historia el tiempo había pasado más rápidamente y de manera agradable. Cansada pero contenta llegué entonces al hotel, aunque ya no tendría tiempo para cenar con mi hijo, quien iría a verme al día siguiente.

El sábado por la tarde Iktan y yo fuimos al cine a ver *La forma del agua*. Ni siquiera estaba al tanto de que había sido la ganadora del Óscar por la mejor película, pero disfruté enormemente esa hermosa e increíble historia de amor, pues contenía el mensaje de que todo era posible y que el amor nos hacía grandes, fuertes y valientes. Elise, la protagonista, antes de conocer y enamorarse de una criatura monstruosa, era una persona casi invisible, con un trabajo humilde, viviendo en un departamento viejo y pequeño, con pocos amigos. Además, era muda, pero a pesar de todos los inconvenientes y de lo terrorífico de sujeto de su amor, se conectó de una manera extraordinaria con este ser poco común y vivió una historia de pasión inesperada.

Ese amor tan grande la empujó a tomar decisiones que salían de lo ordinario y a superar sus miedos; la llevó a tomar riesgos, a luchar y vencer para que el encuentro de dos almas, de dos corazones biológicamente distintos, pudiera suceder de cualquier manera.

La película me impactó y a la fecha me recuerda que no obstante nuestras circunstancias, un gran amor es siempre posible. Hace que me venga a la mente lo que dijo el poeta sufí Rumi: «Ser amado nos da mucha fuerza y amar profundamente nos da valor».

Inevitablemente mis pensamientos volvieron a Vicente, y mi propia historia hacía que me identificara con Elise, porque al igual que ella yo soy capaz de todo, o casi de todo, por amor. Vicente prefirió quedar atado a sus elecciones pasadas, prisionero de la vida que escogió y no quiso darnos una oportunidad.

No me escogió a mí, cierto, pero tampoco se eligió a él.

Ciudad de México, 1999

20 de mayo

Los meses trabajando en la Embajada pasaron volando. En realidad, fue un buen capítulo en mi vida profesional, una experiencia que me regaló muchas satisfacciones. Había días en que trabajaba hasta las nueve de la noche, pero no me era pesado en absoluto, porque me gustaba lo que estaba haciendo. El contacto con la gente y conseguir citas para los empresarios belgas, después de muchas llamadas y esfuerzos, me agradaba bastante.

Lo mejor de todo fue que ese trabajo me permitió seguir adelante, dejar atrás la experiencia en el despacho, y me ayudó a no pensar en Vicente y solo guardar de él un recuerdo lindo. Eso a veces se torna difícil cuando no se tiene la oportunidad de aclarar las cosas, de cerrar círculos y entender a la otra persona.

Pero todo lo bueno parecía durar poco, y a finales de marzo la misión en la Embajada terminó. Era momento de tomar un descanso y pasar un tiempo en casa, disfrutando de mis hijos, lo cual también duró bastante poco, porque unas semanas después encontré un anuncio en el diario en el que ofertaban un puesto de trabajo para una agencia de la ONU, para el cual me recomendaría Esther, quien había renunciado a esa vacante para aprovechar una gran oferta para irse al sector privado. Qué extrañas son a veces las vueltas que da la vida, ya que Esther y yo éramos colegas en el despacho y ahora estaba a punto de tomar su lugar en otra organización. Gracias a su recomendación, pero también a mis propias habilidades, casi de inmediato me encontré trabajando en una oficina de Polanco, que además estaba muy cerca de la escuela de mis hijos. Tenía horarios flexibles y decentes que me permitían llegar a casa a buena hora y pasar tiempo con la familia. Se trataba de una oficina muy pequeña y muy rápido pude entablar amistad con las dos consultoras y con el chofer.

Aún había momentos en los que pensaba en Vicente, pero me daba cuenta de que ya se me había pasado el enamoramiento, aunque eso no era impedimento para que pudiéramos frecuentarnos como amigos. Había pensado en hablarle para comer o tomar un café. Realmente quería saber por qué me había rechazado y se había portado tan frío en los últimos meses, así que, después de pensarlo un poco más, le marqué. La primera llamada no tuvo éxito, pero poco después recibí en mi celular la llamada de Vicente, quien, desde el otro lado de la bocina, eufórico, me regresaba el saludo. Bueno, pues esto es lo que es, me dije entonces, y al final pudimos quedar en una cita. Era un nuevo acercamiento, esta vez en un tono amistoso, pero que yo esperaba nos diera pie para seguir tratándonos con alguna regularidad. Aunque debo confesar que la principal intención que tenía era aclarar por qué me había dado la espalda.

Por fin llegó el día de nuestra reunión, y Vicente me puso al tanto de todo. Por él me enteré de

algunas sorpresas. La primera era que ya no trabajaba en el famoso despacho donde nos conocimos y ahora estaba más que contento con su nuevo encargo. Entonces, terminadas las minucias, me lancé en directo a preguntarle por qué me había dado el trato frío durante las últimas semanas que estaba en el despacho.

—Es que te tenía tanto miedo... Eras una tentación tan grande que, si no te hubiera dado la espalda tan bruscamente, iba a caer, y me daba cuenta de las consecuencias que esto hubiera tenido, y pensé que no podría vivir con eso —me dijo Vicente, esta vez sin vacilaciones.

En efecto, la situación no era fácil. Ambos estábamos casados y teníamos niños pequeños. Lo que él no sabía es que yo estaba dispuesta a botar todo, a dejar todo por él, o al menos eso era lo que creía en ese tiempo. Resulta que para entonces yo ya no estaba muy feliz con mi matrimonio, y de hecho ya lo había dado por terminado.

Pero durante esa cita algo me indicó que Vicente y yo siempre tendríamos una relación muy particular, que no podíamos definir ni ponerle etiqueta.

Y, la verdad, así estaba perfectamente bien.

Ciudad de México, 2018

21 marzo

Llegó el día. Me levanté a las cinco de la mañana, pero afortunadamente había dormido bastante bien. Mi rutina comenzó con la meditación y después me aboqué a checar la lista de las cosas que tenía pendientes antes de salir de casa: regar las plantas, una palomita; sacar la basura, otra palomita; preparar los sándwiches, palomita; cerrar las llaves del agua, una palomita más.

Maletas listas. Papeles listos. Dinero listo. Palomita, palomita, palomita.

Por fin apagué las luces, eché doble llave a la puerta y bajé con mis tres maletas justo en el momento en el que el taxi llegaba. Tenía sentimientos encontrados sobre el viaje, aunque por supuesto estaba emocionada por ir, contenta de volver a ver a mis amigos y saborear los antojitos que tanto me gustan, de recorrer las calles de la Condesa, simplemente bañarme en esa energía con la cual estoy en consonancia. Pero el plan cambió. Se suponía que vería a Vicente y pasaríamos un tiempo juntos, incluso estaba segura —antes de la llamada fatal de febrero— de que íbamos a pasar a una etapa superior, pero desde nuestro desencuentro lo único que sucedió fue este mes de silencio.

Durante el vuelo miré una comedia romántica y la película en cuestión me recordó un poco la historia entre Vicente y yo, porque los personajes se enamoraban a pesar de ellos, sin buscarlo, sin quererlo, y ese amor lograba cambiar sus vidas. Bueno, ¿no sería esa la receta básica de las comedias románticas? ¿Y por qué será que siempre hay un final feliz? ¿No será más bien un comienzo feliz?

Sigo pensando en Vicente, con quien no quería un final ni triste ni feliz. Yo solo deseaba que el final nunca llegara. ¿Sería capaz de poner de lado mi orgullo, mi ego, mis heridas y mi dolor para abrirme otra vez, tomar la iniciativa y contactarlo a pesar del miedo al rechazo? ¿Podría simplemente dejarme llevar por mis sentimientos sin mirar atrás ni hacia el futuro y sencillamente estar presente en el ahora? Cuando el avión tocaba suelo mexicano, casi lloré de felicidad. Siempre que viajo a México experimento ese efecto y esta ocasión no fue la excepción. Por fin había llegado, y estaba de nuevo en casa.

22 de marzo

La Ciudad de México siempre ha sido un hogar para mí, y me resultaba bastante extraño imaginarme que estaba respirando el mismo aire y caminando por las mismas calles que Vicente. Me sentía muy cerca, aunque bien sabía que nunca antes habíamos estado más lejos, más distantes. Sin embargo, a pesar de una cierta melancolía, me sentía bien porque todo me resultaba más fácil

aquí y podía dejar de lado mis dudas, mis problemas, las angustias, mi tristeza con menos dificultad que en Ginebra.

En México la vida me parecía más positiva y alegre. Yo misma me percibía optimista y ligera. Era como si pudiera poner cualquier cosa que no funcionara en una cajita cerrada, bien guardada en el sótano mientras disfrutaba de la vida porque había accionado una tecla de pausa, o incluso una que borraba lo que no estaba bien.

No sé si esa sensación se debía a que el sol se esforzaba en brillar más o porque la comida tomaba tanto espacio en la vida social y alimentaba no tan solo el cuerpo sino también el alma. En fin, no lo sé, pero el caso es que en verdad estaba más liviana y tenía la certeza de que todo saldría bien. En ese momento me quedaba en casa de Nayeli, quien se esmeró muchísimo en hacer que mi estancia en su hogar me fuera lo más placentera posible. Antes de irse a trabajar, me entregó un juego de llaves y me presentó con Felipe y Vicente, los guardias del edificio —vaya coincidencia con el nombre de uno de ellos—. Después me llevó a dar un pequeño recorrido por la zona para que me familiarizara un poco con ella y pudiera ubicar tiendas, cafés y restaurantes cercanos.

De regreso a casa, me detuve para comprar algunas frutas. Había visto piñas y papayas que me habían hecho agua la boca, porque estaban frescas y olían muy bien. En Ginebra, no es muy frecuente encontrar este tipo de fruta, además de que es excesivamente cara, tanto que cuando me animo a comprar una, ciertamente casi se me hace un hueco en el monedero.

Entrar en esa tiendita resultó un acto tan sencillo, algo tan banal, tan cotidiano, pero que me produjo un placer enorme. Hacer un poco de plática con el vendedor, sentir la piel lisa de la papaya y dejar que mi nariz se llenara del aroma perfumado de la piña es algo que no tiene precio.

Mi segunda parada fue en un comedor simpático y sencillo donde ofrecían paquetes para desayunar. El único problema que tuve sucedió cuando me vi frente al dilema de escoger entre chilaquiles, enchiladas, huevos en diez diferentes estilos y alguna que otra especialidad más. Todo se me antojaba, porque hacía tiempo que no había probado nada de eso. La última vez fue en mi último viaje a este amado país. Finalmente, me decidí por los chilaquiles y un café. Para rematar pedí una concha. No había hecho muchos planes y me daban ganas de dejarme llevar, pues no había prisas. Estaba de vacaciones, ¿qué no?

Por la tarde había quedado de comer con Noemí, a quien le conté acerca de mi nueva ocupación como escritora. Ella, que sabía todo de mis proyectos, se me quedó viendo muy escéptica, pues bien sabe que yo elaboro mil planes y muchos de ellos no los llevo a buen fin, o los dejo truncos.

Mientras ella batallaba con un plato de nopales, yo le fui contando cómo es que me había decidido y cómo me estaba preparando para hacerlo de la mejor manera posible. La escritura ha sido terapéutica, algo que recomiendo a todo el mundo, pues nos da la oportunidad de sacar el dolor, de confiar nuestras emociones negativas al papel. El papel es muy paciente y tolerante, nunca juzga. La escritura acomoda los pensamientos, las experiencias y la manera en que las vivimos, pues es liberadora y sana incluso nuestro cuerpo. A mí me ha ayudado a entender que nada es para siempre, que todo pasa y que en realidad el concepto de malo o bueno es solo una cuestión de opinión, una manera de ver las cosas. Al final, todo lo que se presenta en nuestra

realidad es aprendizaje y todo está ahí para nuestro crecimiento.

Más tarde vería a más amigos y con ellos recorrería la ciudad para probar todo tipo de manjares. Extrañaba las margaritas tanto como a Vicente, a quien de tanto en tanto evocaba.

Mi primer día en la Ciudad de México terminó y mi último pensamiento lo dediqué a él. Me preguntaba si él adivinaría, o intuiría de algún modo, que yo aún pensaba en él. Lo más seguro es que sí.

23 de marzo

Mi amigo Mauricio había preparado una excursión a un lugar en el que, según su paladar de conocedor, hacían el mejor café del país. Por supuesto, yo me apunté de inmediato, pues este viaje tenía como uno de sus fines explorar y descubrir, dejarme llevar en la aventura de seguir conociendo el país.

El propio trayecto al restorán representaba en sí una buena aventura, pues se situaba en un enorme mercado. El viaje implicaba sortear pequeños desafíos a diestra y siniestra, pero si en verdad uno quería probar el famoso café, había que resolverlos. El primero fue encontrar un lugar para estacionar el auto. Después de algunas vueltas encontramos un espacio, aunque un poco retirado. Pude ver que los comerciantes acomodaban con habilidad sus mercancías y que algunos barrían sus locales o tendejones. Una vez más el aroma del paraíso llegaba hasta mi nariz; otra vez podía identificar las piñas y las guayabas, colocadas como en un abanico debajo de las piñatas de colores vibrantes, que representaban cualquier cantidad de personajes y objetos. Se podían ver coches, héroes del cómic como Supermán, Blanca Nieves, una serie de grotescos enanos, unicornios, hadas, caballos y algunas figuras que se parecían a los muñecos eternamente enamorados, Barbie y Ken, en su mejor época. Todos nos recibían siempre sonrientes, pero silenciosos.

El sentido de orientación de Mauricio era infalible y más valía que así fuera, pues yo soy la eterna perdida, y más cuando se trata de atravesar un laberinto de olores y colores, de figuras fantásticas y tanta gente que acude a ese mercado cubierto de lámina y que en su corazón alberga un minirestaurante construido con madera laqueada blanca y roja. Creí que habíamos llegado a una especie de bosque mágico y que hasta sería posible encontrarme a los siete enanos o a un príncipe en busca de una princesa dormida a la vuelta del establecimiento. Lo más encantador y mágico era el aroma de un café recién tostado y preparado, que me había seducido desde el principio. ¡Claro!, ayudada por una orden de enchiladas rojas con pollo y crema.

El café no creo que haya sido el mejor del mundo, pero fue, por supuesto, una bebida excelente.

De regreso pasamos a la casa de retiro donde estaba mi amiga y compatriota Cornelia, y a quien consideraba mi segunda madre. Nos hicimos amigas ambas cuando trabajamos en la Embajada, mi primer empleo cuando llegué a México en 1987. Eso sucedió antes de casarme y nuestra amistad prevaleció incluso por encima de las brumas del tiempo. Ella es brillante y lúcida, y siempre me platica sobre la situación política en México y da su punto de vista. Yo, pues... le platiqué un poco sobre Vicente, a lo que ella, sin rodeos, me dijo exactamente lo que

pensaba.

—¡Ay, mi 'jita! ¡Sabes muy bien que nunca va a dejar a su esposa!

Y aunque me dolió escuchar eso, debo reconocer que ese tipo de verdades me abrían los ojos cada vez más y me enseñaban valiosas lecciones. Pero si era así, ¿por qué mi insistencia en volver a ver a Vicente? Camino a casa, la música de Timbiriche sonaba en el auto de Mauricio y un par de buenas canciones me pusieron a pensar otra vez en mi ausente Lobo Feroz, lo cual no me ayudó a dormir muy bien. El recuerdo permanente del hombre junto con el cambio de horario me hicieron despertar a medianoche con una idea rebotando en la cabeza, y que tenía que ver con uno de mis mejores recuerdos con él. De pura casualidad me había enterado de que Timbiriche daría algunos conciertos en la ciudad, y al checar en internet me vi que aún había boletos disponibles.

¿Y si compro dos?, ¿y si invito a Vicente?

Mis viajes a México siempre son interesantes y sorprendentes, pues cada uno me han enseñado a ser flexible y a aceptar los cambios. Este viaje no fue la excepción y estaba dispuesta a dejarme llevar y a tomar riesgos; simplemente iba a vivir con intensidad y permitirme ser más espontánea.

Dos horas más tarde el sueño se había reconciliado conmigo.

24 de marzo

Aquí me movía al compás de otro ritmo y, por lo mismo, a veces sentía que perdía el tiempo, pues tenía muchos momentos en los que no hacía nada. Había momentos en que olvidaba que eran mis vacaciones y que estaba en México para descansar, leer o solamente ser observadora y contemplativa. Esas actividades que implican poca acción son igualmente importantes porque nos ayudan a centrarnos y a calmar el espíritu, y dejan que nuestro corazón palpite al ritmo de la propia vida.

En cuanto entré al restaurante La Poblana de Tacubaya la decoración de guirnalda de papel picado de todos los colores que colgaban del techo llamó mi atención, al igual que un mural que representaba a los personajes más importantes de la historia mexicana, que se juntaban alrededor de una mesa para comer las viandas del restaurante. Reconocí a Hidalgo, a Frida Kahlo recargada sobre el pecho de Diego Rivera, a la Adelita en compañía de Emiliano Zapata. Hasta Juan Gabriel aparecía cantando una ranchera para la concurrencia de famosos. Completaba el cuadro gastronómico el cielo azul y la gigantesca presencia del Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Ahí, en La Poblana, había café de olla. La primera vez que probé ese tipo de café fue en casa de mis exsuegros, cuando mi exesposo me presentó para anunciarles que nos íbamos a casar. Me acuerdo de que mi suegra y sus hermanas competían entre ellas, porque todas pensaban que el café que cada una preparaba era el mejor. Creo que ese era el único motivo de discordia entre ellas, aunque en una familia de cafetaleros es un tema de controversia eterna. Aún recuerdo la olla con el café encima del fogón de leña, hirviendo suavemente por horas, soltando su perfume envolvente.

Estaba convencida de que invitar a Vicente a ver a Timbiriche era una buena idea, pero una vocecita me susurraba que debía buscar los argumentos adecuados para llamarlo y decirle que tenía ganas de verlo.

Gabriel, con quien desayunaba en ese momento, me interrumpió en aquel monólogo que ya se había hecho eterno y hasta enfadoso, para decirme que no me anduviera por las ramas.

—Escríbele ahora —me dijo, mientras atacaba su plato de *hot cakes*, cubiertos salvajemente de miel.

Era sábado y Vicente debía estar con su familia, por lo tanto, consideré que no era buen momento para contactarlo. Además, por algo nunca nos habíamos escrito en ese día.

—Tú, escríbele —insistió Gabriel, con la boca atiborrada de miel.

—Es sábado —musité apenas.

—Por eso —atajó—. Si escribes entre semana seguro te contesta algo, pero un sábado significa un desafío más grande, está en casa con su familia. Tendrá que usar todo su ingenio para contestar. Una respuesta en sábado te dará más información, te va indicando mejor su estado de ánimo. Si él espera hasta el lunes tendrás otros indicadores. La cuestión aquí no es lo que te conteste, sino a qué hora o cuándo te contesta.

Órale, no había considerado el asunto desde ese ángulo.

—Sale, ayúdame a redactar el mensaje —le dije entonces.

El mensaje, que elaboramos entre los dos, resultó sencillo y muy directo. Casi a bocajarro le anunciaba que ya estaba en la Ciudad de México y que iría al concierto de Timbiriche. «¿Quieres acompañarme?», le preguntaba al final.

Ahí va, entonces. Enviado. Una palomita gris. Dos palomitas grises. Ahora a esperar. La verdad es que me moría de los nervios y eso me alteraba hasta el aliento, me aceleraba el corazón y lo ponía casi fuera de control. De pronto escuché el sonido que indicaba la llegada de un Whatsapp. Estaba tan emocionada, tan excitada, que no quería ni abrir mi celular, y mucho menos ver el mensaje.

Suspiré profundamente, cerré los ojos dos minutos y lo abrí. Era un mensaje de una de mis amigas. No sabía si sentirme defraudada o aliviada.

Comenzó a no parecerme tan buena idea el haberle enviado el mensaje, pero pues ya lo había hecho, así que no me quedaba más que apechugar.

Después del almuerzo, me despedí de Gabriel y caminé hasta llegar a Parque México. Los canófilos se habían reunido como de costumbre, las parejitas se abrazaban como si el mundo fuera a terminar y noté algunas chicas platicando amenamente en los bancos de este pequeño pulmón en mitad de la ciudad. Frente a estas escenas apaciguadoras logré calmar los nervios un poco. Bueno, un poco y medio.

Lo que tanto temía, pero al mismo tiempo deseaba tanto, sucedió más tarde, cuando me disponía a comer algo. A la mitad de la sopa, sonó la notificación de mi celular.

«Sí, lo sé. Bienvenida a esta hermosa ciudad. Que disfrutes tu estancia. No puedo acompañarte al concierto. Lo siento. Pero está genial. Te vas a sentir como si tuvieras veinte años otra vez».

Me quedé muda después de leer tres veces la respuesta. Lo sentí frío, demasiado formal, como si no nos conociéramos. Cerré mi teléfono y dejé que el mensaje penetrara en mi cabeza, en mis sentimientos, tratando de asimilarlo y verlo por un ángulo más positivo.

Para empezar, había sido directo y claro, igual que mi mensaje. Además, contestó bastante pronto, aunque a mí me pareció una eternidad la espera, objetivamente hablando no fueron más de

78 minutos. Y si su estilo había sido parco, no era para cortarme las venas, pues él siempre había sido así. Además, no debía perder de vista que hacía más de un mes que no habíamos tenido ningún contacto, así que sería absurdo que pretendiera recibir un poema de amor de veinte versos.

De hecho, cuando lo pensé bien, caí en la cuenta de que no era tan frío, pues me daba la bienvenida confirmando que se acordaba de que ya había llegado a México. Tal vez le habría gustado ir conmigo al concierto, pero aclaró que no podía, y eso yo misma lo sabía ya. Claro, me sentí un poco decepcionada y triste, pues me habría encantado que la respuesta fuera un rotundo sí, pero tampoco era para tanto. Lo importante era que había vencido mis miedos y habían triunfado el amor, el valor y el coraje.

Pero ese intercambio de mensajes no terminaría ahí, pues unas cuantas horas más tarde Vicente me envió un emoticón: un corazón rojo roto. Me esperé un rato pensando que llegaría otro mensaje. Nada. Todo mundo sabe lo que significa este símbolo, pero no encontraba relación alguna con los mensajes que recientemente nos habíamos enviado. Me sentí como enfrentada a los jeroglíficos de las pirámides sin tener las herramientas para descifrar el código.

En el universo de mensajería instantánea uno necesitaba interpretar con cautela y conocimiento de causa. Las cosas no siempre son lo que parecen. Sin embargo, haya significado lo que hubiera sido, me invadió una gran tristeza y ganas de llorar. ¿Cómo una sola imagen podía causar ese efecto? Entendía que no era realmente mi dolor lo que provocaba esa aguda melancolía, sino otra cosa. Intuitivamente sabía que él estaba triste y que le habría dado gusto acompañarme. Mi invitación le debía seguir dando vueltas en la cabeza.

La tarde, que se antojaba placentera y maravillosa, ya no tenía sentido. Incluso el té que estaba tomando de repente hasta perdió el sabor. Me quedé estática, de una pieza, aunque finalmente decidí escribirle a algo que me salía del corazón y que sentía muy fuerte en ese momento.

«Si supieras cuánto te extraño», le puse.

«Yo más», fue la respuesta de mi querido Lobo Feroz.

Ahí estaba. Nos extrañábamos mutuamente. A veces me preguntaba qué es lo que realmente extrañaba, si a la persona en su totalidad o a quien me escuchaba sin juzgarme; a quien recuerda todo lo que digo al detalle, o al que me lleva tequila cuando la vida me da limones. Me pregunté también qué era lo que él extrañaba de mí, y concluí que a veces pensamos de manera demasiado convencional y nos formamos una idea sobre lo que tiene que ser el amor. En esos momentos me preguntaba si había amor en situaciones donde a primera vista pensábamos que no por culpa de nuestros conceptos, de las ideas fijas que nos acompañan siempre y de nuestros muy particulares modos de ver el mundo. ¿No será que había amor en nuestros momentos de convivencia, en nuestra complicidad, en nuestras pláticas, en nuestras videoconferencias chuscas y a veces cachondas? ¿No será que había amor en todo lo que nos procuraba bienestar, aunque fuera momentáneo?

Nuestro problema estaba en la falta de claridad, pues yo quería algo que él no podía darme y ese malentendido nos separó por mucho tiempo.

25 de marzo

Por la madrugada recibí otro mensaje de Vicente, aún más enigmático que aquel del corazón roto. Una cara feliz y otra con expresión triste al lado, y nada más. ¿Qué me quería decir con eso?, me sacaba completamente de onda. ¿Estaría feliz o triste? Decidí que nunca lo sabría y que era mejor concentrarme en los planes más inmediatos, que incluían mi mudanza a un hotel en la Condesa.

28 de marzo

Sonó la alerta de mensaje de Whatsapp. Era de Vicente:

«Hola, ¡buen día! ¿Aún estás en la Ciudad de México?».

Era aún muy temprano y yo pagaba el precio de haber bebido demasiadas margaritas la noche anterior. Le respondí que sí, que ahora estaba en la Condesa y que me iría hasta el 8 de abril.

«¿Tienes plan para hoy?, ¿aceptarías una invitación a comer?», me preguntó.

El dolor de cabeza apenas me permitía pensar. Finalmente logré decirle que no, pues ya tenía otros compromisos pactados. De todas maneras, le dije que otro día estaría bien, pero también impuse mis condiciones.

«Se me ocurre que me gustaría un picnic al aire libre en el parque y dar una vuelta en bicicleta. Sería un desafío, pero divertido. ¿Qué propones tú?».

La verdad tenía ganas de algo interesante y original, que demostrara un cierto grado de investigación anticipada, incluso. Pero no, no sería así porque el plan de Vicente era un restaurante. En fin, mi resaca era más que insoportable como para poder pensar bien, y no sé cómo, cuando él propuso que buscaría algo rico para comer, yo, sin pensarlo demasiado, le escribí un comentario absolutamente desinhibido.

«Más bien, sería mejor que te pusieras feliz, porque guapo y rico ya eres».

Vicente solo atinaba a enviar caritas sonrojadas o apenadas, como respuesta a mi atrevido mensaje.

Había quedado con mis amigas para comer en Polanco. Siempre me ha gustado el restaurante Villa María. Lleva muchos recuerdos. Me encantan los refranes y mensajes chuscos y chistosos pintados en todas las paredes. La comida es muy mexicana y exquisita. Y en el camino ya estaba saboreando el Alacrán, un coctel a base de tequila, guayaba, granadina y limonada. Una delicia.

Loly se tenía que ir temprano y me quedé un poco más con Maeva. Le platicué lo que había pasado con Vicente y que me había incluso invitado hoy para comer.

—Uy, me hubieras dicho. Hubiéramos cambiado nuestra comida para otro día —me dijo, disculpándose.

—Amiga, no, de ninguna manera. Un compromiso es un compromiso. A ningún pelo en mi cabeza se le hubiera ocurrido cambiar nuestra cita de hoy. Puedo verme con Vicente otro día. No se vale hacer este tipo de cambios. Es un respeto por los demás y por mí misma. Y de esta manera, Vicente también me respetará. No voy a brincar porque él me pide hacerlo, ¿verdad? ¿Qué tal si nos dejamos seducir por unas crepas con cajeta y helado de vainilla? —y se me hacía agua la boca.

Noté el brillo en sus ojos.

—Llamo al mesero —me contestó.

3 de abril

Disfrutaba al máximo mis vacaciones, a pesar de que la situación era totalmente distinta a la que me había imaginado antes de comprar mi boleto. Había aprovechado el tiempo para ver a mis amistades más queridas y cercanas, pero el día pactado con Vicente para ir a comer había llegado y, aunque estaba contenta por volverlo a ver, sentía cierta aprehensión, pues ignoraba el estado de su ánimo y tampoco sabía a ciencia cierta de qué íbamos a platicar. No tenía ganas de hablar acerca de nuestra ruptura, y creía que él tampoco. Así que me arreglé prolijamente —me puse unas zapatillas rojas, su color favorito— y lo esperé unos minutos. Cuando llegó por mí, muy puntual, por cierto, nos dirigimos de inmediato al restaurante. Al saludarlo le di un beso en la mejilla y él, muy caballero, me abrió la portezuela de su auto. Todo me parecía muy extraño, estábamos como si nada, pero como fuera que resultaran las cosas, yo ya había planeado pedir una margarita, porque seguramente la iba a necesitar. Así pues, una vez resuelto el tema del menú, nos preparamos para hablar.

—No me fue fácil contactarte —le dije de pronto—. Eso quizá te diga que soy capaz de dejar de lado mi orgullo, mi ego, pero también mis miedos. ¿O crees que no me da miedo? Muchos me preguntaron si ya me habías contactado y les dije que no, pero además sabía que no me ibas a contactar.

—Conociéndome... —dijo él, con algo de vergüenza en la voz.

Entonces nos quedamos callados, cada uno abismado en sus propios pensamientos. Por un lado, me daba gusto verlo y platicar como antes, pero la herida estaba demasiado fresca. Aún lo quería y me dolía poder estar solamente un rato, saber que la despedida definitiva era inminente, y me preguntaba si mi corazón podría soportar ese dolor. La despedida definitiva quizá había comenzado cuando yo le di un beso para saludarlo y ahora hacíamos todo lo posible para postergarla, hablando de todo, pero sin interesarnos en nada hasta que, no sé por qué, hablamos de *La forma del agua*, la película que había ido a ver hace poco con mi hijo en Francia.

—Sí, la vi —dijo Vicente—. Me pareció buena sin ser excelente. Me divirtió fijarme en los detalles, que por cierto eran poco realistas.

—¿Cómo cuáles? —pregunté entonces, tomando otro sorbo a mi margarita.

—Pues esa película se desarrolla en los años sesenta o fines de los cincuenta, y en aquella época todo mundo fumaba, los empleados fumaban dentro de las oficinas y los lugares donde trabajaban, pero ahí todos van a fumar a un lugar afuera de las oficinas. Además, había otros detalles, por ejemplo, el tema de la homosexualidad, porque en aquel entonces era inconcebible que alguien fuera abierto sobre eso. Y luego, las pantallas y las cámaras de vigilancia... todo eso no es de la época.

Vicente me dejó impresionada. Tenía razón, esos detalles existían y honestamente no me había fijado. Yo le planteé los detalles que llamaron mi atención, como el hecho de que el agua simbolizara las emociones y que la protagonista hubiera llenado su cuarto de agua para poder estar con su amor monstruoso. Le comenté las escenas en donde pone a hervir los huevos cada

mañana, y tras decir eso no pude evitar sonrojarme, al mismo tiempo que noté que en su rostro, muy en el fondo, se dibujaba una leve sonrisa.

—Lo que me fascinó era la historia de esta mujer, su valor, su amor incondicional, su lucha, su coraje. Ella sí tenía cojones. Dejó atrás sus miedos y arriesgó todo por él. Enfrentó a las autoridades, las leyes, las reglas, las convenciones, nada la pudo parar. Venció todos los obstáculos, incluyendo su mudez. A mí me encantó la historia del amor que puede con todo y contra todo —le dije, dejándome llevar por la emoción. Pero Vicente ya no era él y eso lo noté de inmediato. Al mirar su rostro, me di cuenta de que lo había perdido. Consiguió sonreír muy forzosamente y yo me quedé con la mirada fijada en la lejanía, sin realmente ver nada.

—Hay algo que no me quieres decir —me dijo de pronto, inesperadamente. Bajando la cabeza, murmuré apenas un «sí», mientras trataba de hacer un esfuerzo por no llorar.

El silencio era profundo y quizá también simbolizaba algo. Finalmente me decidí a sacar de mi bolsa los boletos para una obra de teatro titulada *Arcángeles*, que ya había visto.

—Me gustaría que llevaras a tu familia a ver esta obra, es un musical, y creo que puede tener un mensaje bonito para ti y los tuyos. Acéptalo como una muestra de amor incondicional. Es lo que puedo hacer por ti ahora —le dije, casi sin voz.

—¿Nos tomamos la foto? —propuse de inmediato, para romper el silencio y la incomodidad del momento. Me esforcé por sonar alegre, aunque tenía un nudo en la garganta y una tristeza enorme invadía mi corazón. Entonces Vicente se acercó a mí y puso su mano en mi cintura. Yo tenía las mías sobre la mesa y tristemente ese fue el único momento en el que hicimos clic.

Sí, cierto, la foto salió bien, pero en mis ojos se reflejaba la tristeza y no pude evitar una sonrisa que en realidad estaba a punto de convertirse en llanto. Todavía me encaminó al hotel y nos abrazamos ante la puerta para después, muy sutilmente, darnos un beso apenas rozándonos los labios. No sé por qué le dije que pasara a mi habitación, si ya sabía que se negaría. El deber siempre gritará con la voz más fuerte en él. Comprendí que ese hombre estaba atado a lo que consideraba seguro y en su cabeza no cabía nada distinto. Por eso dio la vuelta para irse.

Yo percibí que incluso su cuerpo se encontraba en conflicto, pues parecía que se negaba a separarse de mí. Pero al final, el contradictorio Vicente se marchó y yo me quedé ahí, en la puerta del hotel. No había más.

Regresé entonces a mi habitación y ya adentro, sentada en la cama, me eché a llorar.

4 de abril

Es impresionante cómo cambian nuestro humor y ánimo en función del tiempo, quiero decir, del clima. Esto no significa que los días lluviosos echen a perder mis días, o que me ponga de malas si hace frío, pero el sol de la mañana siempre detona en mí una sensación de bienestar, de ligereza y optimismo. Y ahora que lo pienso, mi tiempo con Vicente fue algo muy parecido a esas mañanas.

La calidez de la mañana me ayudó a asimilar que me encontraba en una nueva etapa, tan real como que yo seguía adelante a pesar de cierta tristeza. En el transcurso de mi desencanto, conocí a Julieta, una mujer con quien hice conexión de inmediato, pues entre las dos la empatía surgió como algo natural, orgánico, sin complicaciones. Ella estaba muy bien relacionada en el mundo

editorial y tenía algunos contactos que quizá podían interesarse en publicar mi libro, pero después de escuchar mi historia con Vicente, me dijo algo muy interesante.

—¿Sabes? Vicente es tu creación. Es muy probable que hayas proyectado tu cariño y afecto en él. Es como si estuvieras enamorada de esa idea, pero no del Vicente real, un poco como que «lo quieres, pero si no existiera lo querrías igual», ¿me entiendes?

De pronto todo tenía sentido. Comprendí que había convertido a Vicente en mi hombre ideal, en el amor ideal, pero al mismo tiempo imposible e inalcanzable. Y el hecho de que nunca se hubiera consumado nuestro amor era lo que mantenía esa ilusión. Quizá a él le sucedía lo mismo con respecto a mí. Su debilidad, su miedo de acercarse, su angustia de caer en la tentación, de llegar a una intimidad conmigo, era al mismo tiempo su fortaleza. La idea detrás de nuestra falta de materialización es que la historia moriría en el momento que el amor se consumara.

Puede que lo anterior sea cierto, pero estoy convencida de que el cariño que nos teníamos era real, a pesar de que ciertos aspectos pertenecían al mundo de la fantasía, de lo ideal y de nuestra aspiración por una ilusión perfecta, nuestro enamoramiento con el amor mismo.

5 de abril

Con Vicente o sin él estaba lista para ir a ver a Timbiriche, y aunque la noche se anunciaba lluviosa yo iba a ir al concierto. Nunca había ido a un espectáculo de ese tipo, pues solo había presenciado conciertos de música clásica. Me acompañó mi amigo Gabriel, pues a él también le gustaba ese grupo y seguramente el Auditorio Nacional sería un gran escenario para divertirme lo más que pudiera.

Recuerdo que el Auditorio estaba lleno. Por fortuna nos había tocado un buen lugar. Había muchas canciones que no conocía, pero canté a todo pulmón las que me sabía. El Auditorio vibraba y la experiencia fue increíble, aunque aún más increíble fue lo que sucedió después, porque al salir me derrumbé, instalada en un tobogán de angustia y dolor.

Gabriel, cuyas habilidades aún no dejan de sorprenderme, me abrazó e intentó consolarme y fue ahí, en ese instante, que pudo conectarse con quienes dice son sus guías espirituales.

—Estoy recibiendo un mensaje —me dijo, mientras me abrazaba—. Vicente fue tu padre en otra vida, de ahí su resistencia a hacer el amor contigo.

Apenas pronunció esas palabras y penetraron en mi mente, y sobre todo en mi corazón, me hicieron sentir una ola de emociones. Pude ver imágenes de un Vicente papá, que me cargaba de chiquita, que me cuidaba y enseñaba; lo vi jugando conmigo, apoyándome, animándome, sintiéndose orgulloso, incluso consolándome.

Sentí entonces como si me sumergiera en un océano de sol, de amor incondicional. Fue algo indescriptiblemente hermoso, a pesar de que al mismo tiempo no podía contener las lágrimas. En ese momento deseaba tener a Vicente frente a mí y compartir con él lo que acababa de aprender.

Después de vivir esta emoción indescriptible solo restaba aceptar la propuesta de ir a comer tacos con mi amigo y con Mauricio, quien ya iba por nosotros. Llegando a la Condesa, la lluvia se había calmado dejando el aire purificado. La humedad aún se dejaba sentir y caían gotas gruesas de las hojas de las jacarandas.

La comida me supo a gloria y en silencio me permití hacer un brindis por mi papá, por mi papá Vicente.

8 de abril

Otra vez me iba, otra vez había llegado el momento de partir, y de nueva cuenta, como siempre, iniciaba la batalla que implicaba el momento más difícil, el de decir adiós, o más bien hasta pronto. Acomodé todos mis recuerdos, las aventuras, las risas, los olores, sabores, sonidos de esta estancia en mi maleta y me costó trabajo cerrarla. Todos mis sentimientos se entremezclaban con los problemas que de por sí me atosigan cuando abordo un avión. Maletas extremadamente pesadas me obligarían a comprar más peso para llevarme todo lo que había juntado durante mi estancia en México, al que no era fácil dejar.

No me quedaba mucho tiempo ya. Casi era hora de embarcarme.

Solo había gratitud en mi corazón por este maravilloso viaje, así como una lágrima sobre mi mejilla izquierda.

Ginebra, 2018

17 de abril

Extrañaba a la persona con la que me podía reír y echar relajo. Extrañaba platicarle sobre mi día, mis actividades, mis planes y proyectos. Me había dado cuenta que no me importaba mucho el tipo de relación que lleváramos, pero me era claro que lo que no quería era perder nuestra complicidad. Ser amigos estaba bien para mí, porque no deseaba que Vicente saliera de mi vida, y por eso, y por el inmenso amor que le tengo, decidí escribirle.

Pensé mucho en cómo formular mi mensaje. Para hacerlo ensayé e hice más de un borrador. Sabía que el mensaje tenía que ser corto, preciso, ir al grano y fácil de contestar. Un poco como escribía él. Tenía que dejar a un lado el rollo emocional.

«Creo que no deberíamos perder nuestra amistad. ¿Tú que dices? ¿Nos podemos hablar de vez en cuando?», le escribí, aún insegura del resultado que hacerlo tendría.

Ahora el desafío era, precisamente, no aferrarse a las consecuencias. Pero el amor así es. Acepta y no obliga a nada, deja a la otra persona libre. El amor entiende que la otra persona no tiene que reaccionar de una u otra manera para complacernos. Eso ya lo había aprendido.

Lo bueno del Whatsapp es que se sabe el momento en el que alguien ha visto el mensaje, ya que las palomitas grises se vuelven azules. Lo malo del Whatsapp es que cuando la persona ha visto el mensaje, las palomitas grises se ponen azules. Me encanta este medio de comunicación, pero por lo que he leído, esas palomitas grises y azules que indicaban el envío, la llegada y la lectura del mensaje han sido también el origen de muchísimos malos entendidos, y no dudo que pudieran detonar la Tercera Guerra Mundial.

Para hacerme todo más ligero en cuanto al tema de la amistad con Vicente, tenía un día muy ocupado, ya que lo pasaría con algunos conocidos, y aunque de tanto en tanto le echaba ojo a mi celular para checar cómo iba el mensaje famoso, pude entender que era probable que el hombre pudiera estar muy ocupado, sin siquiera tiempo para mirar su teléfono.

Así llegó la noche. Me fui a la cama sin tener noticias de México.

18 de abril

Los bochornos y los cólicos no me dejaron dormir, sobre todo los bochornos. Últimamente se habían expresado en mi cuerpo con demasiada violencia, sobre todo por la noche. A menudo me sentía como si estuviera encima del volcán Popocatepetl, en plena erupción. Anoche, de plano, me sentí como si yo misma fuera el propio volcán en pleno estallido.

Revisé mis mensajes, y juro que casi me extrañó que Vicente me hubiera respondido. Pensé

que encontraría palomitas azules, pero no tanto una respuesta. Pero ahí estaba su mensaje: «Sí, de acuerdo. Que tengas una linda noche».

Ahora sí podría seguir adelante, aunque no dejaba de observar que esta situación nos colocaba en una especie de «modo de reaprendizaje» que nos ayudaría a no resbalar y a encontrar un equilibrio en nuestra cotidianidad.

Nuestra comunicación se limitó a mensajes muy cortos, casi monosilábicos, sobre todo de su parte, pues enviaba más imágenes que palabras. Era claro que necesitaría de toda mi paciencia no solo con él, sino también conmigo, para transitar el proceso que venía. Pero en ese momento me sentía como El Principito cuando hablaba con el zorro, en la novela de Saint Exupéry.

Durante las siguientes semanas me tendría que mantener a cierta distancia para poder ver al Lobo desde la lejanía. Y cada día, si había suerte, podría acercarme un poco más.

No puedo negar que había momentos en los que me sentía muy enojada con él, pues pensaba que no merecía mi cariño y que estaría mejor sin él. Me daban ganas de cortar los lazos visibles, invisibles, existentes e inventados; deshacerme de todo y nunca más volverlo a evocar.

Mandarlos por un tubo, pues, como dicen en México.

16 de mayo

Hacia un mes que Vicente y yo solamente éramos amigos, y aún no había encontrado una excusa suficientemente buena para intentar otro tipo de diálogo, una comunicación más profunda, como la que solíamos tener. No cabe duda de que a veces el azar se convierte en nuestro mejor aliado, y esta vez así sucedió, porque una de mis compañeras debía obtener facturas de un supervisor que había ido en un viaje a México, pero debido a la diferencia de horarios no había logrado comunicarse por teléfono con los establecimientos en cuestión y me pidió ayuda. De inmediato pensé que Vicente podría darnos alguna asesoría. Sinceramente, no soy muy buena para pedir ayuda, pues múltiples circunstancias me habían empujado a arreglármelas sola, y además temo que los demás me cataloguen como débil o piensen que me estoy aprovechando. Pero esta vez me era más fácil porque se trataba de mi colega y no de mí.

No tardé en recibir su respuesta. Me ofreció su ayuda en el asunto de las facturas, y también me prometió que ahora sí hablaríamos. Nunca dejaría de sorprenderme.

Pese a ser un hombre que trabaja dieciséis horas al día, que lleva una vida excesivamente estresante, parecía casi agradecerme que le agregara una tarea más a su ajustada agenda.

Además, íbamos a tener la oportunidad de hablar, y eso era lo importante. ¿O no?

17 de mayo

Parecía que nada hubiera cambiado, a pesar de tantas cosas dichas y hechas entre nosotros en los últimos meses. Nuestra conversación resultó fluida, amena, alegre. Incluso no se aguantó y me echó algún cumplido. Aunque no podíamos evitar el coqueteo, fuimos más cautelosos.

Vicente no solo habló conmigo, sino que resolvió el problema de las facturas, las cuales me envió muy diligente. Por la noche le escribí un mensaje muy sincero en el que hice alusión a la

amistad renovada, pero también al amor, a la historia entre nosotros, a la anatomía de una entrega en la que por lo menos yo dejé todo mi corazón.

No sabes el gusto que me dio escucharte y platicar contigo. Disfruté sencillamente tu presencia. Te había extrañado mucho. Extraño a la persona que me sabe escuchar sin juzgar, al que logra pintar una sonrisa en mi cara incluso en los días más desesperanzados. Si tal vez he amado tu ausencia fue porque ella me enseñó hasta qué punto tu presencia me hacía falta, pero ya tenía miedo de que este año, para mí, se hubiera cancelado el verano. Nunca saliste realmente de mi mente, aunque sí conseguí convencerte de que te vistieras, porque no puedes andar desnudo por ahí, recorriendo mi memoria.

23 de junio

El fin de semana anunciaba ser de lo más agradable y nunca nadie pudo imaginar lo que ocurriría unas horas después, y aún menos yo. Lo digo porque jamás imaginé que Vicente pudiera atreverse a mandar lo que llegó a mi celular, no sé si por accidente o de manera premeditada, pero lo que sí sabía es que lo que hizo me destrozó el corazón.

Esa vez había salido a comer con mi mejor amiga. Rossanna había llegado de Bélgica para pasar el fin de semana en mi casa y se nos antojó ir a un restaurante de comida mexicana, en el que estaban pasando el partido entre el equipo de México y el de Corea del Sur, del campeonato mundial de fútbol. La verdad es que había un gran ambiente y muchos de los asistentes se habían vestido con la camiseta de la selección. Yo, muy modesta, cooperaba con mi equipo vestida de pantalón blanco y blusa roja. En esas estábamos cuando entró a mi teléfono un mensaje de Vicente, acompañado de una foto en la que mostraba la bandera mexicana, pintada en una mano. Poco después entró un nuevo mensaje, pero cuando miré la foto que lo acompañaba me quedé perpleja, pues lo que vi me precipitó de manera instantánea hacia una pesadilla.

Las lágrimas afloraron a mi rostro y ahora sí, los colores de mi cara iban del verde al blanco y por último al rojo, en franca consonancia con el ambiente futbolero. Mi amiga, que lo notó todo, me miraba con gesto de confusión, hasta que al fin se atrevió a preguntarme qué pasaba. Yo no podía responder, pues si abría la boca iba a estallar en llanto en medio de una audiencia festiva y algo borracha.

Lo único que pude fue estirar mi mano y mostrarle las fotos que Vicente me había enviado, que lo mostraban en playera, junto a una cerveza y con una brocheta que se antojaba deliciosa. Ah, se me olvidaba... junto a él y muy pegada, por cierto, estaba su esposa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Le vas a decir que te sientes lastimada? —preguntó mi amiga con curiosidad.

—No voy a hacer nada. No tengo ganas de hacer nada. ¿Qué podría decirle? No me gusta contestar cuando estoy enojada. Además, no me serviría de nada —le dije apesadumbrada.

—Estoy orgullosa de ti. Sé que eso es muy difícil y no es correcto lo que hace —dijo ella.

—Me siento enojada conmigo misma. No debería afectarme tanto, pero la realidad es que me siento muy mal. Además, creo que hice mal en retomar el contacto y reiniciar nuestra amistad después de todo lo que ha pasado. Me había sentido tan feliz y contenta porque estábamos hablando un poco más. Me estaba ayudando y dando consejos con respecto a mis preparativos para regresar a México, y se trataba de reaprender a estar juntos otra vez, de una manera diferente,

aunque caíamos en nuestros eternos juegos de coqueteo. ¿Qué necesidad tenía de infligirme tanto dolor?

El partido de fútbol terminó y México se llevó la victoria. Vicente, para no quedarse atrás, envió otra imagen. Creo que ni cuenta se había dado de lo que hizo. ¿Era un acto inocente o una acción llena de malicia, una farsa cruel, una manera perversa de burlarse de mí? Algo me estaba diciendo el Universo, aunque yo me resistía a escucharlo, a ver la verdad: «Lo siento, pero no me queda de otra. Es la única manera de hacerte entender que hay mejores cosas que te esperan, ten fe».

24 de junio

Querido Vicente, cuando recibí la foto donde apareces con tu esposa, la vi como se ve un relámpago en medio de un cielo azul. Me sacó totalmente de onda. No te miento, percibí tu mensaje como un acto de falta total de delicadeza y tacto, incluso de empatía y consideración o, en el peor de los casos, como un acto de maldad totalmente gratuito. No entiendo qué te motivó a hacerlo ni con qué objetivo. Llegué a pensar que la enviabas porque querías compartir conmigo el momento de alegría que estabas viviendo y se te fue de las manos. Quiero pensar que lo hiciste sin intención de lastimarme, que simplemente fue un acto que no pensaste, una suerte de impulso. Sea lo que sea, lo importante para mí es decirte que me dolió. No necesito esto y, sobre todo, no lo merezco. Cierto es que habíamos quedado como amigos, pero un buen amigo habría entendido que nuestra historia no se borró y desapareció, y que tengo sentimientos, pues hasta hace unos cuantos meses aún estaba loca por ti. Un buen amigo habría sido mucho más considerado.

He pensado mucho si debía decirte algo al respecto. Decidí que no puedo reprochar actitudes y acciones que considero poco correctas a otras personas, si yo misma incurro en ellas.

Si decidí expresarte cómo me siento no es tanto por ti, sino por respeto a mí misma. Para tu suerte, no creo en venganzas tontas, nunca he sentido la necesidad o el impulso de pagar con la misma moneda. Creo firmemente en la conectividad, en el hecho de que cada persona es una parte de mí. Por lo mismo, querer dañar a alguien intencionalmente me perjudicaría a mí en primer lugar. No hay satisfacción, ni libertad, paz o tranquilidad en ese tipo de actos. No pido que las cosas cambien, aunque me gustaría que así sucediera. Me gustaría que no hubiera sucedido este episodio en mi vida, pero por algo pasan las cosas o por algo no suceden. Hay un mensaje y un aprendizaje detrás de todo.

Para mí, perdonar no condona el acto. Perdonar es un acto de amor, es dejar ir la energía negativa a cambio de paz interior. El perdón es necesario por uno mismo, nunca por el otro.

17 de julio

Me encanta el verano en Ginebra: las mañanas tan luminosas, los campos de girasoles en camino al trabajo, el sol jugando a escondidas con las hojas de los árboles, todo parece más bonito, más alegre, más relajado. La gente disfruta y las terrazas cerca del lago parecen colmenas.

A pesar de eso, hoy me levanté con una minidepresión que va en contra de la temperatura y ambiente estival. Pero a veces pasa así. Ni hablar. Por colmo de males, en el trabajo hay poca actividad y eso no me ayuda.

Los lutos amorosos toman su tiempo. Hay que aceptarlo. No se puede acelerar ni forzar el

proceso. Ya recogí casi todos los pedacitos de mi corazón roto y he logrado pegarlos uno por uno. Me siento ya bastante bien. Pero si, hay todavía bajones. Es difícil cerrar círculos cuando hay tantas interrogativas, tantos propósitos suspendidos en la boca; silencios que ensordecen, y preguntas que flotan en el aire buscando una respuesta que nomás no existe.

Me pregunto si en realidad Vicente era un hombre para mí. Tal vez nuestra conexión significaba un escape lindo y agradable de la rutina de todos los días; y lo llamábamos amor porque suena bien. Tal vez, aunque hubiéramos llegado a tener una verdadera relación, esta no habría funcionado. Me imagino que de alguna manera el Universo nos protege. Además, tengo que aceptar que las relaciones a distancia me funcionan bien. En realidad, es la cercanía a la que temo, por sus atavismos.

Amo mi independencia, y estoy convencida que una relación tipo «Netflix domingo por la tarde» no cabe en mi taza de té. La distancia también le funcionaba a Vicente, porque se sentía seguro, no había riesgos. Quiero pensar que no hay persona correcta ni equivocada. Cuando se trata del amor, no hay bueno ni malo, todas las experiencias nos enseñan algo. Aprendemos conforme pasa el tiempo, cambiamos nuestras opiniones, nuestras perspectivas. No hay respuesta a las preguntas existenciales, las respuestas llegan viviendo la vida, viviendo el amor. Todas las relaciones tienen fecha de caducidad, solamente que la duración es variable: un mes, un año, veinte años o toda una vida.

Sea como sea, la ruptura con Vicente fue dolorosa, al final nos conocíamos desde hacía veinte años. Lo único cierto es que ese quiebre tampoco me impidió que siguiera adelante con mi vida.

Por lo menos tenía la perspectiva de una velada agradable. Mi exesposo me había invitado a una noche en compañía de música mexicana y mariachis, y un evento de esta naturaleza en Ginebra ¡no me lo iba a perder! Siempre estoy dispuesta a dejarme seducir por lo inesperado. Nunca sabemos lo que puede pasar, y es común que creemos que lo inesperado no sucederá, pero entonces es cuando eso mágico sucede. ¿Cómo saberlo si no tomamos el riesgo?

Los mariachis montaron un espectáculo alegre, vivo, intenso, con trompetas, violines, arpa, vihuela y guitarrón.

Me encontré otra vez en México. Sentimientos mixtos. El amor por este país, que extraño tanto, y obviamente la asociación con Vicente. Pero decidí disfrutar la música y la noche y dejarme llevar por el ambiente alegre.

Terminado el evento, la audiencia se apuró hacia la salida, donde esperaban algunas botanas, cervezas y un buen tequila.

No había comido casi nada durante todo el día y los cuatro mililitros de tequila que me tomé de hidalgo, es decir de un trago, se me subieron a la cabeza con efecto inmediato.

Me encontré entre la muchedumbre, saludando a algunos conocidos y conociendo caras nuevas.

Entonces lo inesperado sucedió: apareció él. Ya lo había notado durante el concierto. Un hombre joven, guapo, y para mis adentros pensaba: vaya, vaya, lo que hace Dios cuando está de buenas.

Lorenzo, el amigo de Óscar, hizo las presentaciones, y cuando nos dimos la mano, respiré profundamente con el intento de recuperar el equilibrio, lo que no era asunto fácil dado que mi mente funcionaba con el combustible del alcohol.

—Pablo —me dijo amablemente.

—Valentina —le contesté.

Cinco minutos después ya le había encargado mi cerveza y chaqueta para irme a tomar la foto con algunos mariachis. Cuando volví, descubrí que se había tomado mi bebida, pero esa insolencia, en vez de molestarme, me causó risa.

Nos pusimos a platicar bastante rato, aunque no tengo un recuerdo muy claro de todo lo que dije porque el tequila y la cerveza sobre mi estómago vacío estaban interfiriendo con mi memoria a corto plazo. De hecho, no sé cómo Pablo pudo aguantarme toda la noche, pero creo que algo ha sucedido entre nosotros, y me alegró darle mi número de teléfono.

Ya en casa, lo primero que entra a mi celular es un mensaje de él, diciéndome que quiere ir a mi casa esa misma noche. Debo aceptar que soy muy coqueta y nunca pierdo la oportunidad para demostrarlo. Esa coquetería es más fuerte que yo, aunque a veces no estoy consciente del mensaje que envío al otro. En más de una ocasión me he metido en líos por eso, algunos que me gustan, otros que me gustan un poco menos... Con Pablo por supuesto me encantaría meterme en problemas, pero esa noche no puedo más.

Me veo sonriendo. De la depresión ya nadie se acuerda. Finalmente, ha sido una noche divertida y quedo con Pablo de vernos el día siguiente.

Mañana tengo cita con este hombre guapo, de facciones viriles y mirada penetrante, cuyo mentón revela un carácter fuerte y determinado y sobre todo dueño de los labios más hermosos que he visto, finos y arqueados, que terminan en comas invertidas. ¿Quién lo diría?, él, sin quererlo ni saberlo, me ofreció un regalo enorme. Me siento lista para cerrar mis círculos y hacer las paces con el pasado.

¿Y Vicente? Bueno, pues él ya se encuentra muy lejos.

Sonrí y apago la luz.

Por fin esta noche dormiré bien.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias:

A ti, querido lector y querida lectora, por haber elegido y leído mi libro. Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo disfruté escribirlo. ¡Por tu confianza, gracias!

A mis padres, Willy y Godelieve, porque encendieron en mí el amor por los libros y la lectura, lo que condujo a mi pasión por escribir. *Ik zie u graag.*

A mis hijos, Dieter y Domien, por ser mis mejores maestros. ¡Los amo!

A mi hermana Annemie por haber aceptado crear la imagen de la portada y por dedicar tus muy limitadas horas libres a convertirla en una obra maestra. ¡Estoy tan orgullosa de ti! *Ik zie je graag en ben zo trots!*

A mis hermanas, Sofie, Siska y Stef, por creer en mí.

A Scott Allan por ser mi *coach* y orientarme en este cosmos de la publicación, por tus consejos y tu paciencia para conmigo.

A Stella Cuéllar por tu extensa e invaluable contribución como editora. He aprendido muchísimo de ti.

A Mónica Braun y todo el equipo de Ediciones Mastodonte, por presentar mi primer bebé literario al público.

A Chris Beck por tu fe en mí, tu amistad y porque a ti te compartí mis primeras historias.

A Francisco Manzano por ser mi aliado: sin tus palabras alentadoras este libro sería aún un manuscrito medio terminado.

A Sergio, Jaime y Noemí por su amistad, sus ideas, su apoyo incondicional.

A Lucía, Marcela, Karina, Raúl, Mauricio, Cornelia, Véronique, Nafisa, Karen, Hafiz, Andy, Lucy, Eva, Vanessa, Stany, Dilafruz, Jas, Alain, Mireille, Berenice y Jessie por su amistad y por vivir esta aventura conmigo.

Kat De Moor

Valentina y Vicente se conocen en 1998 pero su relación se mantiene a nivel platónico. Tras una larga separación se vuelven a encontrar para darse cuenta de que los sentimientos aún están presentes, y que la atracción es más fuerte que nunca. Mientras, ya no viven en la misma ciudad, sino a diez mil kilómetros uno del otro.

¿Estarán listos para aceptar el desafío y dar una segunda oportunidad a su amor?



Kat De Moor nació en Bélgica y vivió muchos años en la Ciudad de México. Su pasión por los viajes y las historias, al igual que su gran cariño por México, la inspiraron a escribir *Anatomía de una entrega*, su primera novela.



ISBN 9786079851965



9 786079 851965